This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

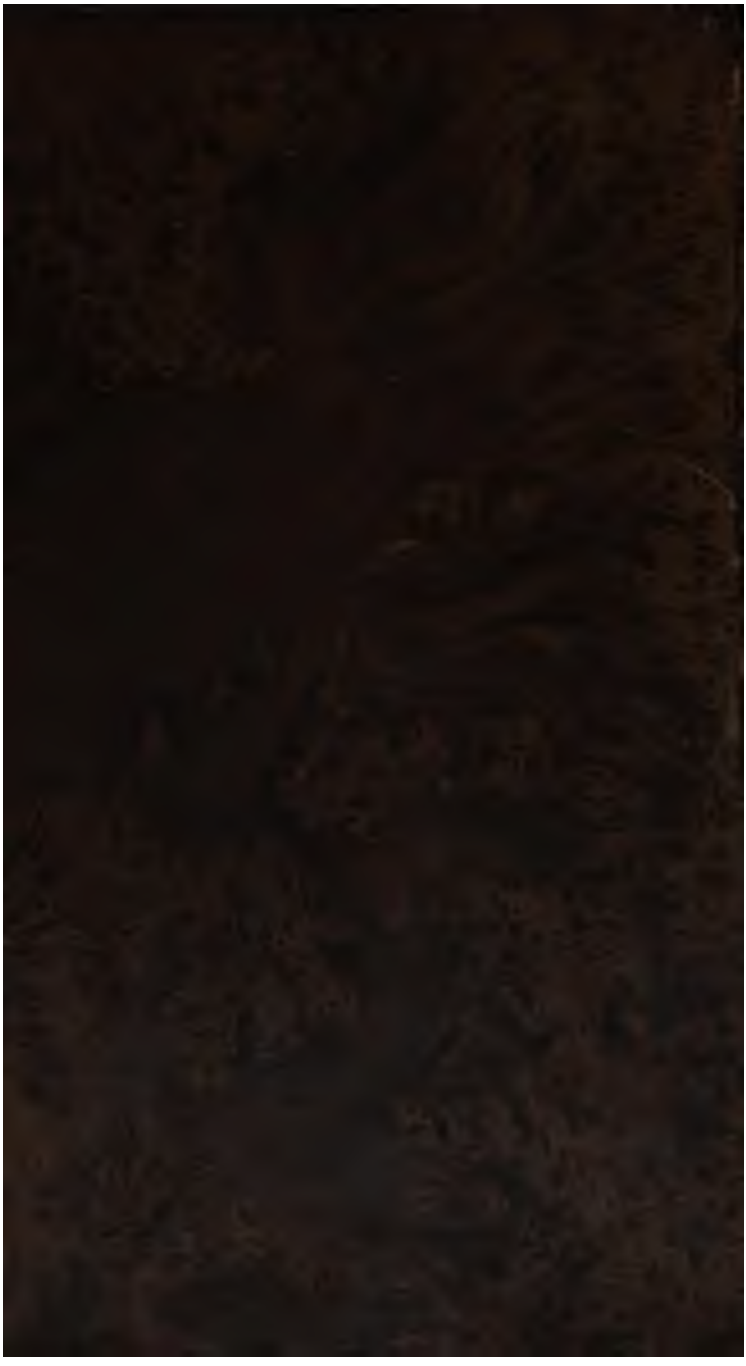
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

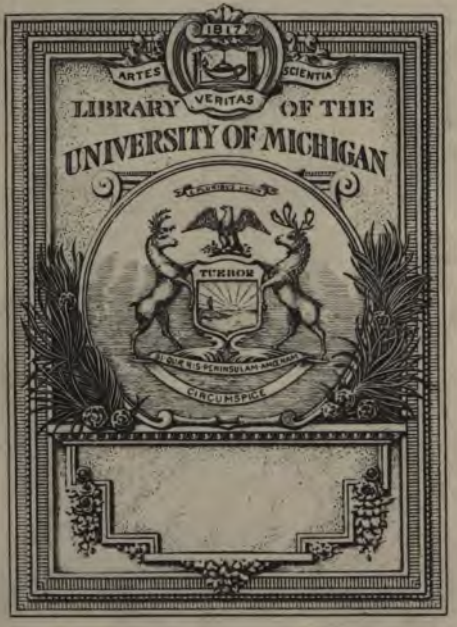
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

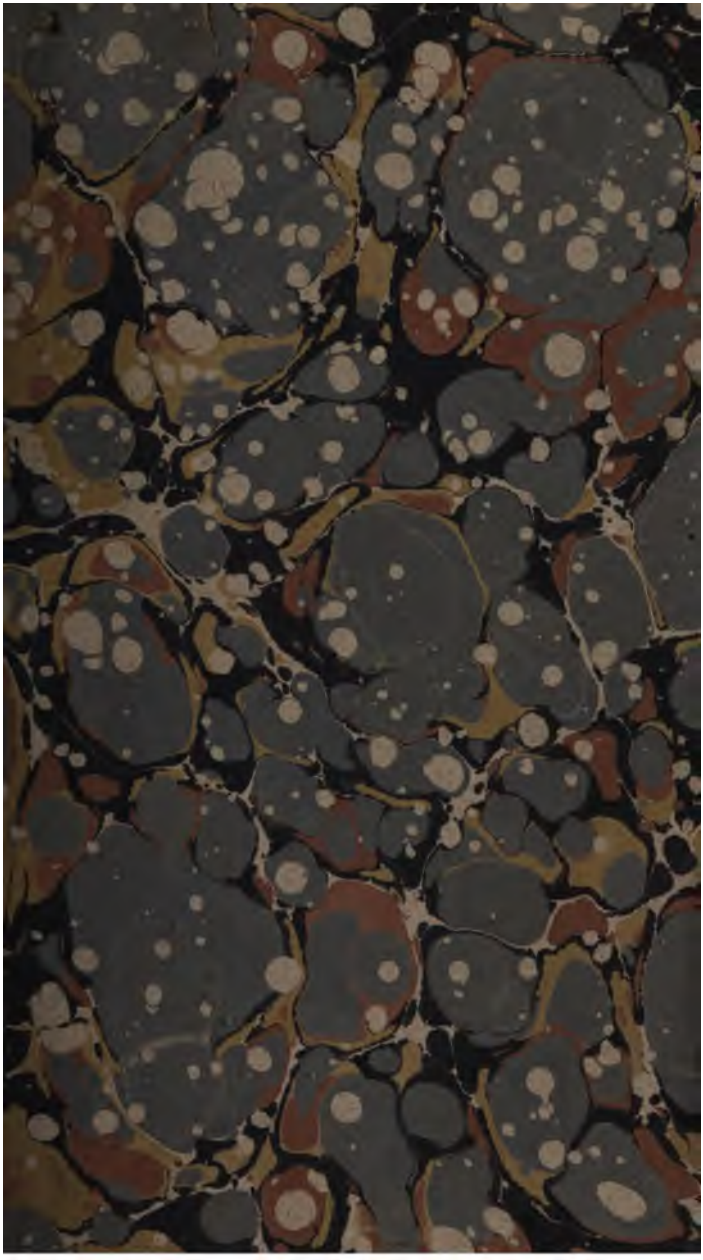
Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

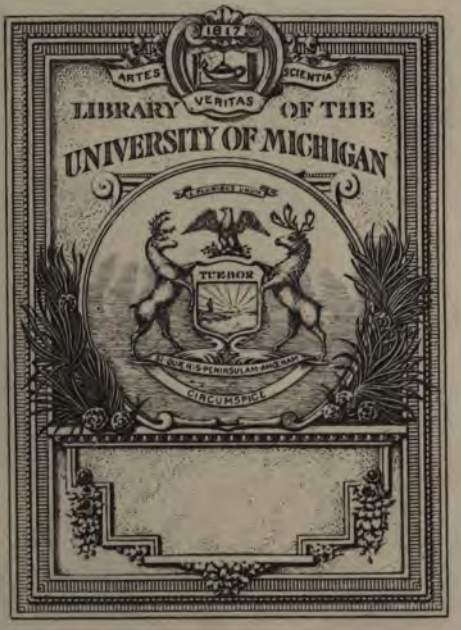


ibrería Pubill
LIBROS ANTIGUOS
ters, 10-BARCELONA-2-(España)





ia Pubill
S ANTIGUOS
RCELONA-2-(España)



13H
600

EL KEMPIS

DE LOS LITERATOS,

POR

D. JOAQUIN LORENZO VILLANUEVA,
CAPELLAN DE HONOR Y PREDICADOR DE S. M.
Y PENITENCIARIO DE SU REAL CAPILLA.

MADRID EN LA IMPRENTA REAL
AÑO DE 1807.

808
V718
1807

Sunt quaedam, quae non inconvenienter in aliis de se quisque conjiciat.

S. Aug. de Trin. lib. XIII. cap. 3.

735459-190

PRÓLOGO.

Leyendo yo las fuentes de la religion, y aprovechándome de lo que enseña la experiencia, y de conocimiento mio y de otros, meditando y apuntando siempre; he venido á adquirir un caudal de observaciones sobre varias materias, que si se ordenasen, podrian producir largos tratados. Esto pedia el tiempo y vagar que no tengo yo ahora. Tal vez otro se moverá á hacerlo, formando un edificio hermoso y sólido de los materiales que yo he recogido. Con esta esperanza me resuelvo á publicar desde luego una muestra de estos apuntamientos, en obsequio de una parte muy recomendable de la sociedad, que son los literatos: para que si el voto de

los doctos correspondiese á mi deseo, pueda alentarme á continuar ofreciendo iguales dádivas á las otras clases del Estado.

Aunque todos tenemos necesidad de que se nos recuerden continuamente máxîmas sólidas, cuya práctica haga fructuosa nuestra ocupacion y carrera; merecen en esto cierta preferencia las personas estudiosas, que dedicadas á los libros de su facultad, suelen contentarse con lo que en ellos aprenden, y no se cuidan de lo que les pudiera enseñar su buen uso. Escritas se hallan ya la mayor parte de las cosas que pueden dar en este punto un completo desengaño. Mas pocos las buscan donde estan; la lectura de los antiguos es larga y enojosa; la meditacion constante, dura y difícil: aun lo es mas el estudio

del corazon: comunmente deseamos ser doctos, y no cuidamos de precaver el daño que puede ocasionar la ciencia. Muchos estudian sin discrecion, ó sin la debida moderacion, ó por ambicion ó vanidad ó pura curiosidad; otros tratan solo de hacer carrera, como dicen, que es asegurar su subsistencia, sin aspirar á otro fin: por donde viene á suceder que algunos, al paso que se enriquecen de doctrina, quedan pobres de virtud. Nace esto en gran parte de que no se tienen presentes, y ménos se profundizan las verdades que muestran el desórden de estos afectos, y ayudan á corregir los vicios que de ellos nacen. Para que el literato precava, quanto sea posible, estos escollos en que puede precipitarle el abuso de su profesion, no queda otro recurso,

13H
600

EL KEMPIS

DE LOS LITERATOS.

de este estudio nace el conocimiento de lo que él es, y tenemos todos un interes muy vivo en que no sean conocidos nuestros defectos.

Mas atendiendo al espíritu de la religion, debe ser amado el que estudia al hombre para instruirle y corregirle; mayormente si aparece haber hecho antes estas observaciones en sí, para su propia instruccion y enmienda. Y esto lo puedo decir yo de mí mismo, que sin merecer el nombre de literato, tal vez tengo en mas alto grado que nadie, los vicios de esta profesion, y mayor necesidad de enmendarlos. Por lo mismo espero que lo que ha sido útil para mí, y lo es para los pocos que han visto algo de este libro, podrá serlo igualmente para los demas. Una cosa semejante decia de Enio S. Agustin, que por lo que habia

observado en sí y en los que trataba, conjeturó lo que pasaria en lo interior de los demas, con lo qual parece haber descubierto los senos del corazon humano[1]. Aun las verdades que á primera vista pudieran parecer duras, he procurado templarlas con la piedad, la qual sabe ser benigna, aun quando dice cosas amargas y repugnantes al amor propio.

Dudé algun tiempo si dexaria sin imprimir este libro y los demas que he indicado, para que los publicase otro despues de mi muerte. Ocurríame que mas fácilmente se perdonan los defectos de las obras póstumas, porque suelen mirarse como

1 *De seipso et de iis, quos expertus fuerat, conjecit in aliis, et videtur pronuntiasse omnibus hominum voluntates.* S. Aug. de Trin. lib. XIII. cap. 3.

imperfectas, y no falta quien diga, no tendria este libro tal ó tal lunar, si su autor le hubiese dado la última mano. Viene muy de antiguo juzgar estos trabajos por aquella regla de Plinio: *pro non inceptis haberi, quae non absolveris.*

Luego advertí que estas eran cuentas alegres del amor propio, que aun quando trata de aprovechar á otros, quisiera hacerlo sin menoscabo suyo. Respondíame yo mismo: si estos pensamientos pueden servir á otros, ¿por qué no he de anticipar esta utilidad, aunque sea á costa de mi opinion? ¿Qué importa que en estas máxîmas se eche de ménos el órden, si de una sola se saca fruto? Fuera de esto, aunque aventura ménos su opinion el autor quando se publican sus obras despues de muerto: suelen perder

mucho las mismas obras; porque no todos los editores son fieles, ni semejantes al autor en el deseo ó en el espíritu. Por donde suelen salir algunas de estas obras mal añadidas, alteradas, ó con otros defectos, que no hubiera él cometido ó consentido. Algunas pudieran citarse, cuya edicion póstuma, por la excesiva licencia del que la procuró, ha frustrado el fin que se habia propuesto el autor en tenérselas escondidas, privándole de los frutos de su prudencia. Tengo pues por mejor partido imprimir en vida esta coleccion, dexando libertad á los doctos para que la ordenen y limen, y hagan de ella el uso que les dictare el zelo por el bien propio y ageno.

Todos saben que el libro intitulado *Contemptus mundi*, por la

persuasion general de que es obra de Tomas Kempis, se llama comunmente *el Kempis*. Así como esta es una coleccion de verdades y máximas sueltas, conducentes al aprovechamiento espiritual de todos; así lo es el presente opúsculo respecto de los que se dedican á las letras. Sola la uniformidad del plan me ha movido á llamarle *Kempis de los literatos*, sin que por ello presuma yo rayar tan alto como aquel escritor en la solidez, ni en la piedad, ni en el buen espíritu. Mas aunque conozco no haberlo conseguido, debo protestar que lo deseo, como es así; y que en haberlo logrado, tuviera gran consuelo: porque de la caridad y zelo del que escribe, pende en gran parte el fruto de sus obras.

EL KEMPIS
DE LOS LITERATOS.

CAPITULO I.

VOCACION AL ESTUDIO.

Siendo necesarios á la sociedad menestrales y labradores, no todos los miembros de ella pueden dedicarse enteramente al estudio de las ciencias. Justo es pues que los padres ó maestros exâminen quienes son aptos para este exercicio. Cada qual por su parte debe consultar la voluntad de Dios por los medios que ofrece la piedad cristiana. Porque el hombre esencialmente está sujeto á la voluntad de Dios, que es su regla natural é inmutable; de suerte que si la sigue y se conforma con ella es justo, y si no la sigue es injusto. Debes pues abrazar el estudio, no por propia eleccion, ni por el deleyte ó la satisfaccion

que trae consigo, sino por seguir en ello la vocacion de Dios.

Si te dedicas al estudio, piensa que Dios que te llama á esta profesion, te da el tiempo para que le emplees en ella: y pierdes el tiempo, si le gastas en otra cosa con menoscabo de tu instruccion. Juzga de tí, si malgastas el tiempo, lo que juzgarias de un mayordomo que disipase los bienes de su señor.

El estudio es una ocupacion penosa con que debes suplir la falta del trabajo corporal á que estan sujetos los demas hombres. Pues naces pecador como hijo de Adan, comprehendido estás en la pena del trabajo impuesta á todos sus descendientes. Sudor del rostro es el estudio, porque ó él ó la constancia en él repugna á la naturaleza.

Si estudias por vanidad ó pura curiosidad, tu estudio, por duro que sea, es trabajo inútil para tí, y será contado delante de Dios por pérdida de tiempo. Las ocupaciones alhagüeñas y de diversion eran propias del estado de la inocencia. El pe-

cado mudó la condicion del hombre, cuya vida debe ser ahora una penitencia continua.

Mas te valiera ser ignorante, que estudiar para satisfacer tus propias pasiones ó las de otros. Piensa que estudias por penitencia, y no prostituirás tu aplicacion á cosas agenas de este espíritu.

No es verdadera penitencia la que no se dirige á la satisfaccion de las culpas y á la purificacion del espíritu. Sé en esto fiel á Dios, estudiando quanto sea posible con constancia, con igualdad, sin volubilidad, sin desidia, añadiendo al estudio el órden, para que sea ménos defectuosa tu penitencia.

¿Deseas hacer progreso en el estudio? Sigue el impulso de tu talento particular, ó cíñete á él, aprovechando la luz que por aquel medio se ha dignado comunicarte la eterna sabiduría. No eres constante en esto, porque quisieras siempre variar de objetos y de ocupacion, porque te cansa el trabajo uniforme, porque te parece corta alabanza hacer progresos en cosas fáciles, ó en una sola. Tal influxo tiene el amor

propio aun en las obras mas honestas de la vida literaria.

Quando te pongas á estudiar, propon en tu ánimo agradar á Dios, sujetándote al órden de su providencia, que exîge de tí este género de trabajo: abrázale con deseo de satisfacer por este medio á su justicia: dale gracias porque acepta por pago de esta deuda una fatiga, que te libra de la ignorancia en que quedan envueltos otros que no son mas pecadores que tú. Gran consuelo es de los que se dedican á las letras, poder convertir la parte que les toca en el suplicio comun del humano linage, en un sacrificio de ilustracion para sí y para sus hermanos, del qual pueda resultar mayor gloria á Dios, que del trabajo corporal con que cumplen otros esta ley de la divina justicia.

El estudio de las ciencias naturales practicado con este espíritu, es de un precio inestimable delante de Dios. Sin este espíritu es nada para Dios aun el estudio de las ciencias sagradas.

CAPITULO II.

FIN DEL ESTUDIO.

Adquirir conocimiento de las ciencias para ser conocido, es torpe vanidad: estudiar para vender la ciencia por dinero ó por honra, es torpe ganancia: adquirir doctrina para edificar á otros, es caridad: aprender para quedar edificado, es prudencia [1]. ¿Te llaman docto? Algo tienes de docto, si has estudiado para serlo; mas si solo has tratado de adquirir esta fama, esclavo eres de tu vanidad. ¿Qué importa que sea ese título ilustre en la estimacion de los hombres, si para Dios es un nombre de orgullo? El que busca viento, aunque le alcance, ¿qué fruto saca de él [2]?

Por mucho que sepas, eres ignorante, si no conoces que el principio de tu ciencia es Dios, y el fin su gloria, y el funda-

1 S. Bern. *in Cant. Serm. XXXVI.*

2 *Quid prodest ei quòd laboravit in ventum?* Eccles. v. 15.

CAPITULO III.

REPUGNANCIA AL ESTUDIO.

La oposicion al estudio que se ve por lo comun en los jóvenes, indica que esta es ocupacion árdua y penosa á la naturaleza corrompida. El hombre huye de la vida igual y uniforme, repugna toda sujecion, desea mudar y alternar; y nada de esto puede hacer á su libertad dedicándose á la carrera de las letras. Ademas, que el estudio le llama á lo interior, le obliga á meditar, le impide entregarse á los objetos exteriores; y nuestro espíritu mas fácilmente se dexa llevar de los sentidos y de sus impresiones, buscando fuera de sí medios para olvidarse de sí.

Solemos tambien preferir la conversacion á la lectura; porque la viva voz ayudada del tono, del gesto, de la accion, imprime vivamente en el ánimo las imágenes de las cosas; todo lo qual se echa de ménos en los libros, cuyo lenguage,

falto de vida y de movimiento, da ménos actividad á nuestras pasiones.

En el trato humano oygo hablar de mí, uno me alaba, otro me adula, otro lisonjea mi esperanza, mil recursos halla mi amor propio para su contento. En los libros, ó no se habla de mí, ó se habla para echarme en cara mis defectos, para reprehender lo que hago, para tratarme de vano en lo que espero: y al amor propio no le contentan estos retratos. Mira bien si nace de esta raiz el tedio y la aversion que tienes al estudio.

He visto algunos jóvenes de talento, abandonando la carrera de las letras, elegir otras penosísimas en la sociedad. Tan duro es al hombre este peso de la abstraccion y de la meditacion, que prefiere á él otros trabajos notoriamente mas graves, solo porque son materiales y exteriores.

CAPITULO IV.

PRUDENCIA Y ORDEN EN EL ESTUDIO.

El que se lisonjea de saber algo, tal vez ignora aun de qué manera le conviene saberlo [1].

Imprudente es la ciencia, si no se guarda en ella moderacion. En el modo de saber consiste el fruto y la utilidad de la ciencia. Y ¿qual es este modo? saber el órden, el deseo, el fin con que deben aprenderse las cosas. El órden prescribe, que aprendas antes lo mas necesario para la salvacion, que te estudies antes á tí, que no des el último lugar á lo mas útil. El deseo, que aprendas con mayor ansia lo que te ha de incitar mas al buen amor. El fin, que no estudies por vanagloria, por curiosidad ú otro motivo semejante, sino para

1 *Si quis autem se existimat scire aliquid, nondum cognovit quemadmodum oporteat scire.* I. Cor. VIII. 2.

edificacion tuya y del próximo [1]. Esta ciencia humilla, y no ensoberbece; sobre ella puedes levantar el edificio de la verdadera sabiduría.

Con seguridad estudia las ciencias el que se prepara antes para la salvacion. Este tal estudiando siembra para la justicia, siega esperanza para la eternidad, y queda iluminado con la luz de la ciencia. Para su propia justicia siembra el que por el conocimiento de sí mismo sube al temor de Dios, humillándose, clamando al cielo, y exercitándose en santas obras. Con gozo se dedica al estudio el que convirtiéndole en penitencia, siembra por su medio la esperanza de poseer á Dios. Yendo por delante esta sabiduría, la ciencia que despues se adquiere, no hincha, no busca honra, no pretende riqueza; porque halla ya arraygada en el ánimo la esperanza del bien eterno.

1 S. Bern. *in Cant. Serm. XXXVI. n. 3.*

CAPITULO V.

DISCRECION EN EL ESTUDIO.

Si te dan á escoger en el estudio, elige el que te enseñe á cumplir mejor las obligaciones de tu estado. Si por tu eleccion te dedicas á estudios inútiles, no te mueve á ello el deseo de agradar á Dios y de hacer su voluntad. Porque siendo la voluntad de Dios razonable y justa, no se conforma con ella la tuya caprichosa y antojadiza.

Indiscrecion es dexar el estudio de la propia facultad por dedicarse á estudios curiosos. No te hará mas docto la ciencia que no entra en el plan de tu vocacion, ó es incompatible con ella.

Empleado el tiempo preciso en el estudio de tu profesion, bien puedes dedicarte á otras ciencias útiles.

Util es para tí lo que extiende mas los conocimientos de tu profesion, ó te pone en estado de tratar á otros doctos en la socie-

dad. Util es tambien el estudio honesto de pura diversion que recrea el ánimo caido ó fatigado, y le habilita para volver con nuevo ahinco á los estudios de obligacion. Observa en esto la regla de los demas entretenimientos cristianos, que no se convierta la diversion en ocupacion.

Consejo seguro es que conozcas el fastidio y el cansancio de los estudios serios, antes de acudir á los otros.

En tu facultad estudia primero lo que pertenece á la substancia de ella, y luego lo que es de adorno.

Si te sirve de diversion el estudio á que eres llamado, da por ello gracias á Dios, que te hace suave el yugo de la penitencia. En esto te trata Dios como flaco; por lo mismo debes ser mas humilde, temer tu flaqueza, y aprovecharte de este alivio para hacer en esto con mas fervor la voluntad de Dios. Porque ménos excusa tiene para no aprovechar en el estudio, el que halla suavidad y consuelo en este exercicio.

No des igual valor al estudio de las

cosas inútiles, que al de las útiles. Mejor es ignorar ciertas cosas vanas, que sabiéndolas ignorar que son vanas.

CAPITULO VI.

CURIOSIDAD EN EL ESTUDIO.

No gastes el tiempo en averiguar lo que no te conviene saber [1].

Las cosas superiores á tí no las indagues, y las que exceden á tu debilidad no las escudriñes [2].

¿De qué le sirve al hombre inquirir lo que excede á su capacidad, quando ignora lo que deberia estudiar para el acierto de su conducta [3]?

No serás docto segun la fe porque

1 *Ne plus sapias quàm necesse est.* Eccles. VII. 17.

2 *Altiora te ne quaesieris, et fortiora te ne scrutatus fueris.* Eccli. III. 22.

3 *Quid necesse est homini majora se quaerere, cùm ignoret quid conducat sibi in vita sua?* Eccles. VII. 1.

sepas muchas cosas, sino porque aprendas las verdades necesarias y uses de ellas con fidelidad.

Observa que los Apóstoles, aun en el tiempo de su imperfeccion, rara vez hiciéron á Jesucristo preguntas de pura curiosidad.

La curiosidad indiscreta priva al docto del conocimiento de muchas verdades, que alcanza la pacífica humildad del indocto.

Suma cautela es necesaria para estudiar los misterios de la religion y las verdades arcanas que se reservó á sí la eterna sabiduría.

Atiende á la luz del espíritu, y no á tu propia inteligencia. La doctrina del espíritu de Dios encenderá en tí la caridad, y no dispertará la curiosidad.

El espíritu de inteligencia y de sabiduría es como la abeja, que lleva en su boca cera para encender la luz de la ciencia, y miel para infundir la suavidad de la gracia.

Busca en el ósculo del espíritu la in-

teligencia y el amor de la verdad. Porque derramada está en sus labios la verdad y la gracia. En estos labios bebió Juan la doctrina que puso en ellos el Padre. De ellos pasó á la boca de Pablo el Evangelio con que alumbró al mundo. Osculo reciben del ósculo del Verbo los que hospedan en su alma el espíritu de Dios para saber los dones que Dios les ha infundido [1].

No investigues con demasía las cosas de poca monta, ni seas curioso en lo que no aprovecha [2].

¿Qué falta te hace para salvarte el no ver con tus ojos los secretos y arcanos de la naturaleza [3]? Sentina es la curiosidad y principio de daños irreparables, precipita la imaginacion, abre la puerta á la soberbia, hace osados á los necios, presu-

1 I. Cor. II. 12.

2 *In supervacuis rebus noli scrutari multipliciter, et in pluribus operibus ejus non eris curiosus.* Eccli. III. 24.

3 *Non est enim tibi necessarium ea, quae abscondita sunt, videre oculis tuis.* Eccli. III. 23.

midos á los estúpidos; por ella han tomado cuerpo muchas fábulas; de ella han nacido varias heregías.

Refrena el ansia de saber, y reynará pacíficamente la fe en tu corazon.

La vana curiosidad abre las puertas á la presuncion de la orgullosa filosofía, y á las falsas sutilezas de la razon, que apartan al hombre de la piedad y de la fe.

El espíritu de curiosidad suele servir de obstáculo á la verdad, y abrir la puerta á mil investigaciones frívolas que llevan tras sí la atencion de todo el hombre.

En toda curiosidad hay una especie de vana ignorancia, por la qual se promete el hombre ser mas docto, si llega á saber lo que no le importa.

Aunque no te dañe saber cosas superfluas, tal vez te hizo daño haber gastado en aprenderlas el tiempo debido á las cosas necesarias [1].

1 *Intelligere superflua nihil nocet; sed fortasse discere nocuit, cùm tempus necessariorum occuparent.* S. Aug. lib. de utilit. credendi. cap. XI.

Recorre tu memoria y tu imaginacion: ¿qué verás sino un almacen de bagatelas y de mercancías, unas apestadas, otras podridas, otras inútiles? Este tesoro metio en tu ánimo la curiosidad indiscreta.

CAPITULO VII.

ESTUDIO SIN ORACION.

El amor propio combatido por la ilustracion que se adquiere estudiando, procura sacar otro partido mas ventajoso del mismo estudio. Dice que harto trabajo es el estudio, que quien le desempeña bien debe tener en lo demas un completo descanso. Este consejo hace que los literatos incautos descuiden fácilmente de su vida interior, y aun miren como necesaria la relaxacion de su espíritu.

Loable práctica es de los cristianos bendecir los manjares antes de comerlos, esto es, pedir á Dios que los bendiga, para que no se convierta en veneno del alma el alimento del cuerpo. ¿Quanto mas justo se-

rá que anticipes la oracion al estudio, para que no estrague ni disipe tu espíritu la doctrina que debe ser su guia y su fortaleza? Piensa quan fácil es que por culpa tuya avive tus pasiones el estudio que las debiera amortiguar. Los errores apartan del buen camino; el conocimiento de la verdad despierta la vanagloria, y la introduce en el corazon, si no le hace frente la humildad cristiana.

Ora antes de estudiar para consagrar á Dios los medios de tu instruccion, y santificar la ilustracion que por ellos deseas adquirir. Ora para que te inspire Dios la verdad, y sea en tí el conocimiento de ella don suyo y no fruto de tu industria. Ora para que comiences por Dios esta obra que debes hacer por él, y referir á su gloria. Ora para mostrar en tu estudio un deseo sincero de servir á Dios, y ordenar el plan de él conforme á su voluntad.

Si no va la oracion delante del estudio, no es fácil que le acepte Dios; y te expones á que en vez de la recta intencion con que debes empezar esta obra, se apo-

dere de tu ánimo la curiosidad, la vanidad, ó algun otro afecto siniestro.

CAPITULO VIII.

FRUTO DEL ESTUDIO.

Enfermo está ó en peligro el que come mucho, y no digiere los manjares. La comida mal digerida engendra malos humores, corrompe el cuerpo, y no le nutre. Así la mucha ciencia [1] no aprovecha ni nutre el espíritu, indigéstase en la memoria, que es como el estómago del alma, si no fuere cocida con el fuego de la caridad, y no comunicase su substancia por los miembros del alma, que son las costumbres y las obras.

El estudio es alimento y cultivo del alma. Lo que aprendes estudiando es manjar que nutre ó debilita tu espíritu, y semilla que á su tiempo criará pensamientos buenos ó malos, que tal vez no te ocurren ahora.

1 S. Bern. *in Cant. Serm. xxxvi. n. 4.*

No hay literato que no gaste parte del tiempo en rumiar las cosas que ha aprendido. Estos pensamientos suelen traer consigo aprobacion, complacencia, deseos, proyectos..... ¿Qué será de tí si no es bueno el grano que siembras en tu alma, si no es sano el manjar con que la alimentas?

Gran torcedor padecerá en su conciencia el que conoce el bien, y no le practica. Respuesta de muerte y de condenacion tendrá dentro de sí mismo siempre que se acordare de aquella palabra del Evangelio: el siervo que sabe la voluntad de su señor, y no la cumple, será duramente castigado [1]. ¿Quién sabe si en persona de este llora el Profeta [2], y dice: duéleme el vientre, duéleme el vientre? Tales son los que conociendo la verdad, no conforman su vida con ella.

Pecado es gravísimo ó castigo de pecados la ignorancia de las propias obligaciones; mas conociéndolas no cumplirlas, es

1. Luc. XII. 47. 2 Jerem. IV. 16.

un espantoso desprecio de la ley de Dios.

Fácilmente huye la verdad del que despues de conocida no la pone por obra [1].

Una es la doctrina de la verdad; pero no es uno el fruto de los que la meditan, ni el uso que hacen de ella los que la conocen. Tuyo es, Dios mio, el conocimiento de la verdad: tuyo el buen uso de él. Dame lo uno y lo otro, destierra las tinieblas de mi ignorancia, y sana el desórden de mi concupiscencia.

CAPITULO IX.

ABSTRACCION DEL LITERATO.

Pocos literatos se han formado en medio del bullicio del mundo. Las letras, á semejanza de la virtud, piden retiro de hombres, abstraccion de negocios, y desprendimiento de los afectos que turban é impiden la paz del ánimo.

1 *Cùm ab actu repellitur, fugit à sensu.* S. Greg. M. in cap. xxx. B. Job lib. xx. cap. xiv.

Sabido es que no se hace bien lo que se hace con ánimo distraido, o lleno de otras cosas: *non bene fieri quod occupato animo fiat* [1]. Escrito está tambien: *Sapientia scribae in tempore vacuitatis: et qui minoratur actu, sapientiam percipiet* [2].

En el comercio del mundo hay muchas cosas que inspiran desafecto á la verdad; óyense en él máximas falsas, opiniones infundadas, proposiciones aventuradas. Hablase por lo comun de las cosas sin exámen, por imaginacion, por sospecha, muchas veces por solo hablar y pasar el tiempo. El trato humano está ceñido ó al interes ó á la diversion; apenas hay quien se aproveche de la sociedad para instruirse él, ó instruir á otros. ¿Qué son estos sino estorbos de la verdadera literatura?

Observa que la mayor parte de la sociedad tiene sus pensamientos y sus juicios aparte, diferentes de la gente de letras. Aun los mismos literatos suelen mostrar en

1 S. Hieron. ad Paulin. ep. LXXXV. n. 6.
2 Eccli. XXXVIII. 25.

el trato comun diversos humores y afectos, que hacen inútil su conversacion. Unos son muy callados y no enseñan nada, otros hablan tanto que hacen odiosa su doctrina, otros fatigados del estudio buscan las gentes para recrear el ánimo con fruslerías. ¿De estos qué podrás aprender?

Hay en la sociedad quien va á casa de los estudiosos, como van otros á la comedia, á pasar el rato, á hacer tiempo, como dicen, ó á otros fines, que debe sufrirlos la caridad y la amistad; mas siempre estorban el fruto de la aplicacion. Si yo amo el tiempo, podré tolerar al que me le roba, pero no dexará de serme dolorosa esta pérdida.

¡Quan pocos son los amigos doctos, cuyo trato aumente tu ciencia! ¡Quan pocos de estos piensan como tú! De los que tienen opiniones contrarias, ¡quan pocos son moderados en proponerlas, y tolerantes para con los demas! A muchos literatos he visto calificar de errores las opiniones de sus amigos, y aun buscar el orígen de ellas en su corazon, añadiendo que se

desvian á sabiendas de la verdad, porque les tiene cuenta. ¿Qué diremos sino que al literato suele serle ventajosa hasta la separacion de tales amigos?

Exâmina el estado del mundo por lo que toca á las letras, y tal vez hallarás mas males que bienes en la familiaridad de algunos doctos, que son por otra parte acreedores á tu verdadero amor y aun á la estimacion pública.

Ni creas que este daño pende siempre de los otros. Tal vez está en tí, y por lo mismo debes exâminar mucho tu disposicion interior, para no servir de estorbo ó de daño á los que trabajan en obsequio de las buenas letras. Mira como en tí mismo hay un motivo poderoso para abstraerte de todo trato, que en tí y en otros pueda estorbar el fruto del estudio. Para vivir en la posible abstraccion de las gentes, no es necesario que tengas aversion á nadie, basta que la tengas á tí mismo.

CAPITULO X.

QUAN POCO SABEN LOS MUY DOCTOS.

Si estudias con humildad, al cabo te convencerás de que ignoras mucho y sabes poco. Limitado es aun el talento mas noble, corta la mas constante aplicacion, muchos los años perdidos en la primera edad, brevísima la vida. Aun en las cosas corporales sujetas á los sentidos, hay secretos sin número que no penetra el hombre; y si se empeña en ello, quanto mas lo procura, ménos lo consigue; y el que finge penetrarlos, no por eso lo logra [1].

Continuamente se hacen en la naturaleza nuevos descubrimientos ignorados de los sabios antiguos: muchas cosas que ellos supiéron, se han olvidado despues. No ha

1 *Intellexi quòd omnium operum Dei nullam possit homo invenire rationem eorum, quae fiunt sub sole: et quantò plus laboraverit ad quaerendum, tantò minùs inveniat; etiam si dixerit sapiens se nosse, non poterit reperire.* Eccles. VIII. 17.

faltado en estos últimos tiempos quien intente mostrar que los antiguos filosofos, á pesar de sus investigaciones y teorías, nada supiéron acerca de los principios de la naturaleza. Y el que esto dice, teniéndose por mas sabio que ellos, todavía dexó senos y secretos impenetrables á la humana capacidad Tú que haces progreso en la botánica, si volvieses al mundo al cabo de dos siglos, verias nuevas plantas, y en las que conoces ahora, nuevas propiedades y virtudes. Con el tiempo se han dexado ver en el cielo nuevos astros, en el ayre nuevos metéoros, en la tierra nuevos animales, en las minas nuevos metales, en los metales nuevas virtudes. Ciencias enteras se han creado con sus nombres, que convencen la ignorancia de los antiguos, esto es, la cortedad del ingenio del hombre.

Inagotables son los tesoros de la naturaleza; no te lisonjees de adquirirlos todos ni descubrirlos. Aun gran parte de lo descubierto ¿cómo se sabe? Con tal confusion, que en sus mismos investigadores se advierten opiniones contrarias. Animales

hay muy pequeños y despreciables al parecer, que saben cosas que ignoras tú por muy docto que seas: *Sunt minima terrae, et ipsa sunt sapientiora sapientibus* [1].

En el estudio de las ciencias se camina con lentitud, algunos se paran en él, otros atrasan: unos aprenden poco, otros olvidan lo aprendido, otros añaden á la ignorancia el error.

Para no salir jamas del error, basta que tengas ideas confusas de las cosas y mucha vanidad. De uno y otro adquieren mucho generalmente los que se dedican á las letras. Porque llegando á conocer el hombre un gran número de cosas con cierta obscuridad é incertidumbre; este cúmulo de ideas tenebrosas suele hacerle presumido y soberbio. ¡O quantos se creen doctos por las preocupaciones y engaños que no les dexan serlo! ¿Para qué quiero conocimientos que cierran la puerta á la claridad, á la rectitud y la exâctitud de las ideas? Seré docto á los ojos del vulgo in-

1 Prov. xxx. 24. 25.

discreto, y no mas; y aun esa no es prenda mia, sino engaño de otros.

¿Qué diré? Que la que se llama ciencia, ordinariamente es inútil en la naturaleza, en ciertos casos perniciosa á la sociedad, casi siempre venenosa para el corazon, y mortal en la religion. Inútil en la naturaleza, pues por mucho que raciocines sobre la causa de los terremotos, de los rayos, de los huracanes, y por mucho que sepas de estas cosas, no las podrás evitar. Perniciosa á la sociedad, pues la imprudencia de ciertos literatos mas de una vez ha causado en ella desprecio de buenos y otros desórdenes. Venenosa para el corazon, pues muchos conforme se hacen doctos, dexan de ser humildes. Mortal á la religion, pues cayendo algunos doctos soberbios en la impiedad, presumen ser jueces de la revelacion, y penetrar con la razon lo que quiere Dios que esté oculto.

Algunos se creen sabios, porque han estudiado las opiniones de otros sobre materias obscuras en que no está averiguada la verdad. ¿Qué dirias del que se creyese

rico, porque tuviese en la memoria los delirios de todos los alquimistas? Pues tal es el que se cree docto, porque sabe las opiniones de los que han buscado la verdad sin hallarla [1]. Medita esto de buena fe, y entenderás quan poca solidez y verdad hay en tu ciencia.

CAPITULO XI.

COMO DEBE PENSAR EL DOCTO DE SI MISMO.

No está ménos sujeto el docto á la concupiscencia de la vanagloria, que á la de la carne. Asi como los deleytes sensibles excitan y arraygan la luxuria, asi la alta idea que tiene el docto de su saber, y la alabanza que le dan otros, despierta en él y aumenta su vanidad.

Fácilmente conocen todos los hombres el desórden de la luxuria; pocos doctos advierten el estrago de la soberbia. Por donde se ven tantos literatos abandonados indiscretamente á los peligros de la huma-

1 S. Aug. Epist. CXVIII. 23.

na alabanza, sin temer los escollos de este golfo donde tantos han perecido.

El corazon del docto, igualmente que el del rudo, es un vaso que puede corromper quanto se eche en él. Las ciencias mas sólidas y útiles pueden serle ocasion de vanidad, que le hagan de peor condicion que el indocto.

Si fueras prudente, hallarias motivos de humillacion en lo mismo de que eres loado. Unos te alaban por lo que sabes mal, ó por lo que ignoras: otros son ecos de aduladores tuyos, que te elogian por pasion ó por interes: otros te honran en esto por honrarse á sí mismos, haciendo gala de talento y de erudicion.

He visto á algunos alabar mucho cierto libro que no habian leido. Creerian ser justos: mas es corta la gloria que resulta de tales elogios al autor del libro.

Si pudieses conocer con certeza el estado de tu espíritu, conforme á él debieras pensar de tí, no teniéndote en mas ni en ménos. Porque para el literato, igualmente que para los demas, la regla de la

humildad es la verdad, á la qual debe conformarse en todos sus juicios. Mas por quanto te hallas cercado de tinieblas, y no puedes conocer á qué punto llega tu sabiduría, justo es y mas seguro partido segun el consejo de la misma verdad [1], que elijas para tí entre los doctos el último asiento, del qual seas elevado con gloria tuya á otro mas honroso: *Gloriam praecedit humilitas* [2].

No hay peligro en que te reputes por ménos docto de lo que eres. Aunque en esto no te conformes con la verdad, no serás por ello soberbio, ni caerás en maldad que merezca odio; mas será tu humildad agradable al que para enseñarnos á ser humildes, escondió á los ojos del mundo la infinita extension de su sabiduría [3].

1 Luc. XIV. 10.

2 Prov. XV. 33.

3 *Tantò veraciùs docti sumus, quantò doctrinam à nobismetipsis suppetere non posse cognoscimus. Cur ergo quilibet de doctrina superbiat, qui occulto judicio vel cui quando detur, vel quando cui subtrahatur ignorat?* S. Greg. M. in c. XXXIX. B. Job lib. XXX. cap. XXVII.

No temas pues confesarte ignorante si lo eres, ó ménos docto que los demas. No daña la humildad por profunda que sea; mas la soberbia, aunque ligera, pone al hombre en gran riesgo. Porque gran mal es, si aun en poco te reputas por mayor que el que á los ojos de la verdad es igual á tí ó superior. Así como el de alta estatura no pierde nada si se inclina mucho para entrar por una puerta baxa, y se expone á gran daño si se eleva un dedo mas que la puerta; así va seguro el que mucho se humilla, y peligra el que aun en poco se engrie.

Si eres soberbio, necio serás á los ojos de Dios, aunque á tí te parezca ser docto: *superbus et arrogans vocatur indoctus* [1]. Si eres humilde, aun quando no seas docto, tendrás sabiduría que te asemeje á Jesucristo.

Regla cierta es para conservar el docto la humildad, no compararse á na-

1 Prov. xxi. 24.

die, ni á los que son mas doctos que él, ni á los que lo son ménos. ¿Qué sabes si ese que tienes por indocto, posee la ciencia de la religion en mas alto grado que tú? ¿Qué sabes si te aventaja en la práctica de la virtud, si es mejor que tú, mas fervoroso, mas constante en el bien? ¿Por ventura es tuyo el bien que tienes? ¿Estás seguro de que no le perderás? Luego ni aun respecto de ese puedes elegir en tu interior mas digno lugar [1]. Siéntate despues de todos en la presencia de Dios: no digas mas sabio soy yo, porque tal vez no es esto cierto: basta esa presuncion para hacerte desagradable á Dios, á quien no agrada el docto, si no es humilde. Humilla mi corazon, ó Sabiduría increada, y concédeme que ame el lugar que me es debido, para no hacerme indigno del que me mereciste.

Desea la humildad para dar gloria á Dios con tu ciencia; pídesela á él si

1 *In humilitate superiores sibi invicem arbitrantes.* Philipp. II. 3.

quieres tenerla; aspira á aumentarla si quieres no perderla.

No ha criado Dios á los demas hombres para que hablen de tí, y sean admiradores de tu eloqüencia y doctrina. Tú y yo y todos, doctos é indoctos, somos criaturas de Dios [1]; debemos postrarnos igualmente delante de Dios, sin robarle la gloria que le es debida.

No busques la verdad fuera de tí en la estimacion de los hombres, porque no la hallarás: búscala dentro de tí, y la hallarás si fueres humilde. Al deseo de la gloria vana y pasagera se sigue en el docto soberbio el fruto de ella, que es la ignominia.

¿Quieres dexar atónitos á los que te admiran, y desarmados á los que te envidian? Muéstrales con sinceridad que no haces aprecio de tí mismo.

1 *Dives, et pauper obviaverunt sibi: utriusque operator est Dominus.* Prov. xxii. 2.

CAPITULO XII.

VANIDAD DE LOS CONOCIMIENTOS HUMANOS.

Exâmina bien los conocimientos científicos que has adquirido estudiando, y hallarás pocos que ayuden á tu verdadera felicidad, y muchos que fuera mejor despreciarlos y olvidarlos. Algunas noticias literarias tienen valor por la humana opinion; pero ellas en sí son inútiles: te sirven para que aparezcas en el público como literato; mas no eres por ello mas sabio que el que las ignora. Y esta opinion te da un cierto crédito de que te es fácil abusar, si no tienes la vanidad muy domada [1].

¿Qué te aprovecha saber lo que está fuera de tí, si ignoras lo que hay en tí? ¿medir los espacios del cielo, si no

1 *Vanitas laudis humanae.... nihil ad cingandum affert, nisi inane et inflatum.* S. Aug. ep. CXVIII. n. 6.

andas por el camino del cielo? ¿dar una exâcta razon de los reynos y provincias del mundo, si no ahuyentas de tí el espíritu del mundo? Por ignorante es reputado el que gastando la vida en estudiar las cosas criadas, no llega á amar á Dios sobre todas ellas [1].

¿Por ventura serás mas sabio si aprendes los sueños y extravíos de los antiguos filósofos? Vanidad es, para adquirir fama de erudito, emplear tiempo en un estudio que aventura la humildad, y no da erudicion verdadera y sólida. Mas quisiera ignorar el nombre [2] de algunos

1 *Circa elementa mundi est phalerata magis, quàm vera sapientia; ut est Philosophia omnis quae aliena quaerit, cùm sua nesciat: scrutatur coeli plagas, mundi spatia rimatur, quae sibi prodesse nihil possunt: Deum ignorat, quem solum deberet inquirere.* S. Ambros. in Ps. CXVIII. serm. XXII. n. 9.

2 *Quantò enim meliùs ne audissem quidèm nomen Democriti, quàm cum dolore cogitarem, nescio quem suis temporibus magnum putatum, qui deos esse arbitraretur imagines?...* S. Aug. ib. n. 27.

enemigos de la religion, que tener la pena de saber sus delirios [1].

Indaga enhorabuena la falsedad de ciertas opiniones humanas, para adoptar las mas razonables y verdaderas. Mas no creas que con solo esto serás sabio: ni tengas apego á un estudio que llena el ánimo de inútil curiosidad, y tal vez de soberbia.

Menos ignorante es el que se engaña en una opinion puramente filosófica, que el que tiene por gran cosa saber la falsedad de ella. Al mismo tiempo que aprendas las ciencias filosóficas, procura estudiar la incertidumbre de ellas, y así reservarás tu aficion y tu amor para la ciencia de la salud que traxo el Redentor á su pueblo [2].

1 *Humilitati.... maximè adversatur quaedam, ut ita dicam, imperitissima scientia, dum nos scire gaudemus, quid Anaximenes, quid Anaxagoras, quid Pythagoras, quid Democritus senserint; et cetera hujusmodi, ut docti eruditique videamur, cùm hoc à verâ doctrinâ et eruditione longè absit.* S. Aug. ep. CXVIII. n. 23.

2 Luc. I. 77.

Si miráras con buen espíritu las ciencias humanas, de ellas mismas colegirias quanto mayor aprecio merecen las verdades que se ha dignado Dios enseñarnos por sí y por medio de su Iglesia.

Recorriendo la historia literaria de los filósofos, hallo á unos que habiendo consumido largos años en averiguar las razones del órden del mundo, inventaron un sinnúmero de teorías y especulaciones ridículas: otros que se creen sabios por haber mostrado que algunos de estos fuéron ignorantes. Y entre tanto observo que todavía disputan los modernos sobre muchas cosas que los antiguos creyéron haber aclarado ó demostrado: *hanc occupationem pessimam dedit Deus filiis hominum, ut occuparentur in ea* [1].

Tan claramente se echa de ver la vanidad y la presuncion á que arrastran los sistemas filosóficos: es tal la inquieta curiosidad que dexa en el ánimo este estudio, que seria mas conveniente no to-

1 Eccles. 1. 13.

mar partido por opiniones de esta clase, ni aun por las mas sólidas. Siempre te aconsejaré que aun en esto prefieras la verdad al error. Mas la piedad muestra indiferencia y desprecio respecto de las verdades de pura curiosidad, y guarda la vehemencia y el calor de la caridad para las importantes y serias.

CAPITULO XIII.

INVENTORES Y DESCUBRIDORES.

Poco satisface al hombre el conocimiento de las cosas nuevas que inventa él ó descubre. No supo mas el descubridor de los satélites de Saturno, que el que los observa despues de descubiertos. El inventor halla contento miéntras duran sus especulaciones, porque se promete adquirir nuevas luces, ó conocer nuevas cosas. Propónese en esto un bien imaginario, cuyo atractivo cesa en logrando su deseo. Con esta posesion se acaba la esperanza que le atraia, y se queda el inventor igual

á los demas, que conocen como él la cosa inventada. Aun entónces tiene el inventor un nuevo riesgo de vanidad, que no tienen los otros; porque es facil que se complazca el hombre en sus descubrimientos, ó que se atribuya á sí parte á lo menos de la verdadera alabanza que en todo se debe á Dios.

Muchas cosas inventadas por grandes ingenios á costa de largo trabajo, han venido despues á ser despreciadas por desidiosos, que no saben dar valor á los frutos del ageno talento [1]. No faltará quien por envidia deprima el mérito de tu invencion, diciendo que otro pensó ó descubrió antes lo que te jactas de haber visto ó pensado primero [2].

Loable es el inventor de una cosa, pero suele ser mas útil el que le da su última perfeccion. Si te enamoras de tus

1 *Cùm alius laboret in sapientiâ, et doctrinâ, et solicitudine, homini otioso quaesita dimittit.* Eccles. II. 21.

2 *Industrias animadverti patere invidiae proximi.* Eccles. IV. 4.

descubrimientos, rara vez llegarás á perfeccionarlos.

Si te dedicases á meditar lo que otros han dicho, ó á adelantar lo que han descubierto; tal vez harias mayor servicio á las letras, que siendo inventor.

Muchos talentos hay capaces de producir un pensamiento grande y sublime; mas son raros los que sepan ordenar muchos pensamientos agenos y propios, y formar de ellos un todo perfecto. Puedes ser aventajado en el ingenio sin tener gran juicio, que es la prenda mas estimable del literato.

Muchas cosas he descubierto ignoradas de la antigüedad. Pregunto yo ¿son útiles? Si lo son, da gloria á Dios, que por tu medio hace algun bien á los hombres: si son inútiles, duélete de tu necia jactancia.

CAPITULO XIV.

RAZON HUMANA.

A quien mucho le dan, mucho le pedirán: á quien se le confiaron mayores cosas, mas estrecha cuenta le aguarda [1]. Todo nos lo da Dios como por medida, para pedirnos de ello cuenta: dia vendrá en que debamos responder de todo al supremo Juez. ¿Qué descargo darás si sacrificas ahora á la vanidad, ó disipas en tus pasiones el talento que debes emplear en glorificar á Dios, y en servir á tus próximos?

Algunos gentiles, que la antigüedad llamó sabios, encadenaron la verdad y la tuviéron presa, no manifestando á los rudos el conocimiento que ellos tenian de la unidad de Dios, y de la vanidad de los ídolos. Mas inexcusable es el que conociendo y profesando la

1 Luc. XII. 48.

verdadera religion, no se aprovecha de su talento y de su doctrina para amar y glorificar á Dios, y no hace que resplandezca en sus obras la luz de la fe.

Ciencia que no ayuda á crecer en el conocimiento de Dios, ¿de qué sirve? Inútil es la antorcha que no guia; dañosa la que encamina al precipicio, haciendo mas daño que las mismas tinieblas. ¡O quan triste espectáculo es para la fe un entendimiento lleno de luces y de bellas ideas, junto con una voluntad sumergida en la noche del pecado, fria como yelo, y muerta para Dios y su santa ley!

El que no sube por las criaturas al conocimiento de Dios, cerca está de desconocerse á sí mismo, teniéndose por docto en lo que es insensato. Esta soberbia parió la idolatría; pues el necio orgullo, desconociendo la baxeza de las cosas criadas, las adoró como dioses á ellas y á sus simulacros.

¡O quan espantoso es para la religion el hombre hincado de rodillas delante de los astros, y aun de las bestias

fieras, y de los animales mansos, y de las demas criaturas que habia puesto Dios debaxo de sus pies! Y estos se llaman sabios, y se engrien, y de su misma ceguedad toman ocasion para llamar necios á los humildes adoradores de Cristo.

¡Quantos abusan de su ingenio para inventar maldades [1]! ¡O extrema corrupcion del hombre, á quien no satisfacen ya los delitos sabidos, que emplea el tiempo y el talento en abrir nuevas sendas de iniquidad, que aspira á la infame gloria de aumentar la propia corrupcion y la agena! Imita la ciencia de los demonios, el que se sirve de lo que sabe para pervertir á los sencillos.

El corazon vicioso corrompe la razon. Opónense á tus pasiones las verdades prácticas de la fe, por eso pones en duda las especulativas. Observa la verdadera raiz de tu incredulidad, y hallarás que es la oposicion que tienes á la moral evangélica. Parécente duros los

1 Rom. 1. 30.

mandamientos del evangelio, por eso llamas obscuros sus misterios. Facilmente creerias todo quanto propone la Iglesia, si para salvarte no fuesen menester obras.

CAPITULO XV.

JUICIO.

No eres pequeño ni perteneces al vulgo en la república de las letras, si tienes juicio. El juicio gobierna los estados, disciplina los exércitos, madura las negociaciones, hace útiles las artes y ciencias. El juicio aun sin ingenio es algo: el ingenio sin juicio es ménos que nada.

Muchos literatos hay de imaginacion viva, que inventan, que afinan las materias con admirable sutileza: pocos juiciosos que comparen, exâminen y pesen las cosas con madurez, para distinguir lo verdadero de lo falso, lo útil de lo inútil.

La viva imaginacion hace al hombre ligero, el juicio comedido y sensato:

los de viva imaginacion estan mas expuestos á la incredulidad, que los de sólido juicio. Nace esto de que la imaginacion, dexada á sí misma, se resuelve por la apariencia sin aguardar á mas; y el juicio, antes de resolverse, reflexîona y compara las cosas.

CAPITULO XVI.

MEMORIA.

La memoria, como facultad inferior y subalterna, no llena tanto la vanidad del hombre como el juicio y el ingenio. Hay quien cree que la memoria mas corta y mas tarda va acompañada de ingenio mas perspicaz ó de mas sólido juicio. Por eso aun los literatos vanos suelen tener modestia para confesar su mala memoria; rarísimo es el que confiesa la torpeza de su ingenio; y ninguno dice, tengo poco juicio.

Aun quando llegases á saber de memoria todos los libros que hay en la bi-

blioteca del Rey, no tendrias por eso mas bién ordenado el entendimiento, ni mas sólido el juicio, ni mas recta la voluntad, esto es, no serias mas sabio. Ese, que fuera de tí es un tesoro de luz y de verdad, seria en tu ánimo una confusa multitud de especies que aumentase tus tinieblas.

Al estudioso de gran memoria sueles llamar biblioteca viva. Y ¿qué elogio es este? Así como no pueden leerse á la vez muchos libros, sino uno solo, y aun ese por partes; así tú, si los tienes en la memoria, no podrás pensar en todos á un tiempo, sino en uno solo, y en una sola especie de él: lo demas está entónces como enterrado para tí, ó tan fuera de tu pensamiento, como si no lo supieses.

He aquí tu vasta memoria reducida á un solo objeto, esto es, á conocer una por una las cosas que tienes guardadas en este depósito. Y aun esas ¿cómo las ves? Ordinariamente con obscuridad, sin penetrar su naturaleza, ignorando mu-

chas de sus qualidades; y si te empeñas en entender á un tiempo todo lo que tienes aprendido, la misma multitud de ideas te confunde y te hace mas ignorante. A esta confusion se añade algunas veces la desconfianza y la incertidumbre que suele acompañar á los conocimientos humanos. Lo que te parecia pequeño quando lo leias, quando te acuerdas de ello te parece grande, lo cierto te parece dudoso, confundes lo verdadero con lo verosímil; unas ideas se debilitan, otras se aumentan, en otras dudas, otras te parecen sueños ó delirios. Por feliz que sea tu memoria, rara vez dexas de faltar á la exâctitud quando refieres lo que tenias sabido ó aprendido.

Exâmina tambien el empleo que has hecho de tu gran memoria. Con las verdades has aprendido errores. ¿De qué te sirve saber cosas cuyo conocimiento ha perdido á muchos? Entresaca de las verdades útiles que sabes, las inútiles, esto es, las de pura curiosidad que no te aprovechan á tí, ni te hacen útil al

próximo. Muchas verdades las sabes imperfectamente, no hallándote en estado de usar bien de ellas, expuesto á convertir esta riqueza en daño tuyo y de otros. Porque á muchos ha precipitado por su indiscrecion el conocimiento imperfecto de ciertas verdades, sacando de principios ciertos conseqüencias contrarias á la paz de la sociedad, y á la honestidad de las costumbres.

Yo llamo sabio, no al que retiene muchas verdades en la memoria, sino al que las entiende bien, y les da el órden necesario para sacar de ellas fruto [1].

El que tiene gran memoria y poco juicio, expuesto está á decir neciamente lo que sabe, y á hacer ostentacion de ello.

Si los pensamientos agenos dispiertan en tu ánimo la meditacion, adelantarás algo en la sabiduría. Porque perfeccionarás en tí la facultad de pensar, y

1 *Doctrinam intellectus facit, non memoria.* S. Ambros. in Ps. CXVIII. Serm. x. n. 19.

los pensamientos propios por lo regular se arraygan mas que los agenos.

Observa que la memoria ayuda algunas veces á hacerte infeliz. Porque ciertos males pasados te los pinta como menores de lo que fuéron, y ciertos bienes pasados como mayores. De aquí nace en tu ánimo dolor de los bienes perdidos, con nueva ansia de volverlos á poseer; y temeridad para exponerte de nuevo á riesgos que te fuéron antes muy amargos.

CAPITULO XVII.

IMAGINACION.

Prenda es muy estimada en un literato la imaginacion viva, fina, delicada. Mas ¡quanto debes temer esto que tanto se aprecia y se envidia! La imaginacion depende de los sentidos, no ménos que las pasiones: mas tiene su particular malignidad. Unas veces la ponen en movimiento los sentidos; otras veces excitada obra ya por sí misma. Su ve-

hemencia siempre es peligrosa. Turba y desordena las ideas con imágenes á veces gratas, á veces espantosas, freqüentemente tan vivas, que enfurecen las pasiones con la violencia de su ímpetu. Si la imaginacion es delicada, el impulso que causa en las pasiones, fortifica mas la atencion, de donde resultan mayores riesgos. Sospechosas son pues, para el sabio las especies representadas por la imaginacion, por lo mismo nunca las debe admitir sin exámen.

La imaginacion es como el caballo, que enfrenado ayuda á caminar, y desenfrenado precipita.

La imaginacion acalorada corta los vuelos á la razon, atrae á sí toda el alma, y la dexa inhábil para otras obras mas nobles y mas útiles.

La imaginacion viva fixa la atencion en una sola cosa, y no da lugar á compararla con otras; sin cuya combinacion es fácil que yerre y se precipite el juicio.

Observa que los primeros impulsos

de tu imaginacion son por lo comun favorables al cuerpo, parécese en esto á los sentidos que en todo procuran al hombre deleytes corporales. Aun en esto se saca peor partido de la imaginacion. Cerrando los ojos, por exemplo, cesa la impresion de las cosas que estas viendo: mas no puedes borrar tan fácilmente la huella que han dexado estos objetos en tu imaginacion. Aun las cosas que el sentido representa á lo natural, la imaginacion las aumenta ó las disminuye, las afea ó las hermosea, las hace mas agradables ó mas odiosas; de donde resultan en el ánimo afectos desordenados é injustos.

Observa tus deseos corrompidos, y hallarás que muchos de ellos son excitados por tu imaginacion, la qual calma por un momento en satisfaciéndose la pasion que debió á la imaginacion su furor y su ímpetu.

Los sentidos pelean contra el espíritu con solos los objetos á que se extienden: mas la imaginacion le hace

guerra con todas las cosas. Le transporta á lo pasado y á lo futuro, á lo real y á lo quimérico, á lo posible y á lo imposible, á lo comprehensible y á lo incomprehensible. Fórmase ella misma imágenes terribles, y se espanta; proyectos agradables, y se alegra. Trastorna y destruye la naturaleza, fabrica cosas extravagantes, se forja nuevos mundos, compuestos de realidades y sombras.

Mira como la imaginacion, aunque seas cuerdo y sabio, puede trocar y disipar en tí las verdaderas ideas de las cosas, y corromperte el corazon de mil maneras. Teme pues mucho la viveza, la delicadeza y la finura de tu imaginacion, como principios fecundos de la ceguedad y de la corrupcion del ánimo.

Si es grande la vehemencia de tu imaginacion, con ímpetu serás arrebatado hácia las cosas sensibles, fácilmente se fixará tu afecto en las criaturas, y crecerá en tu voluntad el desórden llenándose de tinieblas.

Esta viveza de la imaginacion que

nos representa las cosas con fuego, y nos las hace pintar con facilidad, es en cierto modo incompatible con el juicio. Rara vez encamina bien al hombre la imaginacion impetuosa, y muchas le precipita. La imaginacion en manos de las pasiones es instrumento de grandes errores y defectos. Procura pues acallar tu imaginacion, y guárdate de los que la lisonjean y atizan.

El que no hace frente á las invenciones é ilusiones de su imaginacion, fácilmente resiste á la verdad; porque estas sombras de verdad ocupan en su ánimo el lugar de la verdad, y se confunden con ella.

Piensa de las cosas segun la verdad, no añadas á su ser ni quites: la ficcion, aunque te agrade, si es contraria á la realidad, mírala como agena del cristiano, y quando ménos dispertadora de la vanidad; porque es fácil que el hombre embelesado con la ficcion, que es obra propia suya, olvide la verdad, que es la obra de Dios.

CAPITULO XVIII.

GRAN TALENTO.

No mires en tí el gran talento, sino el uso que haces de él.

El buen uso del talento es mas raro que el mismo talento. Muchos emplean bien los bienes de fortuna, y usan mal de los dones que llaman de naturaleza. No es dicha sino desdicha para tí y para otros, el que tengas talento, si no estás dotado de las qualidades necesarias para usar bien de él [1]. Mas daña á la sociedad el abuso del gran talento, que aprovecha el buen uso.

La historia literaria presenta grandes talentos, que han hecho cosas mas agradables que útiles; otros que han cometido enormes delitos con gran finura,

1 *Qui praestitum sibi ex Deo ingenium intelligentiae negligit, condemnatione reus existit: quia donum, quod accepit, despicit.* S. Isidor. Sent. lib. III. cap. 9.

esto es, que han sido mas perjudiciales que si fueran estúpidos.

¿Qué importa que excedas á los demas hombres en el talento, si eres igual á ellos en la flaqueza? Con todo tu talento llevas arrastrando como el mas rudo, las miserias de la humana condicion.

El gran talento es indicio de la grandeza y excelencia del hombre. Mas esta misma excelencia la convertirás en baxeza, si empleas ese talento en cosas baxas ó inútiles ó indignas de tu atencion y tu amor.

No digas, gran talento tengo, sino, á grandes cosas soy llamado.

El hombre de gran talento está expuesto á ser ménos humilde y mas presumido que el docto. Porque es mas difícil conocer los límites del talento, que los de la ciencia.

¿De qué te sirve la facilidad de conocer las ciencias, la exâctitud del juicio, la penetracion del ingenio, la destreza en los negocios, la invencion

en las artes? Todas estas qualidades son compatibles con las tinieblas del corazon: hállanse algunas veces en el que á los ojos de Dios es necio é insensato.

Yo llamo gran talento al que ve las cosas como son en sí, al que estima los bienes espirituales, y desecha los carnales. Gran talento tiene á los ojos de Dios un pobre ignorante, que sabe despreciar como pequeñas las cosas del mundo, aunque no tenga la mas leve tintura de las ciencias humanas. Topo es y ciego para Dios el docto que todo lo sabe, ménos conocerse á sí mismo.

¿Admiras una buena cabeza, que maneja á un tiempo muchos negocios, que estudia á un tiempo muchas ciencias? Mejor seria que le tuvieses lástima. Porque flaco es el que para sostenerse necesita tantos apoyos. Quítale á esta gran cabeza la multitud y variedad de sus ocupaciones, y la verás caer en un profundo tedio.

Las muchas cosas son cebo de la humana volubilidad é inconstancia: esta

agitacion tumultuaria de los negocios del mundo sostiene al hombre debil, cuya fuerza es aparente; no está en su espíritu, sino en las fibras y nervios de su cuerpo. La grandeza y firmeza del talento consiste en que se halle fuerte el alma sin estos recursos, contenta con solo Dios y la viva fe de que le tiene siempre presente.

No te envanezca tu gran talento; mas da gracias á Dios por este nuevo don de que carecen muchos.

No son raros los grandes talentos, lo que es rara es la cultura que da á los grandes talentos la educacion y la aplicacion. Sucede con los talentos lo que con el oro y las piedras preciosas, que apénas gozamos de una cortísima porcion de este abundantísimo tesoro. La mayor parte de los talentos por falta de cultura quedan sepultados en los labradores, en los pastores, en los artesanos y en las otras clases de la ínfima plebe, como los metales y los diamantes en las minas que no se benefician.

Considera que otros talentos tal vez mayores que el tuyo y mejor cultivados, se esconden por modestia, por desconfianza de sí mismos, ó por otras causas. Persuádete que son muchos los que te igualan, y aun te exceden en la cultura del talento, aunque no los conoces. Esta verdad sería bastante para curar tu altanería.

Acaso te sería mas útil la medianía en el talento, como lo es para otros en las riquezas. Porque tan fácil es abusar de la opulencia ó superioridad en las dotes naturales, como en los bienes exteriores. Algunos literatos de gran talento estan dibuxados en aquellas breves palabras: *generatio, cujus excelsi sunt oculi* [1].

En el trato humano conviene á las veces ocultar el gran talento, por conservar la paz con los que tienen ménos, ó por no dispertar en ellos envidia. Muchos grandes hombres por esta falta de

1 Prov. xxx. 13.

cautela se han grangreado el odio, ó han perdido la estimacion de muchos.

Grandes talentos han hecho obras muy medianas, por haberles faltado constancia en la aplicacion. Aun los mayores ingenios no dan perfeccion á sus libros, sino á costa de mucho trabajo. Por ser general el engaño que se padece en esto, son tan raros los libros excelentes en todas líneas.

Si tienes talento sólido y meditas mucho, conforme vayas avanzando en edad, desconfiarás mas de las ideas que te ofrezca tu imaginacion. Por eso son pocas las obras de puro ingenio escritas por grandes literatos en la vejez.

CAPITULO XIX.

CORTO TALENTO.

Consuélate si tienes corto talento, considerando que Dios reparte los dones naturales como los otros bienes con tasa, segun los designios de su providencia.

Aunque tengas corto talento, no carecerás del premio de los doctos, si eres aplicado y tienes recta intencion en el estudio [1].

No es necesario que tengas gran talento para ser útil á tus próximos. Si en el cuerpo de la Iglesia no puedes servir de ojo para guiar, ni de lengua para enseñar, podrás servir de mano para socorrer.

Piensa quantos se han perdido con gran talento, y quantos con corto se han salvado: á quantos ha elevado á cargos peligrosos el gran talento, que si fueran cortos, hubieran vivido privadamente con seguridad.

No envidies á nadie el gran talento, sino el buen uso de él; y en esto puedes igualarle, si usas bien del tuyo tal qual sea.

Si usas bien del corto talento, no te despreciará ningun sabio. Esta es una

1 *Qui tardus est ad capiendum, pro intentione tamen boni studii praemium percipit.* S. Isidor. Sent. lib. III. cap. 9.

gloria poco conocida, mas digna de ser estimada.

No te entristezca la tarda comprehension de las verdades que meditas. Mayor premio te espera, si siendo de tardo ingenio, tienes constante aplicacion [1].

¿De qué te serviria ser gran poeta, grande orador, gran político, si no tuvieses la prudencia de la piedad? Pues no te ha dado Dios esas prendas, conténtate con tener piedad, que ella sola basta; con ella serás estimable al que es infinita sabiduría.

Pídele á Dios grandeza de alma para despreciar lo terreno, juicio y cordura para estimar cada cosa por lo que vale; y te llamará sabio la religion.

Difícil es que el gran talento ame la obscuridad, y sufra ser desconocido ó desatendido; y aun mas que se haga sordo á los desaciertos ó yerros del vul-

1 *Tardiores ideo quòd scire cupiunt, difficulter inveniunt, ut pro maximo exercitio laboris, maximum praemium habeant retributionis.* S. Isidor. Sent. lib. III. cap. 9.

go. Sin embargo, con esta condicion se reparte el talento; el que no la guarda, turba la paz, y causa en la sociedad males considerables. De estos riesgos está libre el que tiene ménos talento.

Así como el grande talento, si es vano, aspira á la fama póstuma, así el corto suele tratar de establecerse bien y asegurar su fortuna. Apénas hay quien no tenga habilidad para su propio interes; porque esto nace de la corrupcion del ánimo, que es comun á todos. Precávete de esta peste, y serás dichoso.

No llames ligeramente soberbio al que tiene mas talento que tú. Fácil es que imputemos este vicio al que nos excede en qualquiera línea. Harto comun es el orgullo. Pero uno de sus efectos es persuadir que le tiene quien tal vez está léjos de él. Por eso debes exâminar si tu juicio en todo ó en parte nace de malicia, de envidia, ó de mala fe: no sea que creyendo aborrecer en otro un defecto, aborrezcas su mérito.

CAPITULO XX.

SABIDURIA CELESTIAL.

No es sabio á los ojos de Dios sino el que posee la sabiduría venida del cielo. No hay veta que la produzca en los montes, ni mar, ni rio, ni otro seno escondido que la oculte. Ignora el hombre su precio, y no será hallada en la tierra. Dios solo sabe su morada, y conoce su camino. Porque solo él es sabio, y la fuente del saber, y el maestro de la verdadera sabiduría [1].

El poco saber del hombre nace de la estrechez de su ingenio, y de la cortedad de su vista, y de no poder comprehender el órden que tienen entre sí las causas, ni la eficacia suya respecto de sus efectos.

Dios lo alcanza todo, así las causas, como el órden y la fuerza de ellas.

1 Job XXVIII. 10. seq.

Ve hasta los fines y senos de la tierra, penetra los mares, y tiene contados los átomos de la atmósfera, las estrellas y los planetas. El dió peso á los vientos, medida á las aguas, ley á las lluvias, impulso á los astros y órden á todas las criaturas, para que de este concierto aprendiese el hombre que su sabiduría es temer á Dios, y cumplir exâctamente sus preceptos.

La bienaventuranza del hombre en este mundo consiste en poseer esta sabiduría [1].

Ninguno es mas sabio, que el que es enseñado por Dios. Así como supera esta sabiduría á todas las ciencias del mundo, así el que es sabio segun ella, excede á todos los doctos.

Esta sabiduría junta en el hombre el conocimiento de Dios con el de sí mismo, la averiguacion de la verdad con la práctica de la virtud.

No te envanezcas por ser grande

1 S. Isidor. Sentent. lib. II. cap. I.

orador, ó poeta, ó matemático; tal vez es mas sabio que tú á los ojos de Dios un pobre rústico, que no sabe sino andar en el campo tras de sus bueyes: *sapientiâ replebitur qui tenet aratrum* [1].

No está poco adelantado en la sabiduría celestial, el que se desprecia á sí mismo, y adora los secretos de Dios sin presumir escudriñarlos.

CAPITULO XXI.

SABIDURIA TERRENA.

El que es sabio segun el mundo, es necio para Dios. Por donde dice Jeremías: *stultus factus est omnis homo à scientiâ* [2].

Necia llama Dios á la sabiduría de este mundo, mostrando la vanidad de la eloqüencia y de la ciencia de los filósofos mas célebres de la antigüedad, res-

1 Eccli. xxxviii. 25. 26.
2 Jerem. x. 14.

pecto de la doctrina que reveló él á los humildes [1].

¿Quando logró la falsa sabiduría de todos los siglos lo que obró en un momento la predicacion de la cruz, llamada necedad por los gentiles?

Estudia la historia, y hallarás que gran parte de las tinieblas del mundo se debe á los grandes talentos de la antigüedad gentílica. Muchos de ellos se empleáron en alejar al hombre de su Criador, fomentando la adoracion de las criaturas. Mientras los judíos piden milagros, buscan los gentiles la sabiduría: mas como ni unos ni otros cuentan con la gracia del Salvador, ni al judío le aprovecha su luz orgullosa, ni al gentil su falsa sabiduría.

Sabe el Señor que son vanos los pensamientos de los hombres [2]. Los falsos sabios del siglo empleáron su talento en paliar, cubrir, excusar, dorar y autori-

1 *Inter cunctos sapientes gentium..... nullus est similis tui.* Jerem. x. 7.

2 Ps. xciii. 11.

zar grandes crímenes. Ensalzáron la razon deprimiendo la revelacion; y así se hiciéron soberbios maestros en lo que debieran haber sido humildes discípulos [1].

Mas quiero ser pobre de ciencia terrena y rico de fe, que pobre de fe y sabio segun el siglo.

La sabiduría celestial renuncia de lo que le promete la terrena, cree lo que la orgullosa razon tiene por imposible, adora lo que el corazon corrompido llama despreciable, ama las humillaciones y las adversidades que parecen contrarias á su felicidad, y aborrece los deleytes y los demas bienes temporales, con cuya posesion se cree dichoso el mundo.

¡O si llegase yo á adquirir aquella necedad en que consiste la verdadera sabiduría [2]! Dame, Señor, que sea yo

1 *Reliquerunt sapientiam, quae apud Deum est, elegerunt disputationis tendiculas.* S. Ambros. in Ps. CXVIII. serm. XXII. n. 10.

2 *Utinam possim imitari illam stultitiam, quâ sim sapiens.* Id. ib. n. 11.

docto con tu doctrina, sabio con tu sabiduría, inteligente con la luz que inspiras á los dóciles que escuchan tu palabra. Enséñame aquella filosofía tuya superior á todas las ciencias humanas, que en todo acierta, siempre alumbra, por la qual es lleno el entendimiento de verdad, y guiado el corazon á la felicidad verdadera.

CAPITULO XXII.

INGENIO POPULAR.

Estimados son en la sociedad y escuchados con aplauso ciertos ingenios vanagloriosos, pagados de sí mismos, que socolor de verdades aparentes, proponen falsedades reales. Porque ordinariamente los ignorantes admiran lo que no entienden, y los flacos y los incautos oyen con gusto al eloqüente que lisonjea los sentidos. La honra y la admiracion po-

1 *Nihil tam facile, quàm vilem plebeculam, et indoctam concionem linguae volubili-*

pular empeña mas á estos ingenios ligeros, háceles creer que aciertan en lo que agradan, y los pone en peligro de que les sirva de guia su ciega imaginacion.

El que solo hace caso de las palabras, vacío se queda de doctrina [1].

No midas tu sabiduría por el aplauso con que eres escuchado. Un mediano ingenio junto con buena memoria suele merecer en el vulgo mas alabanza que un talento de primer órden. Porque ordinariamente es mas aplaudido el que tiene gracia para agradar en lo que enseña.

Observa que es muy difícil agradar á la multitud, sin resbalar algo en la adulacion ó en la falsedad.

El mundano ingenioso tarde vuelve en sí: sírvenle de estorbo el amigo que fomenta, el discípulo que sigue, el rudo que admira. ¿Qué apego puede

tate decipere, quae quidquid non intelligit, plus miratur. S. Hieron. ad Nepotian. Ep. III. n. 8.

1 *Qui tantùm verba sectatur, nihil habebit.* Prov. XIX. 8.

tener á la verdad el que tan atado está con la ficcion y mentira? ¿Cómo se intimará con Dios, el que tanta dependencia tiene de las criaturas? ¿Cómo estará muerto para el mundo, quien mira al mundo tan vivo para sí?

Al grande ingenio, si no vive escondido, le acomete incesantemente la vanidad: lo que habla, lo que escribe, todas sus comunicaciones dispiertan en él deseo de la gloria humana. Su situacion misma le aleja del propio conocimiento: los pensamientos humildes hallan en su corazon obstáculos casi insuperables. Tentacion continua es para él su misma imaginacion, la qual sin cesar reproduce imágenes que le ponen en riesgo de parecerse bien á sí mismo. Dificilmente rompe sus cadenas el esclavo que las ama, y tiene por libertad y gloria su misma servidumbre.

El beodo en dispertando de su letargo reconoce su vicio y se afrenta de él. Al facineroso no le faltan remordimientos que le inquieten y turben. El

grande ingenio metido en el mundo, tiene continuos atizadores de su vanidad, y no halla cosa que le remuerda.

Dices tú: ¿por ventura es delito tener talento? ¿ó merecer la estimacion pública? No es delito que tengas talento; mas es yerro creer que el talento consiste en el ingenio y en la imaginacion. No es delito que merezcas la estimacion de otros; mas es engaño creer que la merece, no digo la belleza y facilidad del ingenio, mas aun las otras prendas naturales en que consiste el verdadero talento. A los ojos de Dios que sabe conocer y premiar el mérito, aquel solo le tiene que usa bien de sus dotes naturales, sujetándolas al órden y á las leyes de su providencia.

No solo daña este ingenio violento al que le posee, sino tambien al que le admira. No hay contagio mas rápido que el de la imaginacion: el que la tiene viva y dominante, viene á enseñorearse del que no le huye. Su ímpetu, su gesto y todas sus modales ins-

piran certeza y convencimiento en el que le escucha. Viste las cosas con tales adornos, y les da tal colorido de verosimilitud, que el que oye sus palabras rápidamente sin confrontarlas dentro de sí con la verdad, ni exâminar sus pruebas, queda convencido sin saber cómo ni de qué, por la violenta impresion que ha hecho la imaginacion del otro en la suya.

CAPITULO XXIII.

FACILIDAD Y GRACIA PARA EXPLICARSE.

Si hablas con mas prontitud y facilidad que otros, no por eso creas que sabes mas, ó lo sabes mejor y mas profundamente.

Si tuvieras juicio, hablarias cosas meditadas: si tuvieras sólido ingenio, te explicarias con propiedad: sin lo uno y lo otro, hablar con cierta gracia y expedicion, es corta alabanza.

Hablas mejor que otro; pero tal vez

él escribe mejor que tú, porque medita mas, y no le contentan las cosas medianas de que tú llenas la conversacion. Excédesle tú en la rapidez, para la qual basta un talento superficial: él te excede en la exâctitud, en la profundidad, en la finura, que son prendas de un sólido juicio.

Muchos callan por prudencia, otros por modestia, otros por humildad. No pienses que el que te escucha callando, es ménos docto que tú, sino que tiene mas virtud.

El que es parco en las palabras y rico en el espíritu, mas quiere temer, que hablar con jactancia. El temor es escuela de la sabiduría: la facilidad en hablar, naufragio de la inocencia y de la virtud, y ocasion de caidas [1].

1 *Parcus in verbis, dives in spiritu, magis vult timere, quàm vana veri verba jactare: timor enim disciplina sapientiae est, loquacitas innocentiae virtutisque naufragium, atque incentivum prolapsionis et culpae.* S. Ambros. in Ps. XXXVI. n. 28.

Fácilmente puedes abusar del don de la palabra. Esa prenda llama la admiracion pública mas que la doctrina, porque es mas visible y mas conocida aun de los indoctos.

El vulgo suele tener por mas doctos á los mas afluentes en palabras; porque no tiene caudal de doctrina para resistir á la aparente eloqüencia, y porque cree que hablar con soltura es hablar bien. Por lo mismo tienes un nuevo riesgo de engreirte con la alabanza, y de creerte á tí, dexándote arrastrar de las preocupaciones que tú mismo has causado en el vulgo.

No juzgues de la verdad de las cosas por la expedicion ó tardanza del que las dice. La locucion expedita da un cierto esplendor aun á los pensamientos baxos, y colorido de verdaderos á los falsos. Al contrario, la locucion tarda deprime en cierto modo los pensamientos sublimes y enérgicos, y presenta con obscuridad y con ayre de duda las verdades mas demostrables. He visto en al-

gunas disputas ceder el que tenia razon y darse por vencido, por no hallar expresiones con que desvanecer los sofismas de su contrario.

Con dificultad conserva el recogimiento interior el que se precia de ser afluente. El que tiene facilidad y expedicion en el lenguage, vive expuesto á disiparse hablando, y á ser encadenado por diversas pasiones [1].

Arriesgado talento es la facilidad de explicarse. El que habla bien, está muy expuesto á hablar mucho, en lo qual hallarás por lo comun mas necedad que doctrina [2]. Esta rapidez cierra las puertas á la reflexîon, y es ocasion de defectos á veces muy grandes [3].

1 *Facilis in verbis.... interiora evacuat sua, et exterioribus passionibus inundatur.* S. Ambr. in Ps. CXVIII. Serm. IV. n. 17.

2 *Arrogantes viri non solùm student inepta dicere, sed multa.* S. Greg. M. in cap. XXXV. B. Job lib. XXVI. cap. VIII.

3 *Verba sunt plurima, multamque in disputando habentia vanitatem.* Eccles. VI. 11.

El que es tardo en hablar, tiene algo adelantado para meditar lo que habla; podrá ser ménos agradable su conversacion, pero será mas juiciosa y correcta.

El que es fácil y expedito en la conversacion, suele dar en el trato humano muestras de poca modestia, y halla freqüentes motivos de arrepentimiento y de humillacion. De algunos de estos he oido decir, habla bien, pero habla mucho. He visto algunos fogosos y felices en la conversacion, creerse con igual talento para escribir: y no desengañarse de esta equivocacion sino muy á costa de su amor propio.

Suma abstraccion del trato humano deberian guardar los buenos escritores que no tienen talento para hablar. Porque los incautos suelen juzgar del mérito de las obras por las prendas ó defectos personales de su autor. Por punto general los escritores mas retirados ganan reputacion para sus escritos y para sus personas.

La facilidad de explicarse dispierta la envidia de los doctos vanos que son tardos ó poco expeditos. El docto vano fácilmente deprime el mérito del que tiene ménos erudicion que expedicion.

No te contentes con no ser envidiado de los tardos: procura no ser envidioso de los afluentes. Feliz es en el trato humano el que no merece desprecio ni odio. Esta felicidad la da la medianía del talento, y el prudente uso de la superioridad.

Puede haber en las palabras, no ménos que en los muebles y en los vestidos, un cierto luxo nacido de vanidad; que aunque de pronto deslumbra á los indoctos, para los doctos es siempre odioso y muchas veces irrisible.

Aunque tengas talento para la conversacion, usa de él con suma templanza. Si estudias tu interior, hallarás que te conviene ser tenido en esto por mediano y ménos que mediano. Porque hay ciertos casos en que daña la estima-

cion del vulgo, y aprovecha su indiferencia y su olvido.

Si hablas poco y bien, serás mas apreciado, que si hablas mucho y bien, es decir, lograrás la misma estimacion, ó mayor, á ménos costa.

Prudente serias si en la conversacion te atemperases y no fatigases á los flacos, que son los mas, aunque sean doctos.

Si dices alguna expresion ingeniosa con oportunidad, no llames la atencion del que oye, ni ménos muestres en ello propia satisfaccion; porque lo uno y lo otro se imputará á vanidad, y tal vez será acertado este juicio.

Repetir en la conversacion los dichos agudos, es insultar la inteligencia de los circunstantes, ó mostrar deseo de alabanza, ó pobreza de ingenio. El rico, si no es avaro, no hace gran duelo de las pequeñas pérdidas. Así el docto, si no es soberbio, no se empeña en que se haga caso de las agudezas y gracias pasageras de su conversacion.

CAPITULO XXIV.

CIENCIAS NATURALES.

Loable es el estudio de la naturaleza. Crió Dios el mundo dexando sus obras sujetas á las investigaciones y al estudio del hombre [1]. Salomon empleó su sabiduría en tratar de los árboles, de las plantas, de las aves, de los peces y de los demas animales [2]. ¡Quan útil seria esta curiosidad, si solo buscásemos en las criaturas, huellas y senderos que nos guien al conocimiento del Criador, y dispierten en nuestro ánimo admiracion de su infinita sabiduría!

Atiende á las maravillas que la luz de Cristo te descubre en el órden mismo de la naturaleza, desconocidas de Platon y Aristóteles. Mira el mundo con ojos de fe, y entenderás que todo él es un bosquejo de las verdades de la

1 Eccles. III. 11. 2 III. Reg. IV. 33.

gracia, y que nada enseña la Cronología, la Cosmografía, la Física y las demas ciencias naturales, que no pueda ayudar al bueno á que adelante en la verdadera virtud.

No hay conocimiento ninguno de las cosas visibles, que no pueda llevarte al conocimiento del Criador. A las criaturas llamáron los Santos evangelio de los gentiles, porque las perfecciones invisibles del Criador se ven dibuxadas en las cosas visibles como imágenes de su poder y grandeza [1].

Observa con fe las cosas que tienes á la vista, y de ellas aprenderás cosas que no enseñan los libros: *ligna et lapides docebunt te quod à magistris audire non possis* [2].

Inexcusables fuéron los paganos que no subiéron por esta escala de las criaturas á dar gloria á Dios; ¿qué excusa alegará el cristiano que se detiene en el conocimiento y amor de las criaturas,

1 Rom. 1. 20. 2 S. Bern. Ep. CVI. n. 2.

confesando ser Dios autor y criador de todas ellas? Delito es de gentiles, conociendo á Dios, no adorarle como á Dios, no confiar en él, no retornarle todos los bienes por medio de la gratitud. Extrema corrupcion es de la razon humana tomar como medio para alejarse de Dios, la misma luz que se le da para que se acerque á él. El ingrato que abusa de esta luz, merece perderla, y pasar de las tinieblas del entendimiento á las de la voluntad, y de aquí á la obstinacion y dureza. Fácil es que la razon ciega corrompa el corazon, y que el hombre que deshonra á Dios con la impiedad, deshonre en sí la imágen de Dios con la impureza y otros vicios [1].

Sin ser grande astrónomo, solo con levantar los ojos al cielo, verás en las estrellas fixas y en los planetas la omnipotencia y sabiduría de su hacedor. Publican los cielos la gloria de Dios: y el

1 Rom. 1. 21. 24.

hombre sordo á este alarido, contentándose con investigar el curso de los astros, se queda aletargado en la mas torpe ingratitud: *surdi audite, et caeci intuemini ad videndum* [1]. No te contentes con observar el exército de las estrellas ordenado, la igualdad de su movimiento y la perpetuidad de su resplandor. Por estos escalones sube aun mas arriba á contemplar quien es el que ha obrado estas maravillas: *levate in excelsum oculos vestros, et videte quis creavit haec* [2].

Desde esta altura baxa al reyno animal, y hallarás en el ayre aves que sin maestro vuelan y cantan con admirable variedad y dulzura: en el agua peces que sin pies y manos corren, pelean y buscan medios para su conservacion: en la tierra animales domésticos que ayudan, visten y alimentan al hombre, bestias fieras que pueblan los páramos, reptiles, insectos, que el mas despreciable

1 Isai. XLII. 19. 2 Isai. XL. 26.

de ellos confunde la humana investigacion y la burla.

¿Quién contará una por una las cosas que crió Dios? *quis sufficit enarrare opera illius* [1]? Quando te pareciere haber acabado, entónces comienzas, y del mas largo estudio no sacarás sino profunda admiracion.

¡Quan magníficas son tus obras, Señor! Mas el hombre insensato no las conoce, ni pára en ellas la consideracion [2]. Confieso el placer y la utilidad que de ellas recibo: *delectasti me, Domine, in facturâ tuâ:* y no me acuerdo de darte gracias. Continuamente estoy leyendo este gran libro de la naturaleza, y cada dia atraso mas en tu conocimiento y amor.

Dios te envia al buey y al asno para que de ellos aprendas á serle agradecido [3], á la cigüeña y á la golondrina para que estudies el tiempo de sus

1 Eccli. XVIII. 2. 6.
2 Ps. XCI. 5. 6.
3 Isai. I. 2. seq.

juicios [1], á la hormiga para que en el verano de la vida presente atesores buenas obras para el invierno de la eternidad [2]. Estudia con este espíritu la naturaleza, y serás sabio á los ojos de Dios.

CAPITULO XXV.

HISTORIA HUMANA.

¿Presumes saber la historia? Considera quantas cosas se han sepultado en el olvido de las que sucediéron en los siglos pasados. Aun en los hechos que quedan escritos, á excepcion de lo que consta en la divina Escritura, hallarás poca exâctitud, mucha variedad y á veces contradiccion de los historiadores.

Juzga de lo pasado por lo presente. Un mismo hecho en el dia en que sucedió, le oirás contar de mil maneras. Apenas te quedan medios para apurar la verdad de lo que ahora pasa en tu

1 Jerem. VIII. 7. 2 Prov. VI. 6. seq.

pueblo y en tu familia: ¿como podrás estar seguro de lo sucedido á los persas y á los griegos dos mil años ha?

Muchos se han ocupado en impugnar aun historias que corren con crédito. En unas notan falsedad, en otras parcialidad, en otras aumento ó diminucion de los hechos. No digo que procedan todos de mala fe: mas á mí igual daño me hace la buena fe del historiador, que por falta de cautela ó de exámen me altera y desfigura los hechos. Como sé yo este riesgo general del historiador, y no sé quando habla verdad y quando no, leyendo la historia vivo muy expuesto á ser engañado.

Aun las historias verdaderas son muy diversas de los mismos hechos. Leo un suceso desnudo y aislado, ordinariamente no sé los impulsos secretos de él, ni sus causas, ni sus circunstancias; porque el historiador que escribió despues, tampoco las supo, y el coetáneo no se atrevió á referirlas. Distan tanto de los sucesos estas historias, como el esque-

leto dista del cuerpo vivo.

Luego muy poca cosa es esta ciencia de que tanto te jactas. Despues de aprendidas todas las historias del mundo, deberias humillarte mucho viendo tu cortedad y flaqueza. Pues teniendo cargada la memoria con una infinita multitud de hechos, te ves imposibilitado de distinguir los ciertos de los que no lo son, expuesto á dexarte seducir de escritores apasionados ó poco juiciosos, que alaban ó reprehenden por capricho, proponen malos dechados, y siembran máxîmas tal vez no buenas.

¿Quieres sacar fruto de la historia? Estúdiate antes á tí, llevando en la mano la antorcha de la fe. Entónces los hechos de otros te servirán de exemplo ó de escarmiento. Lo que leyeres de los demas, te mostrará tus pasiones, tus debilidades, el desórden de tu corazon. Viendo los defectos agenos, conocerás los que tienes para enmendarlos, y los que puedes tener para precaverlos.

De lo que otros han hecho bueno

ó malo, se aprovecha el prudente para velar mas sobre sí, para temer su flaqueza, para estimularse á empresas dignas de un cristiano, que no tiene mas negocio que su salvacion.

Los exemplos de otros son lecciones para tí. Por la historia los muertos vienen á ser maestros perpetuos de los vivos.

Observa que te hacen ménos impresion las reflexîones solas y aisladas, que quando van atadas á los hechos. Esta ventaja tiene el historiador sensato y prudente, sobre el filósofo y el político.

CAPITULO XXVI.

LENGUAS.

No desapruebo el estudio de las lenguas útil á la sociedad. Solo desapruebo el excesivo valor que suele darse á este ramo de literatura.

¿Te precias de saber muchas lenguas, y de haber hecho en algunas gran

progreso? No faltará quien admire la felicidad de tu memoria, capaz de retener tantas voces, y la viveza de tu imaginacion que las usa y combina con propiedad, sin confusion, para que seas entendido de diversas gentes. Mas sábete que esa ciencia, fruto de largo estudio, es una gran prueba de que eres muy ignorante; pues el tiempo empleado en aprender palabras, hace falta para aprender cosas, que es lo que forma el caudal del sabio.

Muy poco sirve para tí que expliques una misma idea en varios idiomas; si sabiendo voces no sabes cosas, quando mucho serás útil á los demàs, sabrás una ciencia curiosa que fatiga el ánimo, y no le llena. Porque el entendimiento solo se consolida con el conocimiento de la verdad.

El que se fixa en el estudio de las lenguas, y no pasa adelante, convierte el medio en fin; porque las palabras no sirven sino para entender las cosas.

Hay hombres vanos que despues de

emplear en este estudio toda la vida, se creen iguales, ó tal vez superiores á los muy doctos en otras ciencias. Porque como no tienen doctrina para resistir á los impulsos de la vanidad, ceden á las alabanzas de los necios que juzgan de igual mérito la ciencia de las voces y de las cosas.

Observa si tiene parte la vanidad en que estudies lenguas extrañas, antes de perfeccionarte en la tuya. Porque lo que nos da sobre los demas con quienes tratamos, alguna preferencia, tiene un cierto colorido de gloria.

¿De qué te servirá saber las lenguas orientales y las européas, si no posees la lengua del corazon, que es la caridad? ¿Qué adelantarás con ser entendido de todos los hombres, si no mereces ser escuchado de Dios? De confusion sirviéron las muchas lenguas á los arquitectos de la torre de Babel. Tales son en tí los idiomas que sabes, si no los santifica la caridad.

CAPITULO XXVII.

POESIA.

Santificada está la poesía con el uso que de ella hiciéron los escritores sagrados. Las cosas de la religion son la primera y principal materia de la poesía. Inspiróla Dios en los ánimos de los hombres, para con el movimiento y espíritu de ella levantarlos al cielo. Lee el libro de Job, los Salmos, y los cánticos de la divina Escritura, y aprenderás, si eres poeta, el aliento divino que debe mover tu ánimo para que en tus composiciones poéticas las palabras y las cosas sean conformes.

Los que emplean la poesía en argumentos livianos, son públicos corrompedores de la poesía y de las costumbres. Las torpes expresiones por sí solas corrompen el ánimo: ¿quanto mas disimuladas y enmeladas con el sonido dulce y artificioso del verso? Miserable

talento es el que se ocupa en componer versos y cantarcillos que inspiran afectos no buenos.

Los poemas amatorios prostituyen la verdad; pues para hacer agradable el amor vicioso, le despojan del horror del vicio, y añaden atractivos al deleyte.

¿Quieres ser buen poeta? Procura que tus composiciones hagan agradables y penetrantes las verdades necesarias para rectificar las costumbres, y encaminar al hombre á su felicidad. Aquel poeta aspira á la verdadera gloria, que emplea en este fin nobilísimo todo lo que el espíritu humano tiene de mas fuerte, sublime y luminoso; todo lo que la lengua tiene de mas propio, armonioso y expresivo.

¿Quieres ser poeta útil? Escribe de esta suerte en tu propio idioma y para tu nacion.

Aun así no te diré que la poesía sea uno de los estudios mas útiles, sino una de las curiosidades mas loables.

Si eres alabado de gran poeta, hu-

míllate considerando que tal vez no igua-la al fuego de tu invencion la profundi-dad de tus pensamientos, y la solidez de tu juicio. Nadie llega á ser gran poe-ta sin dar riendas en ciertos casos á su imaginacion, esto es, sin vivir expuesto á innumerables yerros y defectos.

Como el entusiasmo es el orígen de las bellezas de un poema, está en riesgo el poeta de fiarse excesivamente de su imaginacion, y aun de enamorarse de ella.

El que lee un buen poema, suele alabar mas al poeta que al héroe. Por eso se tiene por mas dichoso el héroe, si es celebrado por un buen historiador, que por un buen poeta. Entretanto el poeta tiene un riesgo mas de envane-cerse que el historiador.

Lee un poco, y hallarás famosos poetas desmentidos por juiciosos historia-dores. En cierto poema aparece Alexan-dro como una deidad: la historia mues-tra que fué hombre y muy imperfecto. Y como al cabo solo permanece la ver-

dad, se desprecia el poema y se ama la historia.

Algun grado tiene de mérito el poeta, cuyas obras agradan á los sabios, é instruyen á los indoctos.

Corta alabanza merece el poeta mediano: los excelentes son rarísimos. Dices tú: yo soy de estos; no basta para serlo, que lo creas tú. He visto versificadores harto miserables, no tenerse por inferiores á Homero y á Píndaro. Esta vanidad es una nueva miseria.

Tal vez haces buenos versos sin llenarlos de pensamientos tuyos. El poeta, si es astuto, puede adquirir gran reputacion, siendo un puro plagiario. He leido yo odas enteras de famosos poetas, copiadas de libros prosaycos harto comunes. ¿Qué tiene de sólido esta gloria aun entre los hombres?

El que expresa en buenos versos pensamientos de otro, es semejante al músico que canta bien las composiciones agenas.

La poesía y la versificacion son cien-

cias distintas. Podrás desmerecer el nombre de poeta, aun quando hagas excelentes versos. Exâmina las imágenes y los pensamientos de tus poemas, y tal vez te hallarás en mas baxo escalon de lo que creias.

Hay excelentes poetas y versificadores, cuyas obras vacías de pensamientos grandes y sólidos, divierten y no instruyen. Estos hacen en la república literaria un papel semejante al de los ciegos que ván cantando xácaras por las calles, que nadie los oye para aprender, sino para divertirse.

CAPITULO XXVIII.

CIENCIA DE LA RELIGION.

Educándose ordinariamente los teólogos para servir despues en el clero, debe mirarse el estudio de la teología como parte de la vocacion al estado eclesiástico. Muchos entran en esta carrera y la siguen muy olvidados de su tér-

mino. Otros la miran con ojos carnales, atendiendo solo á que por ella lograrán colocacion honesta con que pasar la vida. Ayuda á este engaño la opinion del vulgo, que llama feliz al clero por verle libre de las cargas é incomodidades de los seglares, y con cierta comodidad y honra que ellos no tienen. De aquí nace que se dediquen muchos jóvenes á este estudio sin haber exâminado antes su vocacion, sin haber purificado su ánimo de la avaricia, de la ambicion y de otros vicios; sin proponerse el fin recto que santifica y hace fructuoso este estudio.

Bueno es que el teólogo haya conservado la inocencia bautismal: necesario para su propio bien y el ageno que haya lavado con la penitencia los pecados cometidos despues del bautismo.

Con gozo de la Iglesia se dedican á la teología los justos: con dolor los malos que no tratan de dexar su camino.

Riesgo hay en que se dediquen á esta carrera los hijos de artesanos ó la-

bradores: ¿quién sabe si se proponen llegar por este medio á mayor honra ó riqueza? No excluye Dios, antes elige muchas veces para el ministerio eclesiástico á hijos de pobres. Mas antes de emprender esta carrera, debe exâminarse si tienen ingenio y virtud y las demas prendas necesarias para servir dignamente á la Iglesia.

Otro riesgo hay en los teólogos hijos de padres ricos é ilustres, y es el deseo ó la esperanza de ascender á las primeras dignidades de la Iglesia. No siempre llama Dios para prelados de la Iglesia á hijos de pescadores como los Apóstoles; mas la nobleza y la grandeza temporal no exîme á los ministros eclesiásticos de la necesidad de la vocacion.

Fácilmente cree emprender con recta intencion este estudio, el que dice tenerla, ó lo imagina así, estando tal vez muy distante de ello su corazon. Tampoco es recta intencion qualquiera veleydad, sino la sencilla y eficaz volun-

tad de agradar en este estado á Dios y servir á la Iglesia.

No te tengas por literato de profesion, si eres eclesiástico; no sea que el indiscreto amor á las letras te robe el tiempo necesario para la oracion y para la servidumbre apostólica.

Del amor bueno ó malo procede la buena ó mala intencion; si estás seguro de que amas de veras á Dios y al próximo, podrás estarlo de que estudiando teología deseas la gloria de Dios y la salvacion de tu próximo. Aquel ama de veras á Dios, que le ama sobre todas las cosas, mas que la riqueza y la honra y todos los bienes y comodidades del siglo: el que se halla dispuesto á perder quanto estima el mundo, á trueque de promover la causa de Dios y la conversion de las almas.

Si hallares mezclado en esa intencion algo de amor propio, pídele á Dios que la purifique de él, y desde el principio de este estudio te dé espíritu digno de quien se prepara para servir á la Iglesia.

Muy poca cosa es todo lo que puedes conocer de Dios en esta vida: aun lo que llegues á alcanzar de esta ciencia, no lo posees sin riesgo; porque de este conocimiento han abusado algunos haciéndose vanos.

Detesta toda novedad en materia de religion; mas sigue en esto lo que ha revelado Dios, y enseña la santa Iglesia.

No pases mas allá de los antiguos linderos que pusiéron tus mayores [1]. Porque la piedad condena todo lo nuevo que no enseñó Jesucristo: *nova omnia, quae Christus non docuit, jure damnamus* [2].

Aun en lo nuevo acerca de las ciencias naturales procede con circunspeccion, no dexándote llevar ligeramente de qualquiera apariencia de verdad. En conociendo la verdad, abrázala, aun-

1 *Ne transgrediaris terminos antiquos, quos posuerunt patres tui.* Prov. XXII. 28.

2 S. Ambros. de Virgin. cap. VI. n. 28.

que se descubra ahora. No desestimes á los antiguos que ignoráron lo que sabes tú, ó impugnáron de buena fe las verdades que no se conociéron en su tiempo, y se han descubierto despues.

Insaciable es el deseo de la novedad. No te entregues á él, que nunca te dexará satisfecho.

No ames ni busques nuevas luces, que no ceden en gloria ni en aumento de la virtud, y solo sirven para afinar y dorar el vicio.

CAPITULO XXIX.

MORAL CRISTIANA.

La moral gentílica estuvo sujeta á las preocupaciones de los tiempos y á las vicisitudes del corazon. Por el paganismo perdió la moral su fuerza, sus motivos y sus exemplos. Contrarios son á estos los caractéres de la moral cristiana. Fúndase en principios invariables, tiene por guia á la verdad, sostiénenla

exemplos perfectísimos, y motivos y fines superiores á la razon. Abre los ojos de la fe, y verás al hombre criado por Dios y para Dios; á quien se le da vida temporal, para que merezca bienaventuranza eterna.

La moral cristiana ennoblece al hombre envilecido por sus pasiones, le libra de la supersticion, y rompe los lazos que le unen con el mundo: le eleva sin riesgo de soberbia, y le humilla sin menoscabo de su dignidad: quítale el orgullo, haciéndole verdaderamente glorioso: inspírale la humildad, comunicándole la verdadera grandeza. Por la religion conozco el divino comercio que tengo con Dios, por el qual desciende él á mí sin perder nada de su grandeza, y subo yo á él sin perder nada del respeto y del anonadamiento con que debo postrarme en su presencia.

Los antiguos filósofos fuéron árboles mas vistosos en ramas y en hoja, que abundantes en fruto. Mucho trabajáron por hacer virtuoso al hombre; llenos

estan sus libros de doctrinas halagüeñas, de escogidas y artificiosas palabras, de preceptos, de disputas y qüestiones, cuyo aparato dispierta la humana curiosidad y el deleyte. Mas diéron mucho ménos de lo que se esperaba de sus largas promesas. No qüiero ya estudiar lo que dexáron escrito, sino indagar lo que hiciéron: *non quaero quid loquantur philosophi, requiro quid faciant* [1]. Compara esto con los frutos de la escuela de Cristo y de sus Apóstoles, cuya doctrina en palabras sencilla, en sentencias breve, y al juicio de los hombres amarga y muy áspera, hinchió al mundo de verdadera virtud [2].

Hacer leyes y dar luz con mandamientos al entendimiento del hombre, Moyses lo hizo, y muchos otros legis-

1 S. Ambros. De fide lib. 1. cap. XIII. n. 84.

2 *Non creditur philosophis, creditur piscatoribus.... Illi voluptatibus et deliciis orbem ligarunt, isti jejuniis et doloribus exuerunt. Plures itaque jam coepit illicere injuria, quàm voluptas.* Id. ib.

ladores y sabios lo intentáron, y en parte lo hiciéron. Mas con la razon ilustrada y desengañada dexáron la voluntad perversa y mal inclinada. Esta dañada raiz solo la cura nuestro Salvador Jesucristo.

La moral gentílica pudo enseñar en algunas cosas á vivir bien; la moral cristiana sobre enseñarnos á vivir bien en todo, nos allana el camino de vivir siempre felices en la gloria de Dios. Por fe recibimos la moral cristiana, porque la enseñáron y la practicáron Jesucristo y sus Apóstoles: aprobámosla tambien por el testimonio de la conciencia; porque la observancia de ella nos contenta, nos consuela, y nos hace superiores á la violencia de las pasiones: sujétase á ella la razon, por ser conformes á ella sus principios, sus reglas y sus máximas.

Los mas sabios filósofos no han sabido tratar sino de que viva el hombre de un modo digno de su naturaleza: porque solo reconocen en él qualidades humanas, y solo le creen capaz de bienes

humanos. Utiles han sido estos esfuerzos hasta cierto punto; porque muestran al hombre que debe separarse de la vida brutal que deshonra la excelencia de su ser, no buscando su felicidad en los deleytes del cuerpo como las bestias. Mas dándole al hombre esta alta idea de su dignidad, y dispertando en él deseo de ser feliz, no le proponian sino la contemplacion de cosas inferiores á él, quales son los astros, los elementos y las demas criaturas corporales. Sola la moral evangélica, mostrando al cristiano la dignidad de hijo de Dios á que ha sido elevado por Jesucristo, le enseña el camino por donde debe llegar á los bienes eternos á que es llamado.

¿Quieres saber la moral por fe? Lee el Evangelio. ¿Quieres saberla por el testimonio de tu conciencia? Estúdiala en tu interior con el auxîlio de la revelacion. Si eres dócil á la palabra de Dios, podrás dexar que te encamine tambien la recta razon, adonde la religion te guia con la luz de la fe, y adon-

de te lleva la conciencia con su testimonio.

La razon, igualmente que la fe y la conciencia, es un don que recibimos del Padre de las luces, autor de toda perfecta dádiva. Justo es que emplees este talento en aumentar el caudal que hace ricos delante de Dios á los que se confiesan necesitados de su auxîlio.

Suma locura es establecer sobre cimientos humanos una ciencia en todo divina, y sujetar á Jesucristo á la censura de Séneca y Sócrates. Sencillo es el camino de la verdad, exênto de sutilezas y sofismas.

La moral de la fe, sobre mostrarte claramente tus obligaciones, te enseñará lo que debes á tu Criador, quan necesario es que te asemejes á tu Redentor, poniéndote á la vista los caminos de Dios en las inclinaciones de los hombres, y las obligaciones del hombre en los caminos de Dios.

La moral evangélica es superior á las leyes y prácticas del mundo; no

puede ser destruida ni alterada la palabra de Dios por las tradiciones humanas. Esta moral no pierde de vista á Jesucristo, de cuyos misterios deduce verdades que promueven su conocimiento y amor.

Por esta moral aparece la divina concordia que hay entre la naturaleza y el Evangelio, y como la razon nos lleva hasta los linderos de la revelacion. En su escuela se enseña que la luz natural pura, y libre de preocupaciones, nos muestra las mas sublimes obligaciones del hombre, y da ciertas vislumbres de los altos fines de su creacion y de la gloria de su condicion.

Nada enseñes en la moral disonante de los principios de la fe, que en la ciencia de las costumbres son los mismos de la recta naturaleza. Si tratas verdades abstractas, procura mostrar la relacion de ellas con las prácticas y perceptibles. En tus observaciones éticas proponte no solo averiguar la verdad, sino inspirar amor de ella, y mostrar

la utilidad de su práctica.

La moral es para el alma lo que la medicina para el cuerpo: da á conocer las dolencias espirituales del hombre y el remedio de ellas.

La moral es la ciencia de todos los hombres, pues no hay uno solo que no esté obligado á conocerse á sí mismo para refrenar sus pasiones, y evitar ó minorar sus defectos.

CAPITULO XXX.

DOCILIDAD Á LA FE.

Don de Dios es la obediencia á la fe. No va al Padre por Jesucristo, sino el que en él y por él sujeta su entendimiento á las verdades reveladas por Dios, y propuestas por la santa Iglesia católica.

No nos basta creer en los misterios de Jesucristo, debemos tambien ser imitadores de su santidad, guardar sus mandamientos, confiar en sus méritos, de-

pender de su gracia, vivir de su espíritu, someternos á la autoridad de su Iglesia.

La fe obedece, y no disputa; impone silencio al hombre, para que dé entrada en su corazon á la palabra de Dios.

Dañosísimo es el espíritu de contienda en materias de religion, y opuesto á la simplicidad de la fe.

Abre las puertas del corazon á la verdad como á reyna y señora, y no le disputes la entrada como á enemiga. Desde lo alto desciende la luz de la verdad á buscarte en el abismo de tus tinieblas: y ¿te desdeñas de recibirla?

Aquel admite con fruto la palabra de Dios, que la graba en su corazon amándola y practicándola. Líbrenos Dios por su misericordia del enojo y del furor de la verdad despreciada.

Pocos meditan la grandeza de este don de la fe, y la misericordia del que nos la ha infundido. Tú me admites, Señor, al conocimiento de tus secretos y

misterios, al tiempo que dexas á otros innumerables en las tinieblas de la idolatría. Pudiérasme tratar justamente como á enemigo, y me amas como á hijo. Pudieras dexarme aherrojado con las cadenas de la culpa, y me aplicas para mi rescate la sangre de tu Hijo unigénito hecho hombre. Mios son los misterios de la humana salud, mio es el triunfo del vencedor de la muerte, mia la gracia merecida para mí por mi Salvador, por la qual tengo derecho á tu reyno. Ahora conozco que soy llamado á la fe para ser santo, para ser miembro digno del que es primogénito de los muertos y cabeza de los predestinados.

El verdadero hijo de Abraham cree sin incertidumbre, no apartando los ojos de la palabra eterna. Hállase pronto á creer las verdades mas dificiles, desprecia los discursos de la razon humana, contrarios á la autoridad de Dios y de la Iglesia, persevera en medio de las pruebas mas duras, ofrecese á sacrificar sus bienes y su propia vida antes que

dudar del testimonio de Dios, y á mantenerse fiel aun quando quedase todo el mundo envuelto en las tinieblas de la infidelidad.

CAPITULO XXXI.

AMOR DE LA VERDAD.

Todo hombre es naturalmente inclinado á buscar la verdad, de cuyo deseo nace el estudio de las ciencias [1]. Pues el estudio se dirige á saber la verdad, el que no la ama, no puede alcanzar la sabiduría.

No es sabio el que conociendo la verdad, huye de ella, ó no la defiende quando lo pide la prudencia [2]. Del amor de la verdad nace el constante deseo de seguirla y de protegerla: *labium veri-*

1 S. Ambros. De Off. Ministr. lib. 1. cap. XXVI. n. 125.

2 *Veritatis defensor.... quod rectè sentit, loqui nec metuit, nec erubescit.* S. Greg. M. in Ezech. lib. 1. homil. X. n. 17.

tatis firmum erit in perpetuum [1].

Reprehendido serás por la verdad si no la buscas, y si hallada la contradices. Contra la verdad conocida no te deslumbre el poder, ó el temor, ó el odio, ó la multitud de sus enemigos: nada puede contra ella la corriente del vulgo [2].

Piensa bien si eres tú de quien dice San Gregorio: *dum pro veritate verba multiplicat, à veritate discordat* [3].

Quanto mas de veras ames la verdad, tanto mas lejos estarás de ser la burla de la falsedad y del error, que es gran miseria.

Si no entras en la verdad por la caridad, expuesto estás á aborrecer las verdades mas útiles, esto es, las mas repugnantes á tu amor propio.

El asiento natural de la verdad es

1 Prov. XII. 19.

2 *Vulgi usus non praejudicat veritati.* S. Ambros. de Instit. Virg. cap. VI. n. 36.

3 S. Greg. M. Moral in cap. XXXV. B. Job lib. XXVI. cap. VII.

el corazon. En vano amas la verdad quando instruye, si la desechas quando reprehende. Ama siempre la verdad, porque merece ser amada, y no por quien la dice [1].

Desea que conozcan todos las verdades que tú entiendes, y que saquen de ellas el mismo fruto que tú, ó mayor. Así concordarás la caridad con el amor de la verdad.

No ames indiscretamente todas las verdades, sean ó no útiles. Las verdades inútiles á nadie hacen sabio. El amor de la verdad debe fundarse en el amor de la sabiduría, y ser dirigido y ordenado por él en todo.

No tiene mas amor á la verdad el que procura conocer ó saber mas cosas, que el que procura meditar y penetrar mas las que sabe para sacar de ellas mayor fruto. Poca extension de conocimientos tenian los primeros cristianos: mas como

1 *Non enim mihi propterea veritas cara esse debet, quia non latuit Anaxagoram, sed quia veritas est.* S. Aug. epist. CXVIII. n. 26.

sabian por amor y prácticamente las mismas verdades que acaso conoces tú con frialdad y solo especulativamente; merecieron lo que tal vez desmereces tú, que los llamase San Pablo *ricos en toda palabra y en toda ciencia* [1].

Menor mal es no conocer la verdad, que despues de conocida desampararla [2].

¿Quieres no desamparar la verdad? sé humilde [3].

En el dia del juicio serás inútilmente convencido de la verdad, si ahora la menosprecias.

Si buscas la verdad por vanidad, quedarás hinchado con ella y no alimentado: si la buscas por curiosidad, quedarás inquieto y no tranquilo: si la buscas por amor, quedarás satisfecho y aprovechado.

1 I. Cor. I. 5.

2 *Minoris excessus est veritatem non cognoscere, quàm in eadem cognitâ non manere.* S. Greg. M. Reg. epist. lib. I. ind. IX. cap. XVI.

3 *Superbas mentes veritatis doctrina deserit.* S. Greg, M. in Evang. lib. I. homil. XX. n. 3.

Haz amable la verdad proponiéndola con suavidad, y defendiéndola con prudencia [1].

Si amas de corazon la verdad, fácilmente te gozarás en conociéndola. El gozo de la verdad le da la caridad; de ella está escrito: *congaudet veritati.* El que de veras ama á Dios, se complace al descubrir aun las verdades prácticas repugnantes á su amor propio; y las inspira con suavidad á los otros para que las abracen. El amor propio dice con indiferencia y con desprecio como Pilato: *¿quid est veritas?* ¿qué cosa es la verdad? No quiere conocerla por no verse obligado á practicarla, y la persigue en los otros hasta extinguirla, si pudiese, de todo punto.

1 *Lingua placabilis, lignum vitae.* Prov. xv. 4.

CAPITULO XXXII.

CIENCIA SIN PIEDAD.

Así como es inútil á otros la piedad destituida de ciencia; así es como muerta la ciencia, si no la anima la piedad [1]. No es sabio, sino el que lo es segun Dios [2].

Dice un incrédulo: pocos sabios de primer órden se sujetan á creer lo que cree el vulgo en materia de religion. Este llama sabio al que teniendo mas preocupaciones y errores que los demas hombres, está mas lejos de conocer su ignorancia por las tinieblas de su soberbia. Llama sabio al que con su vasta lectura ha adquirido inmensas ideas confusas, que son nuevos materiales de sus

1 *Nulla est scientia, si utilitatem pietatis non habeat.... Valde inutilis est pietas, si scientiae discretione caret.* S. Greg. M. in cap. 1. B. Job lib. 1. cap. XXXII.

2 S. Isidor. Sent. lib. II. cap. 29.

errores, y nuevos velos de la verdad; y con su grande orgullo tiene por ideas distintas las confusas, y por demostraciones sus conjeturas ó delirios. Yo llamo sabio al que cautiva su entendimiento á la fe, al que concuerda la doctrina con la piedad, al que aprovecha en la ciencia de los Santos, al que aprende á ser feliz para siempre.

¿De qué te sirve saber todas las cosas, si no conoces á Dios, perdiendo con la ostentacion de tu ciencia la luz de la verdadera sabiduría? ¿Y de qué te sirve conocer á Dios, si no le das la gloria que como á Dios se le debe? La facundia del mundo te hará rico en palabras; mas sin piedad no conservarás el temor de Dios [1].

Siendo al parecer mas docto que los demas, disputando, declamando, enseñando, al paso que menosprecies en los

1 *Dialectica divitiis verborum fluit, pietas timorem Dei servat.* S. Ambros. in Ps. XXXVI. n. 28.

humildes la docilidad á la fe; te hallarás sumergido en un inmenso piélago de errores [1].

La piedad purga de estos defectos á la ciencia humana: eleva y engrandece los mas pequeños conocimientos dirigiéndolos á la eternidad: rectifica las ideas equivocadas: se contenta con saber lo que se dignó Dios enseñar al hombre: inspira moderacion en el ánimo del docto, desterrando de él el amor de la independencia con que los impios, elevándose sobre la autoridad de Dios, se hacen esclavos de las preocupaciones agenas y de las ilusiones de su propio orgullo.

Los sabios irreligiosos han llenado el mundo de tinieblas. Por ellos viniéron á ser las pasiones maestras de la moral, y el hombre degradado hasta la condicion de las bestias. Ninguno de

1 *Si quis.... non acquiescit.... quae secundum pietatem est, doctrinae, superbus est, nihil sciens: sed languens circa quaestiones, et pugnas verborum.* I. Tim. VI. 3. 4.

ellos conoce el único camino de la exâltacion, que es la humildad. Declaman con vanidad contra la vanidad; confiesan los defectos de la naturaleza humana, para elevarse con su sabiduría á una clase diferente de los demas hombres.

Falsa es toda razon y engañosa toda palabra en materia de religion, quando no dimana de la primera y suprema razon y de la palabra infalible y eterna. Escollo ha sido siempre para la fe la sutileza de los raciocinios, si no van guiados por la misma fe, ó no se fundan en ella.

En las cosas de la fe la razon humana es guia ciega que despeña en error é ilusion. No es la Iglesia escuela de filósofos donde cada qual tiene libertad para proponer sus réplicas ó imaginaciones. Suma necedad es medir la sabiduría infinita con la extrema cortedad del humano talento.

Barreras son y obstáculos para la fe las contiendas y dudas. Al hombre le toca cautivar su razon en obsequio de la

fe, cediendo á la palabra de Dios, y dexándose guiar de esta luz en todo. ¿Quién eres tú para resistir á Dios? ¿Qué puede el hombre vano contra el peso de la eterna verdad? Solo Dios sondea y penetra su espíritu; humillate y cree, si no quieres ser oprimido por su misma magestad y su gloria.

Llenándote de falsos principios y de máxîmas opuestas al Evangelio, ¿qué has logrado sino desviarte de la senda estrecha, y dormir seguro en una piedad superficial é ilusoria?

CAPITULO XXXIII.

CIENCIA SIN HUMILDAD.

Don de Dios es que entendamos aun las verdades naturales. La ciencia sin la gracia de Dios ha despeñado á muchos: porque el hombre docto, viéndose superior á los indoctos, naturalmente se envanece. Raros son los sabios humildes; los que no ofuscan la luz de la

doctrina con el humo de la vanidad.

La ciencia que hincha el espíritu, le llena de soberbia, le roba la docilidad á la fe, y le lleva á la última ruina.

Este orgullo no le cura nadie sino la religion. El químico, el matemático sin humildad, podrá ser útil á la sociedad; mas piérdese él por no haber evitado el escollo de la soberbia. ¿De qué me sirve alumbrar á otros, si me quedo en tinieblas?

Tanto mas te acercarás á la verdad, quanto te creyeres mas lejos de ella. La humildad une al hombre con Dios [1].

El verdadero sabio da gloria á Dios, sabiduría infinita; y permanece humilde, porque en sí no ve sino tinieblas.

Nada te hará mas humilde que el conocerte á tí mismo qual eres en verdad [2]. No te disimules nada, no haya

1 *Tantò quisque fit veritati vicinior, quantò se esse longius ab eâ fuerit arbitratus. Hoc enim humilitatis est, quae Deo hominem jungit.* S. Isidor. Sent. lib. III. cap. 23.

2 S. Bern. *in Cant. serm. XXXVI. c. 5.*

dolo en tu espíritu, ponte á tí ante los ojos de tu alma; y descubrirás cosas que te hagan humilde. Verás en tí cuidados terrenos, deseos carnales, equivocaciones, preocupaciones, engaños, peligros, temores, ansiedades, sospechas, propension á los vicios, dificultad para la virtud. Si estás penetrado de esta ciencia, yo aseguro que no te envanezcan las otras.

El que se conoce bien, aunque sea grande orador, poeta, ó matemático, no anda con el cuello erguido, no busca gloria humana, vuelve los ojos á Dios, y los emplea en llorar su miseria. Porque no te conoces, piensas ser algo, y te alzas con la gloria que á solo Dios se debe.

Por tu propio exámen has de conocer lo que vales, no por el juicio de otros. Si eres indocto, no curarán tu ignorancia las alabanzas agenas. Sé tal, qual quieres ser juzgado.

¡O quan ridícula es la presuncion de la vana filosofía! ¡O quanto daño ha

hecho en las escuelas este torpe amor de la propia alabanza que hace á los doctos ingratos á Dios, é injustos estimadores de sí mismos!

A muchos he visto dedicados al estudio de las ciencias, despeñarse por el orgullo en grandes delitos, y en un extremo de malicia y depravacion.

En vano buscas gloria fuera de Dios: vanos son los elogios que te dan los hombres: inútil el crédito que tienes de sabio, si todo esto no lo aprueba Dios; y no lo aprobará ciertamente, si no te reconoces deudor de sus dones, teniéndote por indigno de toda alabanza. Enséñame, Señor, lo que soy delante de tí, para que no me embriague la presuncion de la ciencia, ni la felicidad del ingenio, ni la facilidad y sublimidad de la eloqüencia. Aprenda yo de tí la humildad con la uncion de tu gracia, sin necesidad de castigo. No reprehendas mi soberbia con tu furor como al ángel rebelde en el cielo, ni me castigues con tu ira como al hombre en

el paraiso. Precáveme con misericordia de la superioridad que ambos deseáron, el uno de poder y el otro de ciencia. Porque engaño es peligroso pensar el hombre que es algo, no siendo nada [1]. Mas ay! no está curada en mí la llaga que hizo en Adan el vano deseo de la ciencia. Viendo estoy su caida, y todavía trato de subir al monte de aquella mísera vanidad.

¡O ciegos mortales! ¿Hasta quando habeis de amar la vanidad y la mentira? No os arredra la eleccion que hizo Dios de los indoctos para confundir á los sabios del mundo: no os intimida su enojo contra los planes de la prudencia terrena: no os mueve el exemplo del que siendo Sabiduría del Padre, siguió por tantos años el camino del humilde silencio.

De lo poco que sabes, formas torres y montes de orgullo para engreirte so-

1 *Si quis existimat se aliquid esse, cùm nihil sit, ipse se seducit.* Galat. VI. 3.

bre los demas y avasallar al mundo.

¿Qué tiene el cristiano humilde con la soberbia Babilonia? ¿Cómo osa el flaco subir á un monte escabroso, lleno de despeñaderos, combatido de huracanes, donde no hay sino riesgo y continuo temor de ruina? Mas fácil te será y mas útil subir al monte del Señor con sus humildes discípulos.

CAPITULO XXXIV.

CIENCIA SIN CARIDAD.

Aun quando hablases las lenguas muertas y vivas de todas las edades y generaciones del mundo: aun quando llegases á lo sumo de la eloqüencia, y supieses perfectamente la historia, la filosofía, la política y las demas ciencias naturales y exâctas, y escribieses sobre ellas con gusto y finura: aun quando fueses consumado en la doctrina de la religion, y entendieses sus verdades, y penetrases sus misterios, y vieses de

una ojeada lo pasado, lo presente y lo venidero; si juntamente no amases á Dios por sí mismo y al próximo por Dios, serias como una campana hueca, que hiere el ayre, ruido y no mas [1].

La caridad, así como es forma de las demas virtudes, es tambien el alma de todos los talentos, de la doctrina que con ellos se alcanza, y de los ministerios que con ellos se exercen.

Si no tienes caridad, nada sabes como lo debes saber: por consiguiente eres ignorante á los ojos de la piedad, aunque los hombres te llamen docto.

La caridad sin ciencia puede degenerar en indiscrecion: la ciencia sin caridad es raiz de soberbia.

La ciencia hincha, la caridad edi-

1 *Si linguis hominum loquar, et angelorum, charitatem autem non habeam, factus sum velut aes sonans, aut cymbalum tinniens. Et si habuero prophetiam, et noverim mysteria omnia et omnem scientiam.... charitatem autem non habuero, nihil sum.* I. Cor. XIII. 1. 2.

fica [1]. ¿Qué hace la ciencia sin caridad, sino precipitar al hombre flaco en la soberbia? embriaga, no apaga la sed; llena, no alimenta; entumece, no fortalece.

Pues no se entra en la verdad sino por la puerta de la caridad [2], piensa si acaso desmereces por este motivo la fama que tienes de sabio. Porque solo es digno de este título el que de tal suerte conoce la verdad, que se dexa apoderar de su amor.

La religion no desaprueba la ciencia, mas prefiere la caridad, y desea ver concordada la una con la otra; porque teme le ceguedad y los riesgos de la ignorancia, y aborrece la altivez y el orgullo de la soberbia.

No agrada al Verbo que el alma su esposa sea necia; mas que sea orgullosa, no lo sufre el Padre [3].

1 I. Cor. VIII. 1.

2 *Non intratur in veritatem, nisi per charitatem.* S. Aug. cont. Faust. lib. XXXII. cap. 18.

3 S. Bern. *in Cant. serm. LXIX. n.* 2.

Mira la ciencia como una máquina que ayuda á levantar el edificio de la caridad: pues enseña la fe que la caridad permanece para siempre, aun quando la ciencia se destruya [1]. Si eres piadoso, entenderás quan útil es la ciencia ordenada á la caridad, y que ella sola sin este respeto es superflua y aun dañosa [2].

Aspira á ser sabio como los ángeles, cuya ciencia en manos de su caridad, ayuda á dirigir, sostener y ayudar á los débiles. ¿Qué es la gloria de los sabios del mundo, comparada con la de los hijos de Dios? Pues el espíritu de Dios solo á los que tienen caridad les da testimonio de que son hijos suyos [3].

1 *Adhibeatur scientia tamquam machina quaedam, per quam structura charitatis adsurgat, quae maneat in aeternum, etiam cùm scientia destruetur.* S. Aug. epist. IV. n. 39.

2 *Ad finem charitatis adhibita (scientia) multum est utilis; per se autem ipsa sine tali fine, non modò superflua, sed etiam pernitiosa probata est.* S. Aug. ib.

3 Rom. VIII. 16.

Algunos huyendo de la ciencia del mundo que inspira vanidad, caen en la ciencia de la carne que persuade el deleyte. De estos senderos de iniquidad nos aparta la caridad, introduciéndonos en el camino del Señor, recto, llano, seguro, sin error que nos separe de la vida, sin mancha que nos aleje de la pureza. La sabiduría de la carne es destructora de la honestidad; la del mundo enemiga de la paz. Sola la sabiduría de Dios es honesta y pacífica, sujeta en todo á la divina voluntad, y desviada del propio juicio.

CAPITULO XXXV.

IGNORANCIA.

¿Qué mas tiene el sabio que el ignorante? Ambos llevan un mismo camino, y vendrán á parar á un fin [1].

1 *Quid habet amplius sapiens à stulto?* Eccles. VI. 8. *Nonne ad unum locum properant omnia?* Ibid. v. 6.

No te afrentes de confesar tu ignorancia, no sea que fingiendo entender lo que ignoras, te hagas indigno de llegar á saberlo [1].

Para la salvacion no hace falta la ciencia humana. No nos juzgará Dios conforme á lo que sabemos, sino conforme á nuestras obras. No la ciencia ó la ignorancia, sino la virtud ó el pecado hará suave ó terrible el juicio de Dios.

Muchos se hiciéron agradables á Dios, no por la sublimidad de la ciencia, sino por la pureza de la conciencia [2].

Ni el rústico por serlo se crea ya santo, ni juzgue el docto que está su santidad en la ciencia [3].

De dos extremos, mas vale que seas

1 *Non erubescendum est homini confiteri se nescire quod nescit; ne dum se scire mentitur, nunquam scire mereatur.* S. Aug. ep. CXC. n. 16.

2 S. Bern. in Cant. serm. XXXVI. cap. I.

3 *Nec rusticus.... ideo se sanctum putet, si nihil noverit; nec peritus et eloquens, linguâ aestimet sanctitatem.* S. Hieron. ad Nepotian. ep. LII. n. 9.

santo rústico, que vicioso, docto y eloqüente [1].

Bueno fuera que supieses mucho, y vivieses bien: mas si no puedes concordar ambas cosas, dexa la ciencia y abraza la virtud: con la virtud te salvarás, y con sola la ciencia no.

Aun los fieles mas rudos son inexcusables en órden al conocimiento de las verdades necesarias de la fe, y de los mandamientos de Dios. Nadie vive sin ley. Los que no la tuvieron entallada en la piedra, la tuvieron esculpida en el ánimo. Sellada está en nuestra alma la luz del Señor, la qual basta para acusar y convencer al malo, y para juzgarle y condenarle.

Déxase oir el grito de la conciencia de los que todavía no han llegado á la sordera espiritual. No hay defensa contra este acusador: el temor, la turbacion, la afrenta que dispierta en el ma-

1 *Multò meliùs est è duobus imperfectis, rusticitatem habere sanctam, quàm eloquentiam peccatricem.* S. Hieron. ad Nepotian. ep. III. n. 9.

lo, son para él anuncio del juicio de Dios.

No te pide Dios conocimiento sublime de las verdades altas de la fe, sino fe, y juntamente imitacion del autor y consumador de la fe. Ley viva es para nosotros Jesucristo; practicamos esta ley siguiendo sus pisadas, viviendo como él vivió, siendo como él humildes, sufridos, mansos, amadores del Padre, y zeladores de su gloria.

No creas que curada tu ignorancia, lo estan ya los males que nacen de ella. Aun quando llegases á ser muy docto, exâmina si quedan en ti algunas raices del daño que habia hecho en tu ánimo la preocupacion ó el error.

El saber ciertas verdades á medias suele dañar mas que ignorarlas enteramente.

Quando la ignorancia va junta con la sencillez del espíritu, no pone obstáculos á la verdad: la malignidad tuerce las mismas verdades para apoyar errores.

Siendo fácil que conozcas la igno-

rancia de los otros, es sumamente difícil que conozcas la tuya. Esta es por ventura la ciencia mas rara entre los literatos.

Fácil es que el necio estime á sus imitadores, y desprecie á los sabios [1].

Calla delante de los doctos, porque no te precipiten tus mismas palabras [2].

CAPITULO XXXVI.

QUE SE HA DE PREFERIR LA CONCIENCIA Á LA CIENCIA.

Muchos buscan la ciencia, y pocos cuidan de la conciencia. Si con tanta ansia llenases la conciencia de virtudes, como el entendimiento de ideas vanas, mas pronto y con mas fruto saldrias aprovechado.

Sabiduría consumada es purificar la

1 *In viâ stultus ambulans, cùm ipse insipiens sit, omnes stultos aestimat.* Eccles. x. 3.

2 *Labia insipientis praecipitabunt eum.* Ib. 12.

conciencia: el que la conserva, estará seguro.

Salvo el respeto debido á la sabiduría, mas útilmente correrás hácia la conciencia, que hácia la sabiduría que no la edifica.

Buena es toda ciencia que busca ó demuestra la verdad. Mas tú, que en el breve tiempo de tu vida trabajas velozmente en tu salvacion, procura saber y aprender con preferencia lo que es necesario para este fin: *ea scire priùs ampliùsque curato, quae sunt viciniora saluti* [1].

Estudiar las ciencias con aplicacion, y ser descuidado ó tibio en la virtud, es aumentar cargos para el juicio de Dios [2].

Afrentosa es para el gran literato la reprehension de la propia conciencia [3].

1 S. Bern. in Cant. serm. XXXVI. n. 2.

2 *Studia scientiae sine factis, haud scio an etiam involvant magis.* S. Ambros. de Offic. Ministr. lib. I. cap. XXVI. n. 125.

3 *Erubescit.... praeclara doctrina, quam propria reprehendit conscientia.* S. Hieron. ad Principiam ep. CXXVII. n. 4.

Mas tranquiliza la buena conciencia, que una demostracion matemática.

Nada hay mas alegre, ni mas seguro, ni mas precioso, que servir á Dios hasta el fin de la vida.

Muchos doctos tiemblan en la muerte viéndose cercanos al juicio de Dios, ante el qual no sirve la grande ilustracion de la ciencia, sino la gran caridad.

Las artes y ciencias se inventan, se desprecian, decaen, se perfeccionan, se aprenden, se olvidan: en sus fastos aparecen continuamente vislumbres de la humana instabilidad. La buena conciencia no se marchita, y mira con gran paz las mudanzas y los vayvenes del mundo.

No hallarás arte mas liberal, ni ciencia mas sublime y mas útil, que la que da reglas para fixar la natural mobilidad de tu corazon, y preservarle de caer en pecado.

Muchas ciencias se cultivan en la sociedad; pero ninguna hay mas provechosa que esta. Mejor es la ignorancia

mundo, serás víctima de sus máxîmas, si no le haces frente con las armas de la verdad, que se hallan en la Escritura y en otros buenos libros.

Quanto mas docto seas, si no eres solícito de tu salvacion, mayor guerra te hará la vanidad, mas expuesto estarás á caer en la ambicion y en otros vicios. Este lenguage de las pasiones debilita y vence á las almas flacas, esto es, á los doctos que no son humildes. Remedio es de este mal escuchar á Dios y meditar sus palabras.

Entre tantas especies como enriquecen tu memoria, aprende sentencias piadosas que la santifiquen.

El estudio de las otras ciencias suele tener tiempo limitado: hay quien en un año aprende el álgebra, y en otro la anatomía: pocos años bastan para que ganes el título de doctor, y logres cátedras en las mas sabias escuelas. ¿Mas quién dirá, ya sé bien la ciencia de los santos? No fueras humilde si tal dixeses.

No basta que especulativamente co-

nozcas las verdades de esta ciencia: es necesario que las grabes en tu corazon, para que te sirvan de luz y de guia en toda tu conducta.

Las ciencias humanas enseñan verdades particulares, para unos útiles, para otros inútiles: la ciencia de la salvacion enseña verdades necesarias á todos.

Si tuvieses una enfermedad mortal, tu principal ansia seria recobrar la salud; los demas cuidados los mirarias con indiferencia. Hasta ahora no se ha visto á un navegante que peligra en el mar, disputar en medio de la borrasca sobre puntos de letras. No digo que no estudies ciencias humanas, si no que de tal manera ordenes tu estudio, que des el primer lugar á la ciencia de los santos: *sapientia callidi est intelligere viam suam* [1].

Si quieres adquirir esta ciencia, estímala, deséala, procúrala, pídela á Dios. Porque el estudio de ella es el deseo, su morada la voluntad, y su puerta la ora-

1 Prov. XIV. 8.

cion. No la posee el que no la conoce, no la halla el que no la busca, no la alcanza el que no la pide.

El primer paso de esta escuela es conocer el precio de esta sabiduría, y que ella es nuestro único tesoro [1]: el segundo desearla y procurarla á costa de todo lo que mas ama el mundo [2]: el tercero pedirla á Dios con fe y confianza [3].

¡O espantosa miseria! ¡ó estupidez y ceguedad del hombre! ocupar toda la vida en el estudio de las ciencias humanas, y descuidar de la única necesaria para salvarse, que es la ciencia de bien vivir.

Ha habido santos doctos en las ciencias humanas, otros indoctos. Mas todos han poseido la verdadera sabiduría que los ha hecho santos.

1 *Principium sapientiae, posside sapientiam.* Prov. IV. 7.

2 *In omni possessione tuâ acquire prudentiam.* Ib.

3 *Si quis.... indiget sapientiâ, postulet à Deo.* Jac. I. 5.

Si llegases á ser consumado en todas las ciencias humanas, y no adquirieses la ciencia única de la salvacion, serás para Dios contado entre los necios.

¿De qué te sirve esa multitud de verdades abstractas que entiendes, si no conoces lo que es mejor para tí, lo que debes hacer para no desviarte de la divina voluntad?

A los santos hizo sabios el conocimiento de las verdades comunes que influyen en la práctica de la virtud, cuyo fruto es la reforma de la vida. No supieron como tú las lenguas orientales, la jurisprudencia, la química, la geografía.... mas supieron agradar á Dios, tenerle presente en todas sus obras, amar y edificar al próximo, domar sus pasiones, despreciar lo terreno, aspirar á lo celestial. Estas verdades amadas y practicadas, los hicieron santos.

Ténganse allá sus letras los oradores, y su sabiduría los filósofos. Yo quiero ser literato en la ciencia de la salud,

porque esta me basta para poseer la eterna sabiduría [1].

El conocimiento de Dios es lo sumo de la ciencia, y la meditacion de su justicia y de su virtud es semilla de la inmortalidad [2].

Ama la sabiduría que resplandece en las ob[illegible] cuya raiz es el temor de Dios, cuyo fruto la sujecion á su santa ley.

Graba en mi alma, ó luz eterna, con el dedo de tu virtud esta sabiduría única, que hace sabios á tus ojos á los que tiene el mundo por necios. Aprén-date yo á tí, conózcate, óygate con docilidad, ámete con todo el corazon. Sea esta ciencia mi único estudio, trabaje dia y noche por adquirirla, y no descanse hasta verme discípulo aprovechado de

1 *Sibi habeant litteras suas oratores, sibi sapientiam suam philosophi.... Nobis sapientia in stultitiâ praedicationis.* S. Aug. epist. XXIX.

2 *Nosse enim te, consummata justitia est: et scire justitiam et virtutem tuam, radix est immortalitatis.* Sap. XV. 3.

tu escuela. Bienaventurado aquel á quien tú adoctrinas, y haces sabio en tu santa ley [1].

CAPITULO XXXVIII.

QUE SABE EL QUE NO SABE Á JESUCRISTO

Verdadero sabio es el que de tal suerte aprende la ciencia de nuestro Señor Jesucristo, que en comparacion de ella le parece nada todo lo demas que puede saberse.

El que enseña doctrinas contrarias á las de Jesucristo, soberbio es, y nada sabe [2].

La piedad es la robustez de la ciencia. Sin piedad queda el alma débil y enferma: apénas tiene vigor para disputar sobre voces y cosas frívolas: *languens*

1 Psalm. XCIII. 12.

2 *Si quis aliter docet, et non acquiescit sanis sermonibus Domini nostri Iesu Christi, et ei quae secundùm pietatem est, doctrinae: superbus est, nihil sciens.* I. Tim. VI. 3, 4.

circa quaestiones, et pugnas verborum [1].

Dichoso el que olvida todas las cosas para poder decir que no sabe sino á Jesucristo crucificado [2].

Admirablemente se recompensa la ignorancia de todas las artes y ciencias del mundo, con sola la ciencia de la cruz. ¿Mas quién se alista de veras en esta escuela? ¿quién emplea su talento en aprender esta doctrina? ¿quién la prefiere á las letras humanas, y á la gloria que se adquiere con ellas? Duro es al vano literato desprenderse del deseo de la gloria humana, para gloriarse solamente en la cruz de Cristo [3].

Sospechoso libro es para mí, ó muy indiferente, el que no me habla de Cristo, que ó no me renueva con sus sacramentos, ó no me mueve á guardar sus preceptos, ó no me alienta á alcanzar sus promesas [4].

1 I. Tim. VI. 4.
2 I. Cor. II. 2.
3 Galat. VI. 14.
4 *Suspecta est mihi omnis doctrina, aut*

Por bien escrito y docto que sea el libro, no me atrae, no dispierta mi deseo, si no hallo en él el nombre de Jesucristo [1].

Escribe cosas altas, disputa sobre ellas con agudeza, trátalas con gusto y finura: bueno podrá ser esto para otras cosas; mas á mí no me sabe bien, si no encuentro allí á Jesus [2].

En este nombre descubre la fe una luz que es fuente de todas las luces, y una sabiduría que es manantial de todo el saber.

certè despecta, quae nullam inducit de Christo mentionem: quae ejus me nec Sacramentis renovat, nec praeceptis informat, nec promissis inflammat. Guilleb. Abb. in Cant. serm. v. n. 3.

1 *Hoc solùm me in tantâ flagrantiâ refrangebat, quod nomen Christi non erat ibi:.... et quidquid sine hoc nomine fuisset, quamvis litteratum et expolitum et veridicum, non me totum rapiebat.* S. Aug. Confess. lib. III. cap. 4.

2 *Si scribas, non sapit mihi, nisi legero ibi Jesum. Si disputes, aut conferas, non sapit mihi, nisi sonuerit ibi Jesus.* S. Bern. in Cant. serm. XV. n. 6.

La mas alta y divina sabiduría, y la mas propia del hombre, es saber mucho de Cristo. Entender á Cristo, es entender todos los tesoros de la ciencia y de la sabiduría de Dios [1].

Conocer á Cristo, es entender el infinito amor que Dios tiene á los hombres, su grandeza, su magestad, su poder y las demas perfecciones suyas; porque todas ellas resplandecen admirablemente en el misterio de Cristo.

En Cristo se descubre la verdad sin engaño, el camino sin tropiezo, la vida sin muerte.

Estudia bien este libro, y serás sabio para Dios: esto te basta, aunque te llamen ignorante los hombres.

Con esta guia ni los ignorantes se pierden; sin ella aun los sabios se extravían.

La humildad abre este libro, la fe le lee, la caridad le aprende.

1 Coloss. II. 3.

CAPITULO XXXIX.

CONVERSACION DEL DOCTO.

El docto que calla en la conversacion, suele ser tenido por soberbio. Creen los indoctos que no se digna de hablar delante de ellos, porque teme no ser entendido, ó porque no le ocurre cosa que cause admiracion y aumente su reputacion. Esta censura debe servirte para que exâmines tu ánimo, y veas si callas en algunos lances por la misma vanidad que te hace hablar en otros.

No envidies el talento que ostentan algunos en la conversacion, divirtiendo grandes concurrencias con fruslerías, con chistes, con nociones superficiales de materias científicas. Cíñete á hablar de lo que sabes; de lo que no sabes, nunca hables sino para obligar á otro á que te enseñe.

He oido á algunos juristas y teólogos sabios decir en materias políticas

grandes desatinos: á otros literatos serios contar chistes con gran frialdad, haciéndose irrisibles.

El docto vano cree hablar bien siempre: mas no advierte que los demas, aunque sean indoctos, distinguen mejor que él lo que hay de vano y ridículo en su conversacion.

Harto necios son los que no sabiendo hablar, no pueden callar: *imperiti loqui nesciunt, tacere non possunt* [1].

No te desdeñes de hablar alguna vez cosas triviales, que desvien de tí toda sospecha de orgullo. Aunque no apruebe esto tu amor propio, lo aprueba la caridad, que por estos medios llanos y sencillos fomenta la paz y concordia.

Por docto que seas, nunca sabrás bastante el arte de hablar con los hombres. Uno de los frutos de esta ciencia es grangearte el amor de los buenos, tolerar á los malos, y no dar ocasion de tropiezo ó enojo á los débiles. Este es el

1 S. Isidor. sent. lib. II. cap. XXIX.

verdadero talento de la sociedad. Tíenele el que aprende los tiempos de hablar y de callar, y se sujeta á las reglas que para uno y otro tiene prescritas la religion Estas reglas en cierto modo obligan mas estrechamente á los sabios, por lo mismo que la superioridad de sus luces los tiene en continuo riesgo de quebrantarlas.

Ten presente que puede ser muy ofensivo en tu boca, lo que de un insensato se oiria con indiferencia ó desprecio. A veces hiere mas una palabra imprudente de un sabio, que una invectiva maligna de un necio. Porque sube de punto la ofensa á proporcion del mérito del ofensor. Por lo mismo debe ser comedido el sabio en sus palabras, no ménos que en sus obras el que tiene poder y mando: *in maximâ fortunâ minima licentia est* [1].

Pocas son las concurrencias donde no haya personas imprudentes, ó in-

1 Sallust. de Bello Catilin.

doctas, ó superficiales. Oyense en ellas juicios falsos, razones débiles, especies inútiles y grandes fruslerías. Si el sabio se afrenta de escuchar estas cosas, tendrá que abandonar la sociedad; si se empeña en contradecirlas, se ganará enemigos sin necesidad, y tal vez faltará á la cortesia de la caridad. La prudencia halla el justo medio para tolerar la flaqueza del que yerra, sin tener parte en su error.

Hay doctos que callan delante de los indoctos, por la misma razon que los ricos avaros dexan de dar limosna á los pobres. En los literatos es mas perniciosa esta avaricia, que la vanidad.

No tendrás paz interior ni merecerás la estimacion pública, si dexas de apreciar á los sabios, ó de tolerar á los necios.

Observa que quando hablas en presencia de otros literatos, eres acometido de la vanidad; y quando callas, padece violencia tu amor propio.

Quanto mas docta sea tu conversa-

cion, tanto debe ser mas humilde y sincera tu cortesanía para con todos los concurrentes. En esto debes preferir á los ménos doctos que tú, quando te oyen á presencia de ignorantes. Porque esta afabilidad disminuirá en su ánimo la humillacion que sufren por mostrarse que sabes mas que ellos.

Muchos incautos ostentan literatura delante de los grandes y poderosos, creyendo que por su talento y erudicion serán de ellos estimados. No siempre sale bien esta cuenta. No todo lo que admira, agrada; ni todo lo que agrada, hace estimable al que lo dice.

Puede suceder muy bien que lo que hables, convenza el entendimiento del que oye, sin que le conquistes el corazon.

No hables sino palabras útiles, modestas y bien meditadas, y si puede ser deseadas y exîgidas por otro.

Si alguna vez hablares cosas buenas sin necesidad ni conocida utilidad, pon en tu boca el dedo de la prudencia, pa-

ra que no salga de ella cosa de que debas arrepentirte.

Las palabras arrojadas traen pesar tuyo ó ageno; las palabras vanas presto manchan el alma; las palabras no meditadas indicio son de vana conciencia.

Tu lengua descubre quales son tus costumbres; porque lo que rebosa en el corazon, eso sale á la boca.

Residenciadas serán las palabras ociosas, pues por ellas decae el hombre de su rectitud.

Acostúmbrate á hablar, no lo que se te antoja, sino lo que conviene. El que no se traga las palabras ociosas, cerca está de hablar palabras nocivas.

Necedad es hablar mucho, porque jamas se habla mucho sin ofender á Dios [1], y el hablador pierde el tino y se precipita fácilmente [2].

Mas seguro es escuchar que hablar,

1 *In multiloquio non deerit peccatum.* Prov. x. 19.

2 *Vir linguosus non dirigetur in terrâ.* Ps. cxxxix. 12.

aprender que enseñar. El que no escucha, no aprende á hablar; así como el que no sabe obedecer, no aprende á mandar.

Son muchos los casos en que parece mejor en la boca del docto el silencio, que la doctrina. El sabio que oye, se hace mas sabio [1].

El docto que tiene modestia para callar lo que sabe, parece docto aun quando calla porque no sabe.

Olvida las expresiones ingeniosas, que admiran y no instruyen. El que tiene como un prontuario de dichos agudos y los siembra en la conversacion, al cabo viene á hacerse odioso ó molesto.

Aquel docto es verdaderamente amable en la conversacion, que agrada útilmente á los que le escuchan, hablando él, y dándoles ocasion con su silencio para que hablen como él ó mejor.

De pocos literatos es, hablando ó

1 *Audiens sapiens, sapientior erit.* Prov. 1.5.

callando, inspirar ánimo á los demas para que les enseñen, ó á lo menos digan francamente lo que saben en aquella materia. Este es un talento singular, que se adquiere con la humildad y modestia. Solo el sabio humilde y modesto puede decir de sí: *tacentem me sustinebunt, et loquentem me respicient* [1].

Cortesía es muy rara en gente de letras, dexarse prevenir o sugerir por otro en lo que van á hablar. Porque para el docto es una especie de gloria ser autor de aquel pensamiento, y no mostrar necesidad de que se le inspire nadie.

Aun quando hable otro lo que estás tú pensando, no digas, eso mismo iba yo á decir. Porque sobre no enseñar nada con eso, muestras en ello vanidad ó envidia. Y con solas dos veces que digas esa palabra, te expones á no ser creido.

Fácilmente interrumpe al que ha-

1 Sap. VIII. 12.

bla el que es de viva imaginacion, especialmente si está pagado de su saber. Si alguno ataja tu conversacion, súfrele esta descortesía; y en acabando él de hablar, vuelve á lo que estabas diciendo.

No extrañes siendo docto, ser tratado de los rudos con indiferencia ó sin aprecio. La sangre, la riqueza, la elevacion política inspiran respeto á los plebeyos y á los pobres. El talento y el saber solo son respetados de los que le tienen, ó son doctos á lo ménos en algun grado.

Por docto que seas, acomódate al trato de los indoctos. El docto vive para el indocto, no ménos que para sí. La ciencia tiene tambien su servidumbre, si va acompañada de caridad.

No siempre es prudencia callar el docto delante del indocto. A veces nace este silencio de la alta idea que tiene él de sí, ó de un desden ageno del verdadero sabio. Lo uno y lo otro es manifiesta soberbia.

No apruebo las necedades del in-

docto: mas tampoco apruebo la imprudencia ó la severidad del docto que no las tolera.

Si sabes alguna ciencia, no hables de ella en la conversacion familiar, á no ser rogado ó preguntado.

CAPITULO XL.

CONTROVERSIAS LITERARIAS.

Todas las cosas buenas hizo Dios á su tiempo, y entregó el mundo á las disputas de los hombres [1].

El fin de las controversias en los literatos ha de ser conforme á su profesion, que es buscar la verdad para aprovecharse de ella.

Quando trates de impugnar á otro, mira bien si te mueve á ello la gloria humana, ó espíritu de venganza, ó deseo de que sean todos de tu opinion.

1 *Cuncta fecit bona in tempore suo, et mundum tradidit disputationi eorum.* Eccles. III. 11.

Si deseas ser útil al que impugnas, disimula en él los yerros que son compatibles con la verdad; muéstrale prácticamente que no es tu ánimo descontentarle, y ménos insultarle: *lingua sapientium sanitas est* [1].

La amargura y la indiscrecion del impugnador son á las veces mas reprehensibles que los yerros mismos que impugna [2].

Amador es de la verdad el que sufre pacíficamente las preocupaciones de sus rivales, aguardando ocasion oportuna de impugnarlas con fruto: *sermo opportunus est optimus* [3].

Buen médico es el que tolera ciertas dolencias, cuya curacion produciria otras mas graves, ó mataria al enfermo.

Si alguno te contradice, ponte de parte de la verdad, y no hables hasta oir y meditar lo que opone: porque el

1 Prov. XII. 18.

2 *Homo versutus celat scientiam: et cor insipientium provocat stultitiam.* Prov. XII. 23.

3 Prov. XXV. 23.

que responde antes que le hablen, da pruebas de necio, y se expone á ser afrentado [1].

Prenda es de varones santos no ofenderse de que se impugnen sus opiniones. Porque la humildad les muestra que aun siendo doctos, pueden equivocarse, ú omitir cosas que debieran decir, ó que sus palabras pueden ser tomadas en otro sentido; y que aunque fuera bueno evitar todo esto, es harto difícil, atendida la flaqueza humana [2].

Animo soberbio es y litigioso el que no disputa por la verdad, sino por deseo de la propia alabanza. La soberbia

1 *Qui priùs respondet quàm audiat, stultum se esse demonstrat, et confusione dignum.* Prov. XVIII. 13.

2 *Ego beneficio annumero, si quis mea legens scripta, dicat mihi quo videatur moveri. Primùm quia et in iis quae scio, falli possum. Multa aurem praetereunt, multa quibusdam aliter sonant; pulcrum est, si fieri potest, cavere omnia.* S. Ambros. epist. class. I. epist. XLVI. n. 2.

no cede á la verdad conocida, sino á la humillacion de su contrario [1].

CAPITULO XLI.

TRATO CON DOCTOS.

Busca siempre compañía de doctos: porque el que anda con sabios, será sabio; y el amigo de los ignorantes vendrá á ser uno de ellos [2].

Aplica el oido á las palabras del sabio [3].

Muchos sabios hiciéron largos viages, buscando en los extrangeros la doctrina y la erudicion que no podian ad-

1 *Contentiosorum est studium non pro veritate, sed pro appetitu laudis certare; tantaque est in his perversitas, ut veritati cedere nesciant, ipsamque rectam doctrinam evacuare contendant.* S. Isidor. sent. lib. III. cap. 14.

2 *Qui cum sapientibus graditur, sapiens erit: amicus stultorum similis efficietur.* Prov. XIII. 20.

3 *Inclina aurem tuam, et audi verba sapientium.* Prov. XII. 17.

quirir en su patria. De uno de estos viageros dice San Gerónimo: *maluit aliena verecundè discere, quàm sua imprudenter ingerere.* Y de otro: *invenit ille vir ubique quod disceret; et semper proficiens, semper se melior fieret* [1]. Y de sí mismo: *cano jam capite ivi Alexandriam, ut audirem Didymum.* Este exemplo siguiéron algunos Santos con gran provecho suyo y fruto de la Iglesia.

El trato con los doctos corrige las preocupaciones, rectifica y aumenta los conocimientos, da nueva ilustracion y perfeccion al ánimo.

Busca al sabio que con su correccion te hace sabio, y huye del necio que con su adulacion te hace necio [2].

Las conferencias con doctos hace mas útil la lectura de buenos libros [3], facilita la instruccion, aclara las dudas,

1 S. Hieron. ad Paulin. epist. LIII. n. 1.

2 *Melùs est à sapiente corripi, quàm stultorum adulatione decipi.* Eccles. VII. 6.

3 *Lectio, adhibita.... collatione, majorem intelligentiam praebet.* S. Isid. sent. lib. III. c. 14.

da mayor luz á la verdad y mas vigor á sus pruebas [1].

Poco fruto sacarás del trato con doctos, si no moderas el prurito de disputar. Lo que edifica el sabio con su doctrina, lo destruye el disputador con su importunidad [2].

Ten presente que el trato con los doctos puede corromper tu corazon, no ménos que el de los indoctos. Pasiones tienen los unos y los otros; y tú eres siempre flaco, aun quando aspiras á no ser ignorante.

CAPITULO XLII.

ESCRITORES.

Ilustrar ó profundizar ó extender especies útiles, tratadas por otros ligera ó

1 *Collatio docibilitatem facit... Quod obscurum aut dubium est, conferendo citò perspicitur.* S. Isidor. sent. lib. III. cap. 14.

2 *Sicut instruere solet collatio, ita contentio destruit. Hoc enim, relicto sensu veritatis, lites generat.* S. Isidor. ib.

obscuramente, es ocupacion digna de un escritor que ama la verdad, y tiene zelo por la causa pública.

El que se retrae de escribir libros por no ser notado de plagiario, prefiere su propia gloria á la comun utilidad, esto es, conserva su vanidad á costa del bien de sus próximos.

El escritor debe contar con que habrá lectores ingratos al bien que les procura por medio de sus libros. Mas es regla segura que no debe el hombre dexar de ser benéfico en ninguna línea, por temor de la agena ingratitud. El ingrato me enseña que debo referir á Dios el bien que le hago á él.

No te envanezcas por las alabanzas que oyeres de tus libros. Apenas hay escritor por indocto que sea, que no halle algun lector que se le asemeje [1].

He visto libros alabados, que merecian ser desaprobados. Dañosos son los

1 *Nullus imperitus scriptor est, qui lectorem non inveniat similem sui.* S. Hieron. Praef. in lib. XII. comm. in Isai.

elogios que desacreditan al que los da, y no enmiendan al que los recibe.

Antes de escribir, mide tu talento, para elegir materia que le exercite y no le oprima: *grandes materias ingenia parva non sufferunt* [1].

Aprende bien y medita largo tiempo lo que hayas de sujetar al juicio de muchos. Antes de presentarte al público como maestro, exâmina si puedes ser convencido de ignorante.

Procura escribir siempre para tu propia utilidad, y así hallarás el fruto de esta ocupacion en tu mismo trabajo.

Escribe tan sin apego á tus obras, que en acabando alguna de ellas, puedas oir pacíficamente que te digan, no vale nada, y te halles dispuesto á impedir tú mismo su publicacion.

Despues de escrito el libro, exâmina qué fin te mueve á publicarle, si te ves precisado á ello por mandato de tu superior, por ruego de buenos, ó por

1 S. Hieron. ad Heliodor. ep. IX. n. 1.

alguna ocurrencia imprevista, ó por haberse hecho copias viciosas de tu original, ó por querer anticiparse otro á imprimir alguna de ellas con riesgo de la verdad, ó descrédito de tu opinion. Como es tan freqüente alegar estas causas en los prólogos, seria mejor partido no hablar de esto; porque los sencillos no necesitan estas excusas, y los no sencillos de todos modos juzgarán que fuiste tan libre para imprimir tu obra, como para escribirla.

Algunos tienen mas ánimo para hablar verdad por escrito, que de viva voz [1]. De esto hay exemplos aun en los Santos, en los quales no fue esta cobardía, sino prudencia. Otros temen escribir libros, por no aumentar el número de los escritores medianos, ó el de los ínfimos. Paréceles prudencia no aspirar á lo que causaria afrenta si no se alcanzase, y no daria gloria si se alcanzase. En unos

1 *Majore siquidem pudoris periculo auditur vox nostra, quàm legitur: liber enim non erubescit.* S. Ambros. de Virginib. lib. 1. cap. 1. n. 1.

puede nacer esto de cobardía, en otros de amor propio.

El que habla cosas buenas, es útil á los presentes; el que las escribe, aprovecha á la posteridad. Fácilmente vuelan y se desvanecen los pensamientos comunicados de viva voz: escritos se fixan y permanecen.

El que escribe libros, hace la verdad en cierto modo estable y visible, precave el olvido de ella, facilita los medios de meditarla, y repara la flaqueza de la memoria [1].

Luego es oficio digno de un cristiano docto comunicar á otros el fruto de su estudio. La doctrina buena que sembrares en el libro, dará fruto perpetuo.

1 *Bonum est si dicantur verba, sed nihilominus bonum est si scribantur verba. Volat enim irrevocabile verbum, nisi scripto ligetur. Scriptura verbum et stabile facit et visibile; mandatum paginae reposcetur cùm voles.... scriptura memoriae reparatrix est, quia verbi repraesentatrix est.* Guillebert. Abb. in Cant. serm. XLVII. n. 2.

Siémbrala primero en tí con la piedad, y la comunicarás á otros con la uncion. Será luz que disipe el error, retrayga de la vanidad, modere las pasiones, aumente la inteligencia de la verdad, dispierte el amor de lo bueno. Por tí sabrán los venideros lo que deben hacer, lo que deben evitar, hácia donde deben caminar.

Escribe la verdad con lisura, sin follage de palabras que la obscurezca: no presentes como cierto lo dudoso, da á cada cosa su valor.

Procura que no necesite apologías lo que escribieres. Porque poco recomendable es el libro que por sí mismo no se defiende [1].

Escribe de suerte que hagas amable la verdad: evita en el modo lo que pueda representarte á los ojos del lector como despreciable ó ridículo.

Fácilmente se traslucen en las pa-

1 *Malè se habet liber, qui sine adsertore non defenditur.* S. Ambr. epist. class. 1. epist. XLVIII. n. 3.

labras los vicios del corazon. De escritores que no he conocido sino por sus libros, digo yo ahora con toda seguridad que fuéron vanos, ligeros, malignos. De otros digo que fuéron humildes y modestos; porque ellos mismos dexáron retratado su corazon en lo que escribiéron.

En las obras de los gentiles suele aparecer un cierto ayre de vanagloria, que indica bien su soberbia. Por el contrario en los escritos de los Santos veo resplandecer la humildad de su espíritu.

No quisiera yo imitar las sales málignas de Horacio y de Juvenal, y me tendria por dichoso si supiese imitar las invectivas de S. Gerónimo y de S. Bernardo.

Trata tus escritos como juez con rectitud, sin parcialidad: no tengas tanto apego á lo que escribieres, que no te quede ánimo para borrarlo. Este indiscreto amor ha dado ocasion á que algunos sostengan opiniones que tal vez hubieran impugnado en otros: *unum-*

quemque fallunt sua scripta [1].

Así como el hijo feo parece bien á sus padres, así al escritor apasionado suelen agradar sus libros, aunque no sean conformes á la verdad y al decoro [2].

Por mucha que sea tu erudicion, observa que hablando ó escribiendo sueles decir algo que merezca aclararse, ó rectificarse, ó tal vez retractarse. Por eso conviene que sujetes tus libros antes de publicarlos, al juicio de otro que sepa mas, ó que te ame sin pasion. La privada correccion de un solo amigo te librará de la amarga censura de muchos malévolos [3].

Muchos imprimiendo sus libros han

1 S. Ambros. epist. class. I. epist. XLVIII. n. 2.

2 *Ut filii etiam deformes delectant, sic etiam scriptorem indecores sermones sui palpant.* Id. ib.

3 *Incautius plerumque aliquid promitur.... aliquid exit ambiguum; tum quia alieno examinanda judicio, non pro nostra debemus, quàm pro aliena opinione trutinare, et discutere omnes scrupulos malevolentiae.* Id. ibid.

perdido en todo ó en parte la fama de doctos que antes tenian. Porque el libro señala el grado á que llega la doctrina, el gusto y la finura de su autor; y tal vez este grado aparece menor en el libro que en el trato.

No te lisonjees de que no verá nadie los defectos de tu libro. Aunque no los adviertan los indoctos, no faltará docto que los note, y tal vez los publique.

¿Quieres obligar á tus enemigos á que alaben tus obras? da libertad á tus amigos para que las corrijan. Raros son estos amigos doctos y virtuosos: pero tal vez son mas raros los que los buscan.

Muchos mas conocerán lo que fuese reprehensible en tu libro, que lo que tuviese digno de alabanza. Porque para descubrir defectos basta un talento mediano.

El hombre de talento que no ha probado á escribir algun libro, está en riesgo de tenerse por mas de lo que es.

El escritor juicioso tiene hartos mo-

tivos para medir la grandeza y la debilidad de su talento. Porque aprende lo 1.° que quando escribe, dice mejores cosas que quando habla: lo 2.° que no en todo lo que escribe acierta, pues se ve precisado á borrar algo: lo 3.° que en la conversacion donde no salen las expresiones tan meditadas, habrá cometido muchos yerros sin echarlo de ver.

Yerras si crees llegar á escribir sobre diversas materias excelentes libros. Mediano podrás ser en algunas, mas con dificultad llegarás á ser consumado en una sola, sin pertenecer en otras á la clase de los medianos ó de los ínfimos. Muchos escritores que por el primer libro fuéron contados entre los sabios, publicado el segundo, perdiéron en parte ó en todo aquel buen nombre.

No te entregues con tanto exceso á componer libros, que pierdas la aficion á la buena lectura. Aristóteles con haberse dedicado á escribir muchos libros, nunca desmereció el nombre de *lector* que Platon le habia dado. San Cipria-

no, uno de los mas sabios escritores de la Iglesia, no interrumpió nunca su lectura diaria. Otro tanto pudiera decirse de S. Basilio, de S. Gregorio el teólogo, de S. Gerónimo y de otros padres exercitados en escribir sin dexar de leer las obras sabias de la antigüedad. El soberbio se complace mas en los pensamientos propios que en los agenos: el humilde es mas propenso á escuchar callando.

Raro es el escritor que no piensa de sus obras mas ventajosamente que el público.

Al escritor, si es vano, no le basta el aplauso del público, por injusto que sea.

Quando oygas que son alabados tus libros, piensa que acaso no llegará á mañana esta alabanza.

Si te entregas al juicio del público quando te alaba, ¿por qué te dueles de él quando te reprehende?

Observa que aun quando adviertas defectos en tu libro, no los juzgas con

la severidad que los de otro. Porque el amor propio, por ilustrado que sea, rara vez dexa de ser indulgente.

El desórden interior que te inspira un secreto deseo de hallar lunares en los libros de otro, te venda los ojos para que no veas los del tuyo.

Aprovecha escribiendo los momentos felices que suele presentar la luz del ingenio y el calor del espíritu.

Tentacion es ordinaria de los escritores, querer que se impriman magníficamente sus libros. No seria vicioso este deseo, si naciese de zelo por el lustre de la doctrina, ó por el decoro de las personas que la han de leer. Mas es miseria grande, quando se mezcla en ello vanidad y soberbia.

Acuérdate de que nuestro Salvador escribió en el polvo sus pensamientos divinos, y no tratarás de que los tuyos se graben en mármoles para dexar un nombre vano en los siglos futuros.

CAPITULO XLIII.

VOCACION DE ESCRIBIR.

El escribir libros pide vocacion [1], porque no todos son llamados á ser maestros [2].

Quiere Dios que unos estudien para sí, y otros para sí y para bien de los demas.

El fin primero del que estudia, debe ser su propia instruccion: el segundo paso de enseñar es para pocos; debe darse por vocacion, no por codicia, por vanidad ó deseo de gloria humana.

Para que seas escritor de libros, no basta que tengas ideas buenas y útiles;

1 *Non est passim omnibus haec permittenda licentia.... Magna texendi verbi salutaris utilitas; sed cùm alicui hoc opus permittitur, vel magis cùm exigitur ab eo.* Guilleb. Abb. in Cant. serm. XLVII. n. 2.

2 *In potestate divinâ consistit, cui velit, Deus doctrinae verbum dare, vel cui auferre.* S. Isidor. sent. lib. III. cap. 44.

necesario es tambien que veas en tí alguna señal de que esa es la voluntad de Dios.

Exâmina si te mueve á escribir la satisfaccion de tu propio saber, el deseo de ser conocido y estimado del mundo, ó de fomentar la curiosidad de los vanos. Qualquiera de estos afectos debe hacerte mirar con desconfianza aun el deseo de escribir sobre las materias mas útiles.

Entónces comenzarás á tranquilizarte en este punto, quando te aliente á escribir el amor de la verdad, el deseo de defenderla ó comunicarla, el zelo de la sólida instruccion y de la edificacion pública. Aun serás mas seguro, si escribes por necesidad, ó con notoria utilidad, movido de caridad, acompañado de humildad y modestia.

No consta que nuestro Señor Jesucristo escribiese sino una sola vez, y esa vez en el suelo, y para evitar la condenacion de una pecadora, y disponiendo que no quedase rastro de lo que habia

escrito. Medita esto quando te veas con deseo de componer un libro.

No corresponde á la vocacion de escribir, el que no observa las leyes necesarias para que sus obras sean útiles.

CAPITULO XLIV.

PRUDENCIA DEL ESCRITOR.

Desórden seria que empleases en escribir libros el tiempo necesario para desempeñar tu oficio [1]: dedica á esto los ratos libres de tu principal obligacion, en que pudieras estar ocioso, ú ocupado en cosas tan vanas como la ociosidad.

Apenas hay destino que no dexe tiempo al literato para escribir ó anotar sus observaciones y pensamientos útiles. Entre los escritores hallarás papas y otros prelados de la Iglesia, reyes y príncipes y otras personas muy ocupa-

1 *Ne quis dum in onere sibi non imposito occupatur, otietur ab imposito.* Guilleb. Abb. in Cantic. serm. XLVII. n. 2.

das por su estado en cosas harto distantes de las letras.

¿Quieres ser escritor útil al estado? Ten presente que las *palabras del sabio deben ser como estímulos para doctos é indoctos* [1]. Escribe libros que sostengan la verdad, que promuevan las buenas costumbres, que contribuyan á la felicidad del estado, que ilustren las ciencias y las artes. Propon medios de mejorar la educacion, inspira máximas políticas acomodadas á la paz y á la guerra, da sanos consejos á todos, pon freno á los viciosos, alienta á los virtuosos: un solo paso que por tí dé uno solo hácia el bien, te hará benemérito de la causa pública.

El escritor modesto propone sus opiniones sin presuncion, impugna las agenas sin acrimonia, á todos trata con respeto, á nadie con desprecio.

El escritor ingenuo da á cada cosa su valor, y confiesa los libros que disfruta.

1 Eccles. XII. 11.

Aunque no seas llamado á ser escritor, conviene que apuntes los pensamientos que te inspira la meditacion ó la buena lectura. Tal vez en muriendo tú, se aprovechará otro de estos materiales para ordenarlos en un libro que sirva para bien de muchos; y delante de Dios no quedará sin premio la parte que tuvieres en el fruto de aquella obra, aunque para los hombres quede obscurecido tu trabajo.

CAPITULO XLV.

ESCRITORES DE MATERIAS SAGRADAS.

Dichoso eres, si te elige Dios para escribir cosas sagradas ó piadosas, que cedan en gloria suya y bien del próximo.

El escritor piadoso entra en el número de los Doctores de la Iglesia, da nuevo vigor á las columnas de la verdad, ayuda á sostener el edificio de la religion, y contribuye al aumento del cuerpo místico de Jesucristo.

Los que dan reglas de bien vivir,

son ojos de la Iglesia, cuya guia encamina á los pies, que es el pueblo ménos instruido: panales de miel, que alimentan el espíritu, regalándole con provechosa dulzura: dispenseros prudentes, que reparten á los hijos de Dios con oportunidad el pan de la doctrina: centinelas de la ciudad de Dios, que guardan el tesoro de ella, que es la verdad, y la defienden contra los asaltos del enemigo. Hállanme estas centinelas quando en sus libros leo el estrago de mis costumbres; me avisan quando me estimulan á enmendarlas; me hieren quando me ponen delante el juicio de Dios.

El escritor devoto descubre el daño de mis afectos, el progreso de mis pasiones, mi atraso en la virtud: háblame claro, nada disimula: como buen médico declara la raiz de mi enfermedad, y me indica la medicina: me pinta qual soy, me humilla, me despoja de la gloria que robo al que debiera yo darla.

El devoto escritor se propone avivar los deseos debiles, recrear el ánimo tris-

te, acalorar la tibia oracion. Para esto usa con industria de estilo vario, ya suave, ya fuerte, haciendo como buen cazador ciertas correrías para asegurar la presa [1].

Algunos escriben mas para merecer alabanza, que para aprovechar á otros: para dispertar la admiracion de los flacos, no para procurar su remedio: tratan materias altas, sin exâminar antes si son provechosas: se afrentan de enseñar cosas llanas y humildes, porque no se crea ser esto lo único que saben. Semejantes son estos á la madre que se avergüenza de sacar el pecho para dar de mamar al niño.

Te ha dado Dios este talento, no para que hagas ostentacion de él, sino

1 *Boni et prudentes magistri vago quodam et quasi venatico genere dicendi utuntur, et varios ad mentium status vertunt sermones, si fortè inveniant quem tangant, quem stimulent, quem permoveant, si quis audientium glorietur et dicat: invenerunt me custodes civitatis, percusserunt me, et vulneraverunt me.* Guilleb. Abb. in Cantic. serm. XLV. n. 4.

para que le emplees en bien de tus próximos; no para que te hinches tú, sino para que edifiques á otros.

¿Escribes con finura, con eloqüencia y con método especies ingeniosas y sutiles, que merecen admiracion y alabanza? Bien me parece esto, tambien yo lo alabo, con tal que tu libro sirva para instruir y estimular á lo bueno. ¿Qué sacará el lector de doctrinas recónditas que no entiende?

Aquel escritor es loable, que eleva prudentemente, y adorna las materias humildes, y allana y hace comprehensibles las elevadas.

Quando te pongas á escribir una obra, no atiendas á lo que pide el crédito de tu literatura, sino á lo que necesita el que la ha de leer: las cosas mas grandes y maravillosas, si exceden la comprehension del lector, son inútiles. Lograrás que digan de tí, nadie habló como este; mas quedarán tus lectores vacíos de doctrina. Si no rompes el pan, te quedarás con él entero en la mano, y

los pequeñitos que te le piden, se morirán de hambre.

Util es el escritor que se atempera á todos los talentos para ser entendido: loable es el que escribe solo para los sabios: dichoso el que llama la atencion de los rudos, y los obliga á que piensen. En este sentido es digno de alabanza el escritor de la multitud.

Si estás animado del espíritu de Dios, saldrán vivas y abrasadas tus palabras, y tus libros conservarán esta vida y este calor despues de tù muerte.

Si escribes cosas santas con espíritu profano, quanto es de tu parte frustras el buen efecto que debe hacer la verdad en el ánimo de tus lectores.

El escritor de libros devotos, como sembrador de la verdad, está obligado á regarlos con oracion, para atraer sobre ellos el influxo de la bendicion celestial, sin la qual no se logra el fin de este trabajo. Porque ni el que planta es algo, ni el que riega, si no Dios que hace fecunda la semilla.

CAPITULO XLVI.

ESCRITORES DE DRAMAS.

Tentacion es de poetas componer dramas que se representen. Porque estas obras prometen y dan pronto aplauso de muchos; y el amor propio desea en el momento aura popular. Garcilaso y Fray Luis de Leon que hiciéron excelentes poemas, son alabados de los doctos. Moreto y Lope de Vega cuyas comedias salen al teatro, son aplaudidos hasta de los indoctos.

Observa tu corazon quando escribes una comedia, y hallarás en él deseo de agradar á la multitud, en la qual hay indoctos, flacos y viciosos. Y esto no lo lograrás, si no hablas un lenguage entendido de todos y agradable á todos, que es el de las pasiones.

El pueblo no sufriria en el teatro la prostitucion representada al vivo; porque esta tolerancia seria un descrédito

de su cultura. Mas tolera y aprueba las pinturas decorosas del mismo vicio, que suelen no ser menos peligrosas.

No mires la comedia que escribes, como qualquiera otra obra ingeniosa, fruto de tu talento; sino como diversion ó escuela de los espectadores, como estímulo de los afectos agenos, que se avivan ó se exâltan con la destreza, con el tono y el gesto de los actores.

Observa un teatro, y hallarás que la impresion causada por el drama en el espectador, se aumenta y fortifica con la de los demas concurrentes. Escribirás una comedia que en sí nada tenga reprehensible, y tal vez lo será en el teatro, por lo que puede añadir á esta obra su representacion.

El amor, el odio, la ira, la ambicion, la venganza....no pueden representarse al vivo, sin que se revista de estos afectos el actor, para que se dispierten otros tales en el espectador. Este género de impresiones es efecto natural de toda representacion, qualquiera que sea.

No digas, trato en mis comedias amores ordenados al matrimonio. Bueno es el matrimonio, y bueno el uso que hace él de la concupiscencia. ¿Mas pintas tú allí un matrimonio cristiano, nacido de amor honesto, sin pasion ni desórden? Fria cosa es para el teatro un matrimonio sin zelos, sin tercerías, sin artificios para burlar la oposicion de los deudos. Y poniendo tú en una escena á los ojos del público la concupiscencia exâltada, ¿estás seguro de que todos los espectadores la ordenarán al matrimonio? Atendida la corrupcion del hombre, temible es que al que asista á esta comedia, le haga impresion el daño, y acaso no el remedio.

Podrás con tu pluma hacer comedido en su pasion al personage que habla; mas esto no preserva del todo al que escucha. El amor legítimo y el ilegítimo, puestos en el teatro, producen comunmente un igual impulso, que obra con desigualdad, segun la varia disposicion que encuentran. Atizada una vez la con-

cupiscencia, ¿quién responderá de sus efectos? Por eso es prudencia no excitarla nadie en sí ni en los demas.

Tampoco digas, pinto la pasion para inspirar horror á lo que la fomenta. En riesgo pone al espectador toda pasion puesta en movimiento, aun quando se cubra con el velo del decoro; porque entónces la mira con ménos horror, y se dexa arrebatar de ella sin rezelo. Inclinado ya el corazon á estos objetos halagüeños, y embriagado con su dulzura, dificil es que le modere y le contenga el mismo que le puso en el precipicio.

Considera que á la representacion de ese drama han de asistir muchos incautos, capaces de convertir en propia ruina el idioma de las pasiones, que tal vez en tí no la causan. Y como es dificil evitar en los dramas este lenguage peligroso, es partido prudente no escribirlos.

He visto á muchos sacar de la comedia, no solo incentivos de amor profano, sino arte para inspirarle á otros, ó pintarle con colores honestos, ó burlar

la agena vigilancia. Por quanto vale el mundo no quisiera ser yo autor de esta comedia.

¿Estás persuadido de que el teatro es escuela de virtud? Prueba á hacer una comedia donde no haya sino exhortaciones á la paciencia, á la penitencia, á la pobreza, á la humildad, al odio del mundo: no hallarás pueblo que la sufra. Los mismos que llaman al teatro escuela de virtud, te dirian, no voy al teatro á convertirme, sino á divertirme. Por eso aun en los dramas donde hay personages serios y virtuosos que enseñan, suelen introducirse otros viciosos ó ridículos que diviertan. Aun los personages virtuosos no son allí oidos con gusto, si no hablan un lenguage heroyco, romancesco, agena de la modestia y sabiduría cristiana.

Decia un poeta nuestro, que quando iba á escribir una comedia, para contentar al vulgo, encerraba los preceptos con cien llaves. Esto que creia él de las reglas del arte, sucede acaso en las máximas piadosas y de buena moral. Se ve

el poeta estrechado en ciertos casos á desterrarlas del teatro, ó á acomodarlas al paladar de la concupiscencia, para que divierta la representacion, y no cause tedio.

En estas obras suele pasar por bueno lo que agrada, y por defectuoso lo que no agrada. Este juicio comprehende aun á los espectadores doctos; algunos de ellos lo confiesan, otros son mas cautos.

Se han visto célebres poetas cómicos, y los que tal vez han guardado mas decoro, arrepentirse de esta ocupacion en la edad madura, llorando sus comedias como pecados de la juventúd [1].

¿Ridiculizas en tu comedia la supersticion, la nimiedad, y otros excesos ó defectos del virtuoso? Teme que puestas estas escenas á la vista del público, quede para algunos ridiculizada la misma virtud. ¿Ridiculizas el vicio? Tal vez lograrás que los viciosos, sin dexar

1 Corneille y Racine. V. Pradon en su *Response à la Satyre des femmes*; y Le Brun en su *Discours sur la comedie*, p. 27, 28.

el vicio, se hagan mas cautos y astutos, esto es, mas perjudiciales. De uno y otro pudieran citarse exemplos.

En el teatro se divierte y rie mas la gente quando es ridiculizado un falso devoto, que quando lo es un malvado. Nace esto de que el hombre por su corrupcion es mas propenso al vicio que á la virtud. Por otra parte, los viciosos tienen interes en confundir la virtud con los defectos del virtuoso; porque saben que el flaco no osará ser virtuoso, por temor de aparecer ridículo. Mas si ridiculizas al vicioso, ¿quién se reirá? ¿el vicioso? no, antes se enojará contra tí: ¿el virtuoso? tampoco, pues tiene contra el vicio oposicion fundada en principios muy serios, quales son los de la moral cristiana.

Poco te serviria escribir dramas en todo conformes á la piedad, si los actores les agregasen cosas agenas de ella. Cierto es que estos agregados no serian tuyos, mas serias ocasion de que otro los pusiese.

La tragedia es en cierto modo mas nociva que la comedia. Muestra en ella el poeta los desastres á que conduce una pasion ó un vicio. Para esto pinta antes el vicio ó la pasion con colores vivísimos, y esta es una de las grandes prendas del escritor. Mas obsérvate á tí mismo, y hallarás que las vivas pinturas de una pasion inspiran la misma pasion; y no hay pintura mas viva de una pasion, que ponerla en accion á la vista de otro: tal vez atrae mas lo que tiene el vicio de halagüeño, que retrae lo que tiene de pernicioso.

La historia excede á la tragedia, en que refiere las conseqüencias de las pasiones, sin pintar las mismas pasiones.

CAPITULO XLVII.

AUTORES DE NOVELAS.

El que escribe novelas, con sus ficciones profanas y amorosas distrae los ánimos del amor de la verdad, aumenta la pro-

pension del hombre á las cosas terrenas, y le debilita para la virtud.

Despues que hayas escrito una de estas novelas, compara la vanidad y la locura de sus delirios con las reflexiones juiciosas y pias de los verdaderos sabios; y tú mismo te dolerás de haber convertido en tinieblas la luz de tu ingenio.

El talento que no se ciñe á la verdad, y quiere apacentar los ánimos con fábulas y ficciones halagüeñas á los sentidos, merece la aversion y el horror de los buenos.

Causa lástima ver un gran talento enamorado de los sueños de su imaginacion, inficionar con ellos á los que debiera alimentar con el pan de la verdad y de la buena doctrina.

He conocido alguno de estos sabios deseoso de eternizar en sus escritos los heroes fabulosos de la gentilidad; y al mismo tiempo mirar con grande indiferencia el nombre y la gloria de Jesucristo.

Los lectores de novelas suelen quejarse de que hay en ellas incentivos de

amor profano. Pudieran responder sus autores, justa es vuestra queja, mas vuestra es tambien la culpa: si no tuvieran las novelas este defecto, no os agradarian, ni las compraríais. Pronto estaba atajado este daño, si no hubiese compradores de tales libros; la lástima es que los hay, y los habrá siempre. Mas ¡ay de los escritores que se dexan corromper por el mal gusto del vulgo!

Dices tú, el vulgo quiere aprender la moral en novelas. Dásela en novelas, mas dásela pura, y no corrompida, no de un modo ridículo, sino con el decoro que pide la ciencia mas importante de la sociedad. Propones al lector remedios del vicio, mas antes le habias metido el vicio en el corazon: ¿qué sabes si la triaca llegará á tiempo de curar la ponzoña?

Lee ahora las novelas que hubieses escrito, y tal vez hallarás en ellas mas cosas agradables que útiles; muchas que exâltan las pasiones, y pocas que las moderan; mas vigor en la pintura del daño que en la aplicacion del remedio.

CAPITULO XLVIII.

IMPUGNADORES.

Util es á la ilustracion de la verdad y al progreso de las ciencias, que se impugnen ciertos libros, con tal que los censores no se desvien de la verdad, ni quebranten las leyes de la probidad y de la cortesía.

Aunque tu impugnacion sea sabia, imparcial, prudente, moderada; ten por cierto que será humillado con ella el escritor que impugnes.

Antes de impugnar algun libro, exâmina, si puedes, las prendas morales de su autor: si ama la verdad, recibirá tu prudente advertencia; si no la ama, quedará ofendido: *non recipit stultus verba prudentiae* [1].

Tal vez se necesita mayor ingenio y finura para conocer las bellezas de un libro, que los defectos.

1 Prov. xviii. 2.

Miéntras no adviertas en una obra sino defectos, no tienes todavía derecho á creerte mas docto que su autor. Pudieras juzgarte igual á él en cierto modo, si penetrases lo que tiene de bueno su libro.

Hay quien sabe lo bastante para no estimar un libro malo, mas ignora lo necesario para estimar los buenos, ó por lo ménos tanto como ellos se merecen.

Muy excelente debe de ser una impugnacion, y muy mediana la obra impugnada, para que merezca mayor alabanza el impugnador que el autor. Estas reflexîones debieran humillarte, si te propones impugnar escritos agenos.

La alabanza eleva el mérito ageno, y la impugnacion le deprime. Por eso cree nuestro amor propio honrarse mas quando impugna, que quando alaba. Observa tu corazon, y hallarás que tal vez lisonjeas en esto tu malignidad.

Siendo docto y bien intencionado, todavía puedes censurar injustamente un libro. Así como puede haber en un libro

rasgos grandes cuya belleza no comprehendes, así puedes creer que tiene lunares, porque aparezcan tales á tus ojos. Y es ageno de un hombre sensato censurar lo que no entiende.

Mas notables son los yerros en el impugnador de un libro, que en el escritor. No es loable el que merece ser impugnado, ¿qué diremos del que le impugna mal, ó incurre impugnándole en nuevos motivos de reprehension?

Observa bien si eres de aquellos literatos extremados, cuyos juicios no guardan el medio de la verdad. Expuesto está á errar, el que no sabe aprobar sino con admiracion, ni impugnar sino con desprecio.

Ordinariamente es partido mas seguro decir en las censuras menos de lo que se siente, ó templar lo que se siente con expresiones comedidas. Porque la dureza de las palabras da sospecha de excesiva severidad, ó tal vez de ojeriza contra el escritor, ó de otro afecto no bueno.

Evita en tus censuras hasta la sombra de menosprecio; porque este ayre da sospecha de orgullo aun en el que consta ser amante de la verdad, y franco en decir lo que siente.

Las leyes para formar el juicio estúdialas en los libros de buena crítica: lás leyes para juzgar con moderacion las aprenderás estudiándote á tí mismo. Quanto mas conozcas tu ignorancia y las tinieblas de tus pasiones, ménos severo serás con los escritos de otro.

El impugnador moderado guarda su derecho á la verdad, observa las reglas de la caridad, y evita los lazos de la soberbia.

La caridad establece esta regla segura para el juicio de las obras agenas: ama al autor, y dí de su libro lo que quisieres; porque en tal caso no será injuriosa tu censura, aunque lo parezca [1].

En no procediendo con cautela, for-

1 *Dilige, et dic quod voles; nullo modo maledictum erit, quod specie maledicti sonuerit.* S. Aug. in epist. ad Galat. cap. VI. n. 57.

marás distinto juicio de una obra si conoces á su autor, que si no le conoces.

Las preoçupaciones favorables ó adversas acerca de la persona, influyen en la aprobacion de sus yerros, ó en la desaprobacion de sus aciertos. Mucho tiene adelantado el censor que solo conoce el libro, y no tiene amistad ni enemistad con su autor.

El derecho de juzgar un libro no te exîme del respeto que debes á su autor. Te engañas si te juzgas en estado de escribir ese libro tal qual es, solo porque le notas verdaderos defectos.

Esto probará que tienes mas gusto que su autor; pero no la erudicion ni el talento que se necesita para meditar su plan, ordenar sus partes, y llevarle á su debida perfeccion. Tal vez se han visto impugnadores incapaces de escribir una sola obra que mereciese ser impugnada.

De un mismo principio nace que no halles tan facilmente las faltas de tus escritos, como las de los agenos. El amor propio te persuade que no hay faltas en

tus obras, y te inspira un secreto deseo de no hallarlas: si no le ocurre arbitrio para disimularlas, las disminuye ó las disculpa, ó quando no puede mas, las esconde; porque de lo contrario le resulta humillacion, á la qual se resiste hasta donde puede.

Por el mismo amor propio deseas hallar faltas en los libros de otro: tu malignidad te ayuda á encontrarlas, tu vanidad te anima á publicarlas; porque esperas que su publicacion recomiende tu zelo por la verdad, tu instruccion y tu juicio.

Quando impugnas un libro, observa si envidias la alabanza que por él ha merecido su autor. Porque esta envidia ha cegado á algunos hasta hacerles hablar mal de escritores doctos, con apariencia de buena fe.

El mismo orgullo que te remonta sobre los demas literatos, te inspira medios de fomentar el descrédito del que puede ser tu rival en la estimacion pública. Recomendable es el que se labra con su propio mérito la fama de docto:

vituperable el que deprime al mas docto para apoderarse de la estimacion que él merece.

CAPITULO XLIX.

SÁTIRA Y MORDACIDAD.

Maligna es la soberbia del que ridiculiza con sátiras al hombre de mérito. La sátira degrada y envilece, y hace en la fama agena un estrago que tarde ó nunca se repara. Porque es dificil que llegue á ser estimado y venerado el que una vez aparece ridículo á los ojos del público.

Nadie se rie quando ve caer en un charco un perro ó un caballo; y si es hombre el que cae, apénas hay quien contenga la risa. ¿De dónde nace esta variedad de afectos en cosas que son igualmente ridículas? De que á nadie le importa que sea ridiculizado un perro; mas en que sea ridiculizado otro hombre, halla tal interes la malignidad de nuestro corazon, que basta una sombra

ó imágen de su envilecimiento, para dispertar en nosotros un ímpetu de alegría y placer que apénas puede disimularse. Mira de quan dañada raiz nace esta risa que se tiene por inocente.

Vicio es muy ageno de un literato tratar con vilipendio á otro que como él se dedica á las letras. No digas, quiero abatir su orgullo. ¿Y estás tú libre de ese defecto? Reprehensible es el que presume de sí; pero todavía lo es mas el que abate y envilece á su próximo. La presuncion embriaga al hombre; la malignidad le enfurece.

Las sátiras personales contra un escritor no enseñan á nadie, escandalizan á muchos, complacen á los maldicientes, autorizan á los literatos ociosos ó perezosos, y retraen á los sabios de escribir obras útiles, ó á lo menos de publicarlas.

Algunos satirizan de palabra, porque temen hacerlo por escrito. Estos, aunque no dañen tanto como los otros, ni escandalicen á tantos, no son ménos malignos é injustos. A ellos alcanza el

consejo del sabio: *remove à te os prævum, et detrahentia labia sint procul à te* [1].

La mordacidad y las invectivas de la sátira suelen producir un efecto contrario al que intenta su autor. El escritor juicioso se mortifica quando es censurado con imparcialidad; y se consuela quando se ve zaherido con malignidad. Porque sabe el diferente efecto que causan en los doctos la crítica moderada de un libro, y la sátira mordaz contra una persona.

Algunos satirizan por vanidad sin ánimo de ofender. Estos son mas soberbios que malignos. El verdadero humilde nunca quiere mostrar ingenio zahiriendo á otro.

El gran talento que se emplea en ridiculizar, es envidiado de unos, y aborrecido de otros, pero de nadie amado.

Alguna disculpa tendria el satírico de profesion que sufriese pacíficamente ser ridiculizado por otro. Mas ni aun es-

1 Prov. IV. 24.

to le haria inexcusable. Porque el sufrir con paciencia las injurias, á nadie da título para ser injuriador.

Faltas á la verdad, si satirizas á otro por un defecto que no tiene, ó si le pintas como ridículo en lo que no lo es.

Rara vez zahieres á otro sin faltar á la cortesía, ó á la justicia, ó á la caridad. Las invectivas personales, por templadas que sean, tienen un cierto ayre de desprecio, que ofende aun á los ménos delicados.

En la conversacion serán tolerables ciertas invectivas, quando con ellas zahieras á otro con moderacion, por defectos leves que no le envilezcan ni degraden á sus ojos ni á los agenos: quando el zaherido esté muy cierto de tu estimacion y amor: quando los concurrentes aprecian y aman al zaherido como tú: quando por ese medio pudieses prometerte echar mas hondas raices en la verdadera amistad, ó dar vivas muestras de familiaridad, ó de mas sólida union y concordia. Como es tan difícil que

concurran estas condiciones en la sátira personal; es prudencia usar de ella rara vez ó nunca, mayormente quien no tiene ingenio para otra cosa.

CAPITULO L.

APOLOGISTAS DE SUS LIBROS.

El escritor que se propone solo la utilidad pública, debiera agradecer la impugnacion de sus libros, como un medio de aclarar las verdades obscuras, ó de consolidar mas las evidentes.

Si estuvieras convencido de la flaqueza del entendimiento humano, y en especial del tuyo, no extrañarias ser acusado de equivocaciones, de preocupaciones ó engaños.

Si tuvieses mortificado el amor propio, no hallarias distincion entre la censura de tus libros y la de los agenos.

Desde que publicas un libro, debes mirarle con tanta indiferencia como los de otro. ¿Pusiste tus observaciones y

meditaciones en manos del público? no extrañes que él las juzgue.

El escritor hace á todos por medio de su obra un donativo del fruto de sus estudios. El que procede en esto sin ambicion ni interes, por pura liberalidad, se contenta con haber hecho al público este servicio, y no se pasa ansia de la buena ó mala acogida que tuviese.

Mientras está tu libro en tu poder, es propiedad tuya; en publicándole, te despojas de ella, exponiéndote á impugnaciones justas ó injustas, conforme sean las manos en que cayere [1]. Esta censura solo puede evitarla ó templarla la prudencia, la modestia, la discrecion y el buen juicio de tus lectores.

¿Por qué te hiere ménos una censura injusta de un libro bueno si es de otro, que una censura justa de un libro malo ó mediano si es tuyo? Estudia tu corazon, y hallarás aclarado este enigma.

1 *Cùm semel à te carmen profectum est, jus omne perdidisti: oratio publicata, res libera est.* Auson. lib. 1. epist. 31.

Quanto mas alta idea tengas de tu obra, tanto mas doloroso te será verla impugnada.

Rara vez se borra en el vano escritor la humillacion de ser impugnado, aun quando el censor use con él de la mas fina cortesanía y aun de indulgencia.

Si algunos escritores no dieran tantas muestras de delicadeza y de resentimiento, habria mas franqueza en los que pudieran ser justos censores de sus yerros ó correctores de su inexâctitud.

Dicen que es oficio arriesgado el del impugnador. La mayor parte de este riesgo nace de los mismos autores.

Antes de calificar de injusta la impugnacion de tu libro, exâmina si eres presuntuoso, si te prometes de tu talento obras acabadas que no tengan defecto.

Por maligno que sea tu impugnador, si lees sus observaciones con imparcialidad, aprenderás de él cautela, modestia, y otras cosas que tal vez ignorabas, ó no sabias bien al escribir tu libro.

Si fueses humilde, sacarias gran partido de las impugnaciones de tus libros para tí y para tus censores.

De ellas te aprovecharias para estudiar tu flaqueza, para corregir con docilidad tus yerros, para instruir ó amansar á tus enemigos, para combatir la insolencia sin herir al insolente, para honrar y amar á los mismos que te censuran con acrimonia y aun con injusticia.

Muchos se han envanecido con las alabanzas justas de sus obras, y se han humillado con las censuras injustas [1].

Apenas hay libro que no tenga alabanzas justas ó injustas, censuras moderadas ó desmedidas. No he visto á ningun escritor quejarse de la exâgeracion con que muchos le alaban; y he visto á algunos dolerse hasta de la moderacion con que los impugna uno solo.

Algunos, temiendo ser impugnados, desisten del proyecto de escribir ó de

1 *Qui exire foras per laudes potuit, repulsus contumeliis ad seipsum redit.* S. Greg. M. in cap. XII. B. Job lib. X. cap. XXVIII.

imprimir sus libros. Otros quieren exîmirse de las impugnaciones, pidiendo anticipadamente perdon de sus yerros. Los primeros, por punto general, son mas prudentes que cobardes. Los segundos á nadie causan lástima, ni precaven con su humildad la censura, si la merecen.

La impugnacion juiciosa de un libro frustra el fin del que le escribió por adquirir fama de docto ó por otro respeto temporal. Con este escarmiento aprenden algunos que la composicion é impresion de sus libros debió nacer de ánimo recto y bien intencionado, y no interesado. Aun á estos les queda el recurso de usar bien de esta saludable confusion.

CAPITULO LI.

DISPUTAS EN LA CONVERSACION.

No te opongas ligeramente á lo que dicen otros, á no ser quando interesa en ello la verdad, la caridad, ó la justicia.

No toda verdad pide defensa, ni todo engaño impugnacion. Jesucristo siendo, como es, la misma verdad, dexó correr los grandes errores que habia en el mundo en la historia, en la física, y en otras ciencias naturales.

Si los que saben mas que el vulgo, no tuviesen discrecion y tolerancia, seria el trato humano una guerra perpetua de conseqüencias funestísimas.

Templa siempre la contradiccion con palabras moderadas y blandas: *labia justi considerant placita* [1].

Harto duro es al hombre confesar su yerro; no hagas mas violenta esta confesion de tu próximo con la dureza de tus palabras: *sermo durus suscitat furorem* [2].

Algunos contradicen, porque presumen saber mas que el que habla, ó desean ser tenidos por mas doctos que él ó por ingeniosos. Esta es la pelea de los hijos del siglo. A estos comprehende

1 Prov. x. 32. 2 Prov. xv. 1.

aquella sentencia: *homo perversus suscitat lites* [1].

Observa tu interior, y te hallarás deseoso de hacer frente al que es oido con aceptacion, ó habla con cierto ascendiente y presuncion de sí mismo. Nace esto de que tu soberbia no puede sufrir la del otro.

He visto sobre especies frívolas armarse grandes controversias, sin mas fin que estorbar y enturbiar la gloria que iba á ganar el que hablaba.

Evita toda contestacion sobre materias impertinentes é inútiles, porque de aquí nace division de los ánimos, con menoscabo de la caridad y de la justicia.

El docto prudente no entra voluntariamente en disputas, es moderado en sus palabras, y enseña sufriendo [2].

1 Prov. xvi. 28.

2 *Stultas autem, et sine disciplinâ quaestiones devita; sciens quia generant lites. Servum autem Domini non oportet litigare: sed mansuetum esse ad omnes, docibilem, patientem.* II. Tim. II. 23. 24.

Si concordases la ciencia con la humildad y la caridad, hallarias el medio de persuadir á otros sin quebrantar la paz y concordia [1].

El docto prudente, mas gustoso entra en disputa con uno, que con muchos; y mejor á solas con él, que delante de otros: porque es mas fácil persuadir ó desengañar al hombre, quando no se ve obligado á confesar delante de muchos que es ignorante.

El docto vano quiere testigos de sus disputas: porque como se promete victoria, desea que se la haga mas gloriosa el aplauso de muchos.

Las controversias de cosas serias é importantes es mejor que las tengas delante de personas de probidad y letras; no sea que tu contrario quiera ser juez y parte á un tiempo.

Hay lances en que oponerse al pa-

1 *Idem sapiatis, eamdem charitatem habentes, unanimes, id ipsum sentientes, nihil per contentionem, neque per inanem gloriam.* Philipp. II. 2. 3.

recer ageno, trae resentimientos, desafectos ó juicios temerarios. La contradiccion del sabio suele irritar al necio, y no instruirle. En habiendo estos inconvenientes, no solo estás libre de impugnar las opiniones humanas, mas la caridad te obliga á no hacerlo: *noli arguere derisorem, ne oderit tè* [1].

No digas á nadie confidencialmente, callo por prudencia. Porque este es un desahogo inútil del amor propio, del qual resulta el descrédito ageno y los demas daños que quisiste evitar con tu silencio. El que por modestia dexa de impugnar una falsedad, merece elogio de docto y de prudente; y el orgulloso quisiera hallar á lo ménos uno que conociese en él estas prendas. No basta que tengas freno para callar en estos casos, mortifica tambien el deseo de mostrar por que callas. Sin que hagas tú alarde de esa prudencia, á su tiempo la divulgarán otros con edificacion suya, si eres

1 Prov. IX. 8.

humilde. Porque escrito está que el hombre sensato callará hasta cierto tiempo, y entónces se emplearán muchos en publicar su prudencia [1].

Honra del docto es buscar la verdad pacíficamente, evitando contiendas [2].

El docto prudente huye contestaciones con necios, por no exponer la verdad á su burla [3].

El verdadero sabio no expone la paz de muchos, por el desengaño de uno solo.

Prudencia es impugnar dudando, ó proponer la propia opinion con la suavidad y modestia con que suelen hablar los pequeños á los grandes. Pues por indocto que sea tu contrario, pide

1 *Bonus sensus usque ad tempus abscondet verba illius, et labia multorum enarrabunt sensum illius.* Eccli. IX. 30.

2 *Honor est homini, qui separat se à contentionibus.* Prov. XX. 3.

3 *In auribus insipientium ne loquaris: quia despicient doctrinam eloquii tui.* Prov. XXIII. 9.

la humildad que le mires como superior á tí en el reyno de Dios. Justo es que por la caridad y el amor de la paz hagan en el trato civil los literatos, lo que suelen hacer aun los muy rudos por su propio interes.

Muchas veces por hacerte docto, has parecido á otros ignorante: porque hay casos en que el silencio del docto es la verdadera prueba de su sabiduría [1].

Quando disputes, atiende bien las circunstancias de los presentes, si son indoctos ó literatos, si modestos ó vanos. Porque de todo debes aprovecharte en favor de la causa que defiendes, si es justa.

CAPITULO LII.

MODESTIA LITERARIA.

No confieses en ciertas cosas tu ignorancia para adquirir por el mérito de

1 *Est qui stultus apparuit postquam elevatus est in sublime: si enim intellexisset, ori suo imposuiset manum.* Prov. xxx. 32.

esta confesion una gloria que no tendrias mostrando que las sabes. Tampoco disimules tus conocimientos para templar con esta aparente humildad el orgullo de otros, obligándolos con artificioso desinteres á que hagan justicia á tu mérito.

Las opiniones que no apruebes, impúgnalas con tal modestia, que te muestres dispuesto á abrazarlas si te convenciesen sus fundamentos.

Si no fueres modesto en proponer tus opiniones, apenas hallarás quien te manifieste libremente las suyas; porque el fasto literario retrae á los humildes, y los hace cautos para conservar la paz.

Quando alguno te elogie, teme no sea adulacion la que parece verdadera alabanza. Tal vez habrá quien tenga malignidad para adularte en lo que yerras, y no tenga ingenuidad para alabarte en lo que aciertas. La alabanza podrá exponerte á que te envanezcas; mas la adulacion, dorando lo que merecia re-

prehension, te quita los medios de corregirlo.

No te tengas por modesto, mientras no lo seas para con los que desestiman tu talento, ó deprimen tu mérito. Fácilmente se hace modesto aun el vano para con los que le muestran estimacion. Bien sabes tú que nada pierdes con confesarte necio delante de los que te conocen y aprecian por docto. Mas viendo desconocido ó perseguido su mérito, pensar y hablar modestamente de sí mismo, solo lo hace el docto que es humilde.

Fácilmente sigue el camino de la modestia, el que ha llegado á la cumbre de la sabiduría: *spontè flectitur sapientia, quae eminet* [1].

Aquel es modesto en la conversacion, que mas procura hacer que los otros juzguen bien de las cosas que trata, que de sí mismo.

1 S. Greg. M. in cap. XII. B. Job lib. X. cap. XXVI.

No olvides nunca que la modestia del docto que habla ó escribe, modera la fuerza de las preocupaciones agenas, allana los senderos de la persuasion, y da á la verdad un nuevo vigor y ornamento.

No basta que seas modesto por temperamento, aspira á serlo por virtud: de esta suerte será mas útil tu ciencia, y tú mas amado.

La modestia preserva de desprecio al indocto; mas no siempre libra al docto de toda envidia. Procura pues ser modesto por ser virtuoso: así tendrás seguro el premio de Dios, y muchas veces tambien de los hombres.

La verdadera modestia podrá encubrir parte de tu mérito; mas á lo que no pudieres ocultar, le dará un nuevo esplendor haciéndolo amable.

El mérito modesto pierde al parecer, ocultándose á los ignorantes: pero gana realmente, grangeándose el amor de los sabios.

A veces la falsa modestia se gran-

gea la estimacion del mundo. Dios no aprueba la modestia exterior, si no va acompañada de humildad.

Muy ridículo es el necio presuntuoso, mayormente si afecta modestia. Grande auxílio es de la modestia contentarse el literato con la aprobacion de los doctos, sin cuidarse del juicio de los indoctos [1].

CAPITULO LIII.

AMBICION LITERARIA.

Las letras que elevan al docto sobre el indocto, le sirven de tentacion para que aspire á un lugar eminente aun entre los doctos.

Nadie se tiene por adocenado en su profesion, nadie quiere ser igualado á los ínfimos ni á los medianos, cada qual

1 *Eruditis contentus auribus, non magnoperè cures, quid imperitorum de ingenio tuo rumusculi jactitent.* S. Hieron. ad Pammach. epist. LXVI. n. 9.

desea para sí la superioridad, porque por ella se promete preferencia en la estimacion y admiracion pública.

La verdadera raiz de esta ambicion es la vanidad. El talento, junto á la alta idea que tiene de sí el literato, hacen que de vano pase á ser ambicioso. Parécete esta ambicion una vanidad mas noble que la comun. Yo te digo que es agena aun de la virtud y de la sabiduría gentílica, é incompatible con la virtud y la sabiduría evangélica.

El literato vano es mas débil, y suele ser mas pueril que el ambicioso; pero este es comunmente mas intolerable, y siempre mas ridículo.

No hay vicio mas generalmente aborrecido que la vanidad, porque el vano es odiado de los vanos, y estos son muchos. Lo mismo sucede á proporcion con los ambiciosos: *quid tam inglorium, quàm gloriae cupidum deprehendi* [1]?

El docto ambicioso desprecia al ne-

1 S. Bern. epist. 126.

cio, aunque sea presumido; y suele deprimir al sabio, aunque sea modesto.

El que quiere parecer sabio sin procurar la sabiduría, es semejante al que se contenta con parecer dichoso, sin tratar de serlo: *quales haberi volumus, tales simus.*

Si hablases sin rebozo el lenguage interior de tu ambicion, serias tenido por el mas descortés y grosero del mundo; apenas habria hombre cuerdo que te sufriese: ¿quanto mas insufrible serás á los ojos de Dios que te lee los mas ocultos pensamientos?

Alabaríate la religion, si aspirases á ser mas docto que los demas para ser mas útil, y para dar á Dios buena cuenta de tu talento. Mas no procurando ser mas docto, tratar solo de parecerlo, es robar la alabanza debida al mérito, y no á la presuncion.

Hay doctos moderados en lo exterior, que en su ánimo aspiran al primer asiento. Tienen cortesía de palabras para posponerse á los demas: mas con este

velo ocultan la preferencia que se dan ellos mismos [1]. Muestran desagrado si los alaban, mas no llevan en paz que los vituperen. En adulando su ciencia, son modestos; en deprimiéndola, furiosos.

Un docto lleno de la opinion de su mérito, fácilmente cree que le tratan todos con injusticia. No se contenta con saber mas que los otros, quiere que lo conozcan, y conforme á esto le honren. De esta suerte el orgullo del docto insensato viene á cebarse con las equivocaciones agenas, y con los sueños é ilusiones de su propia fantasía.

Si quieres precaver este estrago, modera el excesivo amor de la honra literaria, aprendiendo en la escuela de la humildad la sabiduría pacífica, que busca á Dios en todo.

Fácilmente se echa de ver la am-

1 *Saepè vanamgloriam contemnendo, in aliud genus elationis inciditur, dum in se quis gloriatur, pro eo quod contemnat ab hominibus laudem.* S. Isidor. sent. lib. III. cap. 28.

bicion literaria. Apenas se conoce el verdadero mérito sin envidia, y la presuncion del que le tiene, sin odio. Rivales hay para la fama de literatura, como para los premios de ella; de suerte que donde buscas medios para hacerte famoso, los hallas para hacerte aborrecible: *unde gloriosus, inde odiosus* [1].

Lo contrario sucede al docto humilde; resalta mas su doctrina, quanto mas huye de ser alabado por ella. De Nepociano dice S. Gerónimo: *eruditionis gloriam declinando, eruditissimus habebatur* [2].

Vicio farisayco es apetecer nombre y opinion de docto, y la preferencia exterior debida á la doctrina: *vocari ab hominibus Rabbi* [3]. Funestísima es esta tentacion para los literatos imperfectos y débiles. A este número pertenezco, si exîjo esta honra con altivez, si la con-

1 S. Bern. de diversis serm. XLII. n. 3.
2 S. Hieron. ad Heliodor. ep. IX. n. 10.
3 Matth. XXIII. 7.

servo con apego, si la promuevo con ardor, si la pierdo con dolor, si la procuro recobrar con encarnizamiento.

La persuasion que tienes de ser docto, y el deseo de parecerlo, te quitará muchas veces la paz interior, y siempre la humildad: *vae qui sapientes estis in oculis vestris* [1]! Si meditases un poco, hallarias que por ventura no hay bien mas mezclado de sinsabores y de peligros, que la gloria literaria. No está en tí, y por consiguiente no puede hacerte dichoso, un bien que pende de la opinion agena.

La ambicion literaria es como la otra, no conoce límites, con nada se contenta: desea primero opinion, despues alabanza, luego admiracion: de aquí pasa el deseo de la singularidad. Conforme va subiendo estos escalones, disminuye la moderacion del literato, y le hace mas miserable.

No siempre que alabas á otro, mue-

1 Isai. v. 21.

re en tí el deseo de la gloria humana. Tal vez le alabas, porque él te alabe á tí, y para que el crédito que adquiere con tu alabanza, dé mayor peso á la que esperas tú de él.

¿Por qué te salen los colores al rostro quando te dicen que eres sabio, ó tienes gran talento? Porque al paso que te complaces en aquella alabanza, te causa rubor esa complacencia: y te causa rubor, porque bien conoces qué su orígen es vanidad. En los ojos se ve tu alegría, y en las mexillas tu afrenta: lo uno y lo otro es reprehension de tu orgullo [1].

Observa que mas fácilmente alabas á los literatos de quienes no temes rivalidad ó competencia. Resístese tu amor propio á ensalzar á los doctos que viven, á los nacionales, á los vanos, á los

1 *Adulatoribus nostris libenter favemus, et quamquam nos respondeamus indignos, et calidus rubor ora perfundat, attamen ad laudem suam intrinsecus anima laetatur.* S. Hieron. ad Eustoch. ep. XXII. n. 24.

que tienen crédito, á los que sobresalen en tu misma ciencia. Mas no halla tanta dificultad en alabar á los antiguos, á los extrangeros, á los difuntos, á los modestos, á los que otros deprimen, á los que hacen progreso por diverso camino.

No seria ménos vano un idiota que se tuviese por docto, que un docto mediano que se creyese sabio de primer orden; pero el segundo seria para tí más odioso. Porque el primero, quando mucho, se haria igual á tí; y el segundo querria ser superior á tí, la qual ambicion hallaria mayor resistencia.

Al literato vano le trae inquieto su misma ambicion, y le hace mas débil contra los esfuerzos de la soberbia [1].

Si tienes talento para enseñar, procura edificar con él, no buscándote á tí por medio de un don que te concede Dios para bien de otros. No seas de los

1 *Amator vanaegloriae unde possit semper laudari agere non quiescit, et subinde illi vires vanitatis pravus appetitus auget.* S. Isidor. sent. lib. III. cap. 23.

que dice S. Isidoro: *nec ut prosint sapientes sunt, sed ut sapientes videantur, docere student* [1].

Hay doctos que aborreciendo la singularidad, por falta de prudencia vienen á ser ó parecer singulares. Duélense de ciertos errores del vulgo, y por zelo de la verdad, sin obligarlos á ello su oficio, los impugnan. Regla es prudente no chocar contra las preocupaciones populares, quando nada tienen en sí malo ni dañoso, ó quando de su impugnacion se teme mayor riesgo.

Peligroso es seguir en el juicio de las cosas el parecer del vulgo. Mas tambien lo es hablar siempre al reves del vulgo en los yerros que no perjudican á la religion ni al bien público.

Mejor partido es contradecir instruyendo, que chocando. La instruccion oportuna allana los caminos de la persuasion, y no da sospecha de singularidad.

1 S. Isidor. sent. lib. III. cap. 41.

Especie es de necedad lisonjearse el docto de ser superior á los demas, ó el único que merece este nombre: *sibi de singularitate sapientiae blanditur ipsa fatuitas* [1].

CAPITULO LIV.

TONO DECISIVO.

Fácil es que el docto se crea en estado de hablar de lo que sabe, como maestro; fácil es tambien que el indocto se tenga por docto. De una y otra persuasion nace el tono magistral y decisivo. De aquí la peligrosa seguridad en el propio dictámen, el tratar á los otros con cierto dominio, como inferiores en la doctrina, ó como incapaces de alcanzarla, y el pretender que se tenga esta altivez por zelo de la verdad: *procacitas vocis pro veritatis libertate* [2].

1 S. Greg. M. in c. XII. B. Job lib. X. c. XXV.
2 S. Isidor. sent. lib. II. cap. 35.

Este ayre imperioso da indicios de propia satisfaccion y de afectada superioridad en la ciencia; por lo mismo es mirado con aversion de los que se creen libres para exâminar las opiniones agenas.

El hombre sensato accede al juicio de otro porque le aprueba, y siente que se le cierre la puerta á las dudas que sobre ello pudieran ocurrirle.

El tono decisivo retrae al que oye de mostrar su parecer, en lo qual padece menoscabo la verdad; porque suele saber mas el que calla por modestia, que el que habla pagado de su opinion.

El tono decisivo dispierta en los que oyen, si no son muy mortificados, un secreto deseo de contradecir al que habla, ó de mostrar que falta á la verdad, ó que exâgera: *qui se jactat, et dilatat, jurgia concitat* [1].

El lenguage de la soberbia, aun en boca del docto, hace desconfiados hasta

1 Prov. xxviii. 25.

los ignorantes de buena fe, por dóciles que sean.

Observa la cortedad de tu entendimiento, la obscuridad y confusion de tus ideas, el riesgo de que se mezclen con ellas tus pasiones; y serás cauto en dar crédito á tus juicios, y modesto en proponerlos.

Para hablar como maestro, no te basta ser docto, es necesario ademas que te tengan por tal tus oyentes. Puedes hacer esto con ménos riesgo, si te recomiendan la edad, la calidad ó la superioridad de tu estado. Porque estas prendas inspiran una cierta confianza, y quitan al ayre imperioso una gran parte de la sospecha que induce en los jóvenes, en los inferiores y en los de la ínfima plebe.

Aun en los superiores y ancianos edifican las palabras modestas y comedidas. No es mas respetado el superior docto, por hablar con imperio: porque el vulgo que no distingue, mira este ayre en todos como defecto; y rara vez

separa de él en las personas altas lo que tiene de ménos odioso.

Por docto que seas, habla siempre como si te oyese otro mas docto, de quien pudieses temer correccion ó censura.

El humilde en nada se atribuye tan claro conocimiento de la verdad, que no se crea necesitado de que otro le enseñe, ó expuesto á que otro le impugne.

Poco gana el que aprende de tí una verdad, si al mismo tiempo pierde por tí una virtud. Si le enseñas con ayre soberbio un teorema de geometría, saldrá de tu escuela mejor geómetra que entró; pero le expones á que salga ménos humilde.

A proporcion que el adelantado en las ciencias humanas, suele hacerse mas entonado en la conversacion y mas dominante; el que aprovecha en el conocimiento de Dios y de sí mismo, se hace mas cauto, mas moderado y mas propenso á callar. Porque el primero con el estudio de las criaturas está expuesto

á ensoberbecerse, y á llenarse de propia satisfaccion por lo que ha aprendido; y el segundo en el estudio de Dios y de sí ve la escasez, la obscuridad é incertidumbre de sus conocimientos, la facilidad con que yerra el hombre, y puede desviarse de la verdad, abusando de los mismos medios por donde la busca.

Conforme vayas entrando en la madura edad, verás una nueva luz que te represente como dudosas, ó como temerarias y falsas, opiniones que ahora defiendes como ciertas. Por eso es prudencia desconfiar en la juventud de máximas que no tienen apoyo conocido en la revelacion y en la recta razon. Porque el que inconsideradamente decide, inclinándose á lo que lisonjea las pasiones propias ó agenas, si no es entónces víctima de su temeridad, tiene que sufrir despues el torcedor del arrepentimiento: *qui inconsideratus est ad loquendum, sentiet mala*[1].

1 Prov. XIII. 3.

No seas delicado en la conversacion. Sufre al que te impugna con poco fundamento. Porque si le muestras aversion ó enojo, te expones á que aun quando no tengas razon, por no ofender tu delicadeza, te dexe en tu engaño.

El que muestra sincera gratitud al impugnador de sus opiniones, tiene mucho adelantado en el camino de la verdad.

Propenso es el hombre á la amistad de los que en todo siguen su parecer: á los otros, quando no huya de ellos, los trata con cierta frialdad y desvio. Por eso está mas dispuesto para la sabiduría el humilde que el soberbio.

CAPITULO LV.

AFECTACION.

Cuida de saber antes que de hablar. Las palabras deben ser correspondientes á las cosas. ¿Qué bien parecerá que

profieras errores ó desaciertos con palabras limadas? *Non decent stultum verba composita* [1].

Si hablas afectadamente por fingir moderacion, eres hipócrita: si por hacerte singular, eres ridiculamente vano.

El que solo habla para ostentar su talento, es comparable al que solo juega para ganar, que muchas veces no logra su fin, pues se levanta del juego perdiendo. Así como tiene sus reveses la avaricia, los tiene tambien la vanidad, y no duelen ménos.

La afectacion violenta la naturaleza del docto, y le hace parecer indocto.

El afectado no es feliz en sus proyectos, ni prudente en los medios: busca gloria, y halla desprecio. Lo contrario sucede al docto humilde: usa bien de las qualidades que posee, y no finge las que le faltan.

El docto que desea parecer mas,

1 Prov. xvii. 7.

tiene poco juicio y muy exâltado el amor propio.

Resuélvete á carecer de la alabanza que te prometes con la afectacion, y evitarás el vituperio de los sabios.

Si eres afectado, ni corregirás las faltas que tienes, ni adquirirás las buenas prendas de que careces. Porque regularmente el que aparenta lo que no tiene, pierde lo que tiene.

No fingieras, si fueses sabio: porque la sabiduría es amante de la verdad.

En vano ostentas doctrina, si eres necio: porque la necedad, aun dorada, se trasluce.

El que aspira á parecer mas de lo que es, ó parece ménos, ó dexa manchada su opinion en descubriéndose que finge. El docto prudente habla con cierta confianza, guarda siempre moderacion, no hace esfuerzos por ser conocido, y ménos por ser admirado ó alabado.

Apenas hay sabio que en lo que habla ó escribe, no deba contar con los rudos. Intolerable es el docto que no

comunica su ciencia, ó la envuelve con palabras obscuras. ¿Eres tu mas sabio que Salomon? Pues Salomon no se desdeñó de hablar de un modo inteligible á los indoctos: *cùm esset sapientissimus Ecclesiastes, docuit populum* [1].

Este exemplo siguiéron muchos santos que poseian el arte de hablar y de escribir, tratando con estilo llano materias útiles, y desechando las bagatelas aplaudidas de los imprudentes [2].

¿Qué juicio harias de una junta de literatos que hablasen con afectacion? Eso piensan otros de tí, quando les hablas del mismo modo.

Hay quien dice cosas muy triviales con ayre afectado y entonado, como pudiera las mas exôticas y dignas de atencion. Este tal da indicios de igno-

1 Eccles. XII. 9.

2 Salvian. Massil. lib. I. de Provid., praef. S. Aug. contra Crescon. lib. II. cap. I. S. Greg. M. ep. ad Leandr. hispal. praefix. Comment. Moral. in B. Job.

rancia, de vanidad, ó de poco ó ningun juicio.

El lenguage afectado, si se sostiene largo tiempo, fatiga al que oye; si no se sostiene, afrenta al que habla.

CAPITULO LVI.

FAMA PÓSTUMA.

Muchos literatos aspiran, como los héroes, á la gloria de la posteridad. Paréceles corta la fama de doctos, si no logran que se perpetúe. Porque la soberbia literaria no se contenta con medianías; procura, quanto es de su parte, dilatar en esta república la preeminencia y elevacion que cree haber merecido. Poco satisfecha con la estimacion pública de los presentes, se promete el nombre perpetuo que ofrece el mundo á pocos, y no da á nadie. He visto á alguno complacerse con la esperanza de esta fama, y al fin quedarse sin ella.

Este deseo de la fama póstuma se funda en la aventajada opinion que tienes de tí mismo, y en el desmedido amor de las criaturas.

Si fueses verdadero sabio, te afrentarias viéndote acometido de tan grosera soberbia.

Necio eres, si tienes soberbia; ¿con qué título pretendes que te honre la posteridad? *Indecens est stulto gloria* [1].

Vano eres é injusto, si te crees digno de una gloria que no se debe al talento, por grande que sea, sino al buen uso de él.

Compara lo poco que sabes, con lo mucho que ignoras, y entenderás la injusticia con que pretendes nombre perpetuo de sabio.

¿Quieres que los venideros piensen de tí como tú mismo, esto es, con engaño, con ilusion, con pasion? Eso es desear que la posteridad sea ciega ó injusta.

1 Prov. xxvi. 1.

Yerro es que te prometas de los venideros, lo que á tu parecer consigues de los presentes. Ahora tu autoridad y los respetos de tu persona hacen cautos á los lectores de tus libros: tal vez no faltará quien por propio interes lisonjee tu vanidad con elogios injustos que tú crees debidos á tu mérito. En muriendo tú, quedarán solos tus libros, y el lector sin respetos que le contengan.

¿Qué crees lograr con la fama perpetua de docto? Ser alabado por alguno una ó dos veces al año, ó una vez en la vida. Aun de los escritores difuntos de gran mérito, rara vez se ofrece ocasion de hablar. Hoy alabo á Cano ó á Cervántes, y luego se me pasan años sin acordarme de ellos. Miserable consuelo es este para quien tiene tanta vanidad.

Si este es el fin de tus tareas, en cierto modo igualas tu fama con la de los irracionales. Porque tambien de ellos despues de muertos, se cuentan

las habilidades que tuviéron [1].

¿Qué bien sólido podrá darte la fama póstuma? Las alabanzas humanas no hacen mas dichoso al que se salva, ni ménos desdichado al que se condena. En los fuegos eternos arden Quintiliano y Marcial, por mucho que alabes sus obras [2].

Piensa que la fama póstuma se ha de seguir á tu muerte, momento que te separará de este mundo para no saber mas de él ni de sus juicios: *mortui nihil noverunt amplius* [3].

Si te complaces en el parecer de los venideros, lograrás que esta imaginada aprobacion aumente tu flaqueza. Al paso que aprecies esta paja, mirarás con

1 *Si hic est finis omnium laborum tuorum, ut pace tuâ dixerim, quid habes amplius jumento? Siquidem et de tuo palefrido, cùm mortuus fuerit, perhibebitur, quia bonus fuit.* S. Bern. ep. CIV. n. 2.

2 *Nec sapientia, nec scientia erunt apud inferos.* Eccles. IX. 10.

3 Eccles. IX. 5.

hastío el grano de la justicia y de la voluntad de Dios, de donde nace la fortaleza del espíritu.

¿Esperas elogios de la agena eloqüencia? suele ser vana. ¿De la historia? puede ser infiel. ¿De la posteridad? es premio inútil. Procura ser docto por agradar y servir á Dios con tu ciencia, y tendrás seguro y sólido galardon.

Ensáyate á despreciar la fama póstuma, no haciendo caso de la alabanza presente.

Si pones tu estimacion en el juicio de otros, no te faltarán desprecios y vituperios. Porque no todos tienen ojos para ver el mérito ageno; aun algunos que le conocen, le envidian.

Uno mismo ha de ser el fin del docto y del indocto [1]. ¿Cómo te envaneces con la gloria humana, que se ha de seguir á este fin? Vanidad es esta pro-

1 *Moritur doctus, similiter ut indoctus.* Eccles. II. 16.

pia de gente simple. Porque igualmente se borrará la memoria del sabio, que la del ignorante: sobre unos y otros echarán el velo del olvido las edades venideras [1].

CAPITULO LVII.

APEGO Á LAS PROPIAS OPINIONES.

Ceder á las opiniones ó á los consejos de qualquiera, es volubilidad de ánimo: adherir tenazmente á la propia opinion, es encaprichamiento. Ambos extremos evita la firmeza razonable, que cede á la verdad, y es constante en sostenerla.

Ageno es de razon creer que piensas bien en todo, ó pretender que los demas lo crean. Al que está persuadido de lo uno ó de lo otro, poco le falta para ser incorregible.

El primer paso para corregir tus

1 *Non erit memoria sapientis similiter ut stulti in perpetuum, et futura tempora oblivione cuncta pariter operient.* Eccles. II. 16.

yerros, es creer que los tienes; el primer paso para creer que los tienes, es persuadirte de que los puedes tener.

El encaprichado adhiere á su parecer sin el debido exámen de las razones en que se funda el contrario, se da por ofendido del que le contradice, y al que no piensa como él, le tiene por enemigo de la verdad [1].

Apenas hay quien no tenga apego á su parecer, y no le mire como fundado y sólido. Complácese el hombre en las sentencias de su boca [2]. Porque lo que aprende él como cierto, lo mira como un caudal que le hace rico de ciencia, del qual no cree poder despojarse sin ser ó parecer pobre.

El docto, si no es humilde, aspira

1 *Duo sunt, quae in errore hominum difficillimè tolerantur, praesumptio prius quàm veritas pateat, et cùm jam patuerit, praesumptae defensio falsitatis.* S. Aug. de Trinit. lib. II. prooem.

2 *Laetatur homo in sententiâ oris sui.* Prov. XV. 23.

al dominio que podemos llamar literario, esto es, á ser mirado por los demas como superior en talento ó en doctrina.

Esta pretension se frustraria, si sus opiniones no fuesen tenidas por sólidas, esto es, si no las siguiesen los demas. Y como esta especie de señorío está sostenido por la soberbia del corazon, el amor propio insensiblemente toma tambien parte en las opiniones en que este señorío se funda, y trata con desprecio á las contrarias: *miratur sua, ridet aliena* [1].

El que contradice opiniones de otro, intenta convencerle de que está engañado, lo qual humilla al soberbio; ó mostrarle que sabe mas que él, lo qual irrita al envidioso. Pocos literatos hay que no se sientan de estas heridas hasta cierto punto; por eso la impugnacion de las opiniones suele criar odios ó resentimientos.

1 S. Greg. M. in cap. XII. B. Job lib. X. cap. XXV.

No muestres enojo contra el que no es de tu parecer, ó no se da por satisfecho con tus razones. Porque fácilmente se ofende el hombre, si le tratan de estúpido ó de encaprichado. Al que no convence la razon, ménos le convence la ira.

Otro riesgo tienen acerca de esto ciertos literatos virtuosos, que piensan baxamente de sí, y no tratan de ser ni de parecer mas doctos que los demas. Porque mezclando algunas de sus opiniones con el interes de la verdad y de la causa de Dios, muestran tenacidad en sostenerlas, y zelo excesivo contra el que no las sigue. Estos deben exâminar si este zelo va acompañado de pasion. Porque fácil es que se confunda un afecto con otro, y que se atribuya á la razon y á la piedad, lo que ambas reprueban. Observa que el amor propio adquiere nueva fuerza, quando tiene á mano un pretexto de piedad ó de zelo con que cubrirse.

Prudencia es exâminar bien las opi-

niones de otros, antes de contradecirlas. Hay opiniones defendidas por pocos, otras por muchos; unas son de particulares, otras de cuerpos ó familias.

Mira bien si tus razones son sólidas, proponlas siempre con moderacion, con desconfianza de tu propio juicio, trata con veneracion á los que no piensan como tú.

Sé cauto en impugnar á los de tu misma profesion, si quieres no merecer la nota de singular, de temerario ó presuntuoso.

Muchas veces conviene no mostrar desafecto á las opiniones de otros, por el bien de la paz. No todas las opiniones equivocadas son perjudiciales: el que quisiere sostener siempre la verdad, combatiria muchas veces la caridad.

El calor en sostener la propia opinion, suele ser indicio de ánimo apasionado. La templanza de las palabras deja á la verdad en toda su fuerza, y no induce sospecha contra el que la propone.

El apego á la propia opinion es una barrera para llegar á la verdad; porque no es fácil hacer frente al casado con su parecer. El prudente compadece al encaprichado, pero calla por la paz ó por otros respetos.

No culpes fácilmente al que se aparta de tu opinion, aunque sea verdadera. Muéstrale con amor la verdad, y compadécele sino es tan perspicaz como tú para conocerla, ó dócil para abrazarla. Tanto desmerece el ingenio indócil, como merece el dócil: *ingenium docile.... laudabile est* [1].

Los Santos mas doctos reciben con humildad la contradiccion de sus opiniones, y se alegran de verse corregidos [2].

Así como hay talentos débiles que

1 S. Hieron. ad Paulin. epist. III. n. 3.

2 *Paratissimus (sum) si quid te in meis scriptis moverit, fraternè accipere quod contra sentias, aut de correctione meâ, aut de ipsâ tuâ benevolentiâ gavisurus.* S. Aug. ep. ad S. Hieron. inter hieronymian. CI. n. 2.

adoptan sin exámen lo que otros defienden, así hay talentos malignos que por soberbia lo impugnan. Los primeros merecen compasion, los segundos reprehension: los unos fomentan ciertas preocupaciones de la sociedad, los otros siembran en ella discordia. El docto teme ambos escollos, pero mas el segundo.

CAPITULO LVIII.

LIBROS DE GENTILES.

Si en los libros de los filósofos gentiles hallases alguna verdad útil á las costumbres, tenla por tomada de los monumentos de la verdadera religion [1]. Nuestras son las doctrinas verdaderas, que tanto crédito diéron á las escuelas del paganismo [2].

1 *Ea, quae in Philosophiae libris mirantur, translata de nostris.* S. Ambros. de bono mortis cap. x. n. 45.

2 *Nostra sunt itaque, quae in philosophorum litteris praestant.* S. Ambros. ib. cap. xi. n. 51.

De la Escritura tomáron Platon y Sócrates que debemos seguir á Dios: mejor que ellos explicáron Moyses y David el verdadero sentido de aquella palabra: *todo sabio es libre, todo necio es siervo* [1]. En el Génesis está manifiesto el fin y el auxîlio de la humana sociedad, mal glosado despues, y desfigurado por insignes filósofos [2]. De Salomon aprendiéron Tulio y Aristóteles el socorro que debe darse á los desvalidos [3]. De Job copió Sófocles la suprema dominacion y autoridad de Dios sobre las cosas humanas [4]. Dixo otro que la vida del sabio es una meditacion de la muerte. ¿Quanto mas valiente es la palabra del Apóstol: *muriendo estoy todos los dias?* Porque ménos es vivir temiendo la muerte, que morir esperando

1 S. Ambros. epist. class. I. epist. XXXVII. n. 4. seq.

2 Id. de offi. ministr. lib. I. cap. XXVIII. n. 133. seq.

3 Id. ib. cap. XXXVI. n. 178. 179.

4 Id. epist. class. I. epist. XXXVII. n. 28.

la vida: *agnoscant ergo de nostris se habere, quaecumque praestantiora loquuti sunt* [1].

Loable prudencia es alegar en ciertos casos sentencias de gentiles para dar nuevo crédito á las verdades morales, ó para afrentar á los fieles que no las siguen. De esto hay exemplos en los libros de los Santos, y aun en la misma Escritura [2].

Toda la verdad dicha por gentiles, la aclara, la eleva, y la santifica la religion.

Los gentiles pudiéron presentar la verdad á los ojos: introducirla en el corazon para que prenda en él y fruc-

1 S. Ambros. epist. class. I. epist. XXXVII. n. 28.

2 *Si quis contrà licitum putat colorem disputationis ejusmodi à poeticis fabulis derivatum.... agnoscat non solùm sententias, sed etiam versiculos poetarum scripturis insertos esse divinis.* S. Ambros. de Fide lib. III. cap. I. n. 3. *Quis enim nesciat et in Moyse, et in Prophetarum voluminibus quaedam assumpta de gentilium libris?* S. Hieron. ad Magn. ep. LXX. n. 1.

tifique, es obra de Jesucristo.

Hay máxîmas que en boca de un gentil son falsas, y verdaderas en boca de un cristiano. Al contrario lo que da por falso nuestra santa religion, en boca de nadie es verdadero.

Los libros de los gentiles leidos con fe y con piedad, muestran claramente la ceguera del hombre, y la necesidad de la luz de Dios para disipar sus tinieblas.

A algunos embelesa en los libros de gentiles el aparato y adorno de sus palabras: y retrae de la leccion de la divina Escritura su estilo al parecer humilde. Estos quedarán llenos de la paja de la eloqüencia terrena, y vacíos del grano de la doctrina celestial. El verdadero literato no busca en los libros la falsedad adornada, sino la verdad sencilla.

CAPITULO LIX.

LIBROS MALOS.

Estragado está en el hombre el gusto del espíritu. ¿Quantas veces has bebido veneno con deleyte? He visto jóvenes incautos buscar y leer con afan libros muy contrarios á la verdad, y muy ruinosos á la honestidad de las costumbres. Preservativo es de esta corrupcion, la luz de la fe y la vigilancia cristiana.

Quando una plaza está sitiada, se procura que nada entre en ella contrario ni sospechoso. Cercado estás tú de ciertos enemigos, cuyas armas son esos libros á que ábres las puertas de tu espíritu con tanta franqueza: *custos animae suae servat viam suam* [1].

Sé tan cauto en la eleccion de libros, como en la de amigos: porque no se pegan ménos los vicios con la lectura, que con el trato.

1 Prov. xvi. 17.

La quema de todos los libros malos seria una verdadera riqueza para las letras y para las costumbres. El gusto viciado prefiere á lo útil lo agradable, aunque sea dañoso. Son pocos los que se hacen cautos con la experiencia de este daño; no solo se leen los libros malos que no se conocen, sino tambien los que se conocen.

Hay libros notoriamente malos, cuyo veneno es fácil de advertir: en otros está oculto con artificio. Hay tambien hombres perspicaces y doctos que distinguen el bien del mal: otros son tardos, y poco instruidos. Aun los mayores literatos deben armarse de la luz que no tienen, y del temor de la propia flaqueza: mucho mas los rudos. Por desgracia sucede al reves: los verdaderos sabios proceden en esto con suma cautela, los necios no temen ni se paran en nada: *sapiens timet, et declinat à malo: stultus transilit, et confidit* [1].

1 Prov. XIV. 16.

Aun algunos libros que se llaman buenos, tienen algo que puede ser malo para tí. No es menester para eso que enseñen errores; basta que resalte en ellos la inexâctitud del autor, su falta de zelo por la piedad, el apego á las propias opiniones, la amargura en impugnar las agenas; y digo lo mismo de otros efectos de la humana corrupcion que se echan de ver en nuestros escritos, no ménos que en nuestras obras. Estudia pues con precaucion los libros de los hombres, no sea que se te peguen sus vicios.

Diciéndole yo á uno, ¿por qué no lees libros buenos? me respondió: ¿cómo he de leer todo lo que hay escrito? Tú mismo te condenas, le repliqué; ya que no puedes leerlo todo, sea bueno lo poco que lees.

Por tu propia corrupcion ó ignorancia puedes sacar daño aun de los libros que no son malos, aplicando indebidamente las verdades que enseñan, ó despreciándolas por los defectos de estilo, de órden, ó de exâctitud con que

estan escritas, ó tal vez teniéndolas por errores.

Por docto y virtuoso que seas, no te juzgues en estado de leer libros malos. Si deseas conservar puro tu corazon, teme dar en él entrada á especies contrarias á la piedad y á las buenas costumbres. Si dices, soy fuerte; te preguntaré yo, ¿eres humilde? Si no lo eres, no eres fuerte; porque la fortaleza cristiana consiste en que se tenga el hombre por flaco, y no se fie de sí mismo. Y si eres humilde, yo aseguro que huirás de los libros malos como de las víboras.

En algunos es deuda de justicia ó de caridad leer libros que se teme ser malos, para que conocidos, se pueda evitar el que otros los lean, como de sí lo dice S. Ambrosio: *legimus aliqua, ne legantur* [1]: ó para averiguar sus errores: *legimus, ne ignoremus:* no para seguirlos, sino para detestarlos y com-ba-

1 S. Ambros. in Luc. lib. 1. n. 2.

tirlos: *non ut teneamus, sed ut repudiemus.* Porque conviene que los maestros de la religion conozcan los sofismas de sus orgullosos enemigos: *ut sciamus qualia sint, in quibus magnifici isti cor exaltant suum.*

Tambien pueden ciertas personas y en ciertos casos leer libros malos, para entresacar de ellos lo bueno que tuvieren, dexando lo malo: *ut bona eorum eligamus, vitemusque contraria* [1]. Porque la verdad, donde quiera que esté, es patrimonio de la religion. Mas si de tal manera está mezclado lo malo con lo bueno, que no puede sacarse fruto de esta lectura; mas quiero ser rústico con piedad, que blasfemo con erudicion: *libentiùs piam rusticitatem, quàm doctam blasphemiam eligam.*

1 S. Hieron. ad Tranquillin. ep. LXII. n. 2.

CAPITULO LX.

LIBROS DE DIVERSION.

No deben mirarse como superfluos los libros que sirven para recrear el ánimo, con tal que no contengan cosas falsas ó dañosas. Al ánimo cansado le viene bien un poco de alivio, no ménos que al cuerpo: este alivio le da la prudencia, y le sazona la religion.

La lectura de libros agradables llena los ratos ociosos, evita el mal uso del tiempo, y á algunos desaplicados suele inspirarles aficion á leer; los cuales fácilmente pueden pasar de los libros agradables á otros que sean juntamente instructivos.

Loable es el que escribiendo libros de diversion para lectores superficiales, intercala oportunamente máximas sabias que los pongan en una suave precision de instruirse.

Los que escriben libros de pura di-

version, estan expuestos á no alcanzar la gloria que les promete su vanidad. Puede muy bien un libro ser divertido sin ser estimado, y por consiguiente sin serlo su autor; y de esto hay exemplos.

Si lees libros de pura diversion, quedará tu alma hambrienta, aunque á tu parecer adornada; si lees libros instructivos, quedará alimentada.

El lector sensato, aun para su diversion busca libros instructivos; porque no le divierte sino lo que le hace mas docto.

Hay quien alaba mucho los libros útiles, mas no lee sino los agradables. Este es semejante al que aprecia á los hombres de mérito, mas no los quiere junto á sí.

Otros leen los libros útiles, como suelen hacerse las visitas á ciertos personages, de prisa y por pura ceremonia, deseando volver á los amigos, en cuyo trato las horas parecen minutos.

No te creas docto, porque te diviertan las bellezas de ciertas obras agradables. Los libros de pura diversion son

como el juego, que muchas veces le entienden mejor y se divierten mas en él los mas ignorantes.

CAPITULO LXI.

LIBROS NUEVOS.

El escribir libros es cosa que nunca se acaba [1]. Ocasion es de los libros nuevos la mudanza de las lenguas y de las costumbres, y el descubrimiento de cosas desconocidas. Nuevas gentes, diversos usos, distintas leyes, piden libros nuevos de historia, de ciencias naturales, de jurisprudencia, de economía civil y política.

Mientras subsista el mundo, habrá necesidad de nuevos libros, acomodados á las nuevas generaciones de los hombres.

Hay materias de suyo inagotables, unas por su abundancia, otras por su

1. Eccles. XII. 12.

obscuridad. Por donde es inexcusable el que escribe sobre cosas triviales, si son inútiles.

Quando escribas algun libro, no te propongas aumentar las bibliotecas, sino enriquecerlas.

Aun la religion y la piedad de suyo invariable, pide tambien escritos que la defiendan contra sus enemigos, y la promuevan entre sus sequaces. No consiente novedad en la doctrina, mas autoriza la novedad en el modo de proponerla [1]. De la verdad siempre una, saca á exemplo de los Santos, reglas de vida para moderàr las nuevas inclinaciones, para combatir los nuevos errores, para declarar el nuevo órden introducido en la exterior disciplina.

Conveniente es que las verdades importantes se repitan en muchos li-

1 *Utile est plures libros à pluribus fieri diverso stilo, non diversâ fide, etiam de quaestionibus iisdem, ut ad plurimos res ipsa deveniat, ad alios sic, ad alios autem sic.* S. Aug. de Trin. lib. I. cap. III.

bros: aun el que las sabe, gusta de renovar su memoria: el provecho de recordar cosas útiles, es preferible al placer de aprender cosas nuevas.

Podrán decirte que repites lo que otros han dicho. Si son especies provechosas, responde que te contentas con dar ocasion á que se recuerden.

Todo está ya escrito, dice un varon docto, y sin embargo quedan muchas obras por hacer: todo está ya dicho, mas no todo se ha dicho como debiera decirse: sobre todas las cosas se ha escrito; mas para instruirse en un solo ramo, es menester leer infinitos libros. Gran servicio haria á las letras el que juntase en un solo libro lo mejor que se ha pensado sobre cada materia.

No son inútiles las ideas ménos perfectas, así como no estan demas en el mundo las criaturas ménos nobles. Como no todos los lectores son de igual talento; si todos los libros fuesen sublimes, se quedarian los medianos y los ín-

fimos sin la conveniente instruccion.

Si tu talento es de primer órden, escribe libros sublimes que contenten á tus iguales para su provecho. Mas dexa para los demas los libros que han escrito otros semejantes á ellos, ó que se han hecho semejantes por la caridad, siendo superiores.

No creas ligeramente que te hallas en estado de imitar la prodigiosa fecundidad de los escritores de primer órden, que en corta vida ilustráron el mundo con muchos libros buenos. De este exemplo han abusado con daño suyo y ageno algunos inferiores á ellos en talento, ó en aplicacion, ó en espíritu, cuidando mas de escribir mucho, que de escribir bien.

CAPITULO LXII.

LEER SIN MEDITAR.

Aun en la lectura de buenos libros puede mezclarse curiosidad, nacida de lige-

reza del ánimo. Muy general es el deseo que tienen los literatos de saber todo lo que se ha escrito de bueno en qualquiera línea. Resulta de aquí que algunos atraidos del ansia de nuevas verdades, leen de prisa, y pasan corriendo por cosas que si no se meditan detenidamente, no aprovechan.

Miseria grande es que llenándose el entendimiento de nueva luz, pierda la voluntad el calor que arroja de sí esta luz quando es admitida en ella. Ataja este deseo de saber mas, contento con aprovecharte de lo que aprendes.

Mas vale leer poco con fruto, que mucho sin fruto: *lege multum, non multa.* La verdad es alimento del alma, y debe ser tratada como el manjar en la boca del hombre templado, que no le traga hasta haberle mascado bien.

Es cosa averiguada, que quien no detiene la verdad en su espíritu meditándola, no llega á ser sabio en ninguna línea. Buena es la miel, mas no conviene comer mucha de una vez,

no sea que se vomite [1].

No está todo el fruto de la lectura en retener lo que lees, sino en aprender á pensar. A algunos he visto conservar libros enteros en la memoria, y ser de entendimiento débil; porque la fortaleza del ánimo no consiste en la multitud de ideas, sino en la meditacion de la verdad.

La lectura que ocupa tu memoria, y no alimenta tu ánimo, es como la biblioteca, que adorna tu gabinete, y no te hace á tí docto.

Hay quien prefiere el gusto de aprender, á la gloria de saber: otros quisieran no tener memoria, para poder leer muchas veces un mismo libro con igual gusto que la primera. Esto será tolerable en la lectura de pura curiosidad. La verdad merece ser leida para grabarla en el ánimo; no para buscar en ella el placer de la novedad, sino el fruto [2].

1 *Mel invenisti, comede quod sufficit tibi, ne fortè satiatus, evomas illud.* Prov. xxv. 16.

2 *Nihil enim prodest multa legisse, nisi in-*

Muchos culpan á un escritor, porque no entienden su libro. Debieran antes exâminar si le leen con la debida atencion.

Por ventura son tan raros los buenos lectores, como los buenos autores.

No esperes que el libro te dé la meditacion con que debes leerle: prepárate tú antes con ella. A proporcion que leyéndole reflexîones mas ó ménos, sacarás mas ó ménos fruto de su lectura. Al ciego de nada le sirve la mas viva luz; porque para ver, ademas de la luz, son necesarios ojos: al que los tiene sanos, le basta el menor grado de luz para ver.

El tardo ingenio se aumenta con la continua lectura, acompañada de meditacion.

Mucho ayuda á la meditacion el leer callando. Porque el silencio impide la fatiga del cuerpo, y conserva

telligas ipse quae legeris S. Ambros. in Ps. CXVIII. serm. X. n. 19.

el recogimiento del ánimo [1].

S. Agustin dice que siempre vió leer así á S. Ambrosio [2], notando el fruto que sacaba de este silencio [3].

CAPITULO LXIII.

BIBLIOTECAS.

¿Tienes ansia por juntar muchos libros? exâmina si los buscas por curiosidad ó por vanidad: si te sirve la coleccion de libros, como la de pinturas ó de estatuas á otros aficionados.

Parte del tiempo que gastas en alle-

1 *Acceptabilior est sensibus lectio tacita, quàm aperta: amplius enim intellectus instruitur, quando vox legentis quiesçit, et silentio lingua movetur. Nam clarè legendo, et corpus lassatur, et vocis acumen obtunditur.* S. Isidor. sent. lib. III. cap. 14.

2 *Sic eum legentem vidimus tacitè, et aliter numquam.* S. Aug. confess. lib. VI. cap. 3.

3 *Oculi ducebantur per paginas, et cor intellectum rimabatur, vox autem et lingua quiescebant.* Id. ib.

gar nuevos libros, empléala en estudiar los que tienes.

El que allega libros que no han de aumentar su instruccion, es tan poco cuerdo, como el que llena su casa de muebles inútiles.

No te pagues de la multitud de volúmenes, sino de su calidad. Algunas bibliotecas hay célebres, que se parecen al mundo en que los necios son mas que los sabios.

Si no te excedes en la multitud de libros, puedes excederte en la rareza de la ediciones, en el primor de las enquadernaciones, en la finura y en los adornos de los estantes.

He visto hacer gala de bibliotecas exquisitas y curiosas, y al mismo tiempo descuidadas y no disfrutadas de nadie.

Loable es la limosna de libros, como la de otras riquezas: porque no dexa de haber pobres de ciencia, necesitados de este auxílio. Benemerito serias de la religion y del estado, si comprases libros

de piedad ó de artes y ciencias, para darlos á estos pobres.

Es avaricia no dexar que disfruten otros tu biblioteca; pero es prudencia no prestar libros indistntamente.

Si heredas biblioteca, puedes conservarla y aumentarla prudentemente, por la buena memoria de tus bienhechores y abuelos; con tal que uses bien de ella, como de los demas bienes heredados.

Coloca y divide los libros de tu biblioteca por clases, ó de suerte que los halles luego en necesitándolos. De otra suerte gastarás en buscarlos, parte del tiempo que debes emplear en estudiarlos. Séante los libros no solo útiles, sino cómodamente útiles. Porque esta comodidad, léjos de ser viciosa, facilita el buen empleo del tiempo.

CAPITULO LXIV.

MUGERES LITERATAS.

Comunmente sirven de descrédito á las mugeres, las ciencias que honran á los varones, y les dan una cierta elevacion en la sociedad. Por lo general no son despreciadas las mugeres por ser iliteratas; ellas mismas no dudan confesar que son ignorantes, á veces tienen por honrosa esta confesion. Algunas que se dedican á las letras, lo ocultan, si son prudentes; porque les parece un género de afrenta, mostrar que saben ciencias que se tienen por inútiles á su sexô ó agenas de él.

Recomendable es la aplicacion de las mugeres á las ciencias útiles, despues que sepan las cosas propias de su sexò, y necesarias á su estado.

La muger buena y honesta no nace destinada al estudio de las ciencias, ni al trato de negocios exteriores y di-

fíciles, sino á cosas sencillas y domésticas [1].

No son las mugeres destinadas para enseñar ni para cultivar las letras. Mas no les está prohibida la instruccion moderada.

Si hubiese una muger muy docta en la teología ó en la jurisprudencia, aconsejaríale yo que de esta luz sacase bien para sí, y que no hiciese ostentacion de ella.

Por indiscreta es tenida la muger docta, si habla fácilmente de lo que sabe: si siendo docta, muestra la sabiduría propia de su sexô, que es el silencio, la tendré por muy digna de alabanza.

Rara es la muger que con el estudio privado llega á hacer gran progreso en alguna ciencia. A algunas su viva imaginacion les abulta lo que saben, por donde fácilmente juzgan de lo que han aprendido mal.

1 *Sicut enim vir publicis officiis, ita mulier domesticis ministeriis habilior aestimatur.* S. Ambros. lib. de Paradyso, cap. XI. n. 50.

Las que son indoctas, parecerán sabias, si son muy calladas [1].

Loable es la muger que calla por encubrir su poco saber; mas loable la que calla pudiendo sin vergüenza descubrir lo que sabe. En las doctas y en las indoctas el hablar poco es virtud, aunque muy difícil para aprendida y practicada.

Aquella muger abre su boca en sabiduría [2], que no la abre para enseñar, sino quando la necesidad lo pide, que es pocas veces. Este sabio silencio de la muger es compañero de la sumision en que fue criada, y conservador de la honestidad y modestia.

Los varones sabios deben alguna vez ser maestros públicos de la verdad. La muger sabia está exênta de la obligacion de hablar en público, y cumple con predicar callando, por medio de la humildad, de la obediencia y de las demas virtudes.

1 Prov. xvii. 28. 2 Prov. xxxi. 26.

CAPITULO LXV.

ORACION PARA PEDIR Á DIOS LA SABIDURIA [1].

O Dios de nuestros padres, Dios de misericordia, supremo criador del cielo y de la tierra, que sacaste de la nada todas las cosas con tu palabra, y formaste al hombre con tu sabiduría, para que siendo señor de tus obras, las dirigiese á tí, gobernando el mundo con equidad, y tomando siempre el partido de la verdad y justicia: infúndeme aquella sabiduría que te asiste junto al solio de tu magestad, y no me borres del número de tus hijos. Porque yo soy siervo tuyo, comprado con tu sangre, é hijo de tu sierva y tu esposa la Iglesia católica, sujeta en todo á tu voluntad. Flaco soy, cercado me veo de tinieblas, necesitado de aquella luz que alumbra

1 Sap. IX. 1. seq.

á los que yacen en la sombra de la muerte. Fáltame la experiencia, apenas me conozco, nada sé de lo que debo hacer; y aun quando entendiese algo, todo ello es nada, respecto de la luz celestial que despide tu trono. Porque aun los muy aventajados en las ciencias humanas, son delante de tí como si no fuesen, en apartándose de ellos tu infinita sabiduría. Contigo está la sabiduría que conoce tus obras, porque se hallaba presente quando extendiste los cielos, y dividiste las aguas, y diste asiento en el mar á las islas, y en la tierra á las cordilleras de los montes. Ella sabia lo que es grato á tus ojos, y porque son rectos y adorables tus mandamientos. Pues yo no puedo subir á ella, si no desciende ella á mí; envíala del cielo que es santuario tuyo y trono de tu grandeza; para que more en mí, y trabaje conmigo, y entienda yo en qué te he de agradar. Porque ella posee la ciencia y la inteligencia de todas las cosas; sola su luz puede dar rectitud á mis pa-

sos, y defenderme con su poder para que no abandone el camino de la verdad, y te sean agradables mis obras. Tú sabes la instabilidad de mi espíritu, la inconstancia con que me dedico al estudio, la facilidad con que prefiero las cosas curiosas á las útiles, de donde nacen en mí nuevas tinieblas que me alejan de tí, y me hacen mas miserable. Tú conoces quan tímidos son mis pensamientos, quan vanos mis proyectos, quan instables mis propósitos, quan imprudentes mis consejos: quantas dificultades me detienen, quantas sombras me espantan, quantos sueños me agitan. Sola tu sabiduría puede fixar la rueda de mi imaginacion, ordenar mi aplicacion, sacar partido de mi curiosidad, inspirarme amor á la verdad, y zelo por su defensa. El cuerpo corruptible agrava al alma, y la oprime y esclaviza de mil maneras; las necesidades y las dolencias de la vida me distraen y tiran de mí, para que atienda á ellas con menoscabo de mi instruccion; vivo de continuo

importunado de sus clamores, oprimido de su peso, combatido de sus impresiones, arrastrado de sus apetitos, sin que cese dia y noche esta guerra domestica que me tiene en perpetuo peligro. En mi juventud precipita con su lozania las resoluciones del espíritu, y en mi vejez le apesga y en cierto modo le envuelve en su debilidad y ruina.

Mas aun quando esta pelea de la carne no debilitase mi aplicacion, ni turbase el orden y la claridad de mis ideas, ¿qué llegaria yo á saber abandonado á mi propia luz? ¿Qué puedo yo entender, no digo de los secretos de la naturaleza, casi siempre impenetrables á mis ojos, mas aun de las cosas mas triviales que toco y veo de continuo? Los insectos, los peces, las aves, los árboles, las plantas, los metales, las piedras, todas las criaturas visibles humillan al mas sabio; porque le hacen palpable lo poco que entiende de su naturaleza, de la armonia y orden de sus partes, de sus propiedades y virtudes, y del fin al-

tísimo para qué fuéron criadas.

Y si de la tierra levanto la vista á su atmósfera, y á las órbitas de los planetas y de sus satélites, y á las constelaciones de las estrellas fixas, hallo nuevos motivos de admiracion y de confusion. Porque ¿qué sé yo del orígen impenetrable de los vientos, del influxo del sol y de la luna en la variedad de las estaciones, de la diversa formacion del granizo y de la lluvia, del modo cómo la materia eléctrica produce la larga duracion del trueno? ¿Qué certidumbre tengo de las teorías sobre el sistema planetario, con cuya sola noticia me creo ya grande astrónomo? ¿De qué me sirve coger el fruto de lo que trabajáron los antiguos, de sus vigilias, de sus investigaciones, de sus hallazgos; si todavía vacilo en mil conjeturas, y en dudas sinnúmero sobre lo mismo que diéron ellos por averiguado?

Siendo yo pues tan ignorante en las obras de la naturaleza sujetas á los sentidos, ¿cómo presumo volar con las

alas de la razon hasta el seno de tu infinita sabiduría, para penetrar en él tus consejos, y ser juez de tu justicia y de tu providencia? ¿Qué será de mí, Señor, si no curas mi loca temeridad, abatiendo mi orgullo con tu espíritu, y haciéndome humilde, para que dé entrada en mi corazon á la sabiduría pacífica digna de tus siervos? ¿Qué merecia yo si no ser abandonado á mis propias tinieblas, pues de ellas me fio, y por ellas me envanezco, y á ellas recurro como á la escuela de mi doctrina y de mi conducta? Compadécete de mi ceguedad, ó eterna Sabiduría, desciende á mi pecho, lánzate en él y apodérate de él; para que con tu luz vea el fondo de mi ignorancia, y con preferencia á todos los conocimientos humanos, estudie aquella ciencia importantísima, por la qual fuéron agradables á tus ojos quantos han sido salvos desde el principio del mundo.

INDICE

DE LOS CAPITULOS.

CAP. I. *Vocacion al estudio.* PAG. 1
CAP. II. *Fin del estudio.* 5
CAP. III. *Repugnancia al estudio.* 8
CAP. IV *Prudencia y órden en el estudio.* 10
CAP. V. *Discrecion en el estudio.* 12
CAP. VI. *Curiosidad en el estudio.* 14
CAP. VII. *Estudio sin oracion.* 18
CAP. VIII. *Fruto del estudio.* 20
CAP. IX. *Abstraccion del literato.* 22
CAP. X. *Quan poco saben los muy doctos.* 26
CAP. XI. *Cómo debe pensar el docto de sí mismo.* 30
CAP. XII. *Vanidad de los conocimientos humanos.* 36
CAP. XIII. *Inventores y descubridores.* 40
CAP. XIV. *Razon humana.* 43
CAP. XV *Juicio.* 46
CAP. XVI. *Memoria.* 47
CAP. XVII. *Imaginacion.* 51

CAP. XVIII. *Gran talento.* 56
CAP. XIX. *Corto talento.* 61
CAP. XX. *Sabiduría celestial.* 65
CAP. XXI *Sabiduría terrena.* 67
CAP. XXII. *Ingenio popular.* 70
CAP. XXIII. *Facilidad y gracia para explicarse.* 74
CAP. XXIV. *Ciencias naturales.* 81
CAP. XXV. *Historia humana.* 86
CAP. XXVI. *Lenguas.* 89
CAP. XXVII. *Poesía.* 92
CAP. XXVIII. *Ciencia de la religion.* 96
CAP. XXIX. *Moral cristiana.* 101
CAP XXX. *Docilidad á la fe.* 108
CAP. XXXI. *Amor de la verdad.* 111
CAP. XXXII. *Ciencia sin piedad.* 116
CAP. XXXIII. *Ciencia sin humildad.* 120
CAP. XXXIV. *Ciencia sin caridad.* 125
CAP. XXXV. *Ignorancia.* 129
CAP. XXXVI. *Que se ha de preferir la conciencia á la ciencia.* 133
CAP. XXXVII. *Ciencia necesaria á toda clase de literatos.* 137